

DEL TABERNÁCULO Y SUS VASOS, Y LAS VESTIDURAS DE LOS SACERDOTES. (C,S)

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Moisés sube al monte de Dios con Josué, dejando a Aarón y Hur al cuidado del pueblo.

Al hablar, con la ayuda del Señor, sobre la figura del tabernáculo y sus vasos, así como sus utensilios, primero debemos examinar y considerar atentamente la disposición del lugar y las circunstancias de los hechos, cómo se llevaron a cabo y cuándo se ordenó hacer estas cosas. Todo, como dice el Apóstol, les sucedía en figura: y está escrito para nosotros (I Cor. X). Todo, es decir, no solo los hechos o palabras contenidas en las Sagradas Escrituras, sino también la disposición de los lugares, las horas, los tiempos y las circunstancias mismas en las que se realizaron o dijeron.

(Éxodo XXIV.) Dijo el Señor a Moisés: Sube a mí al monte, etc. Así que, al dar la ley a Moisés, el Señor primero lo llama a la cima del monte, para que, permaneciendo en lo alto, escuche más libremente lo que debe enseñar al pueblo al regresar; y al mismo tiempo, desde la altura del lugar, comprenda cuán elevada y cuán apartada de las doctrinas humanas es la ley que recibe, y cómo solo puede ser perfectamente entendida o guardada por aquellos que, viviendo de manera más sublime y perfecta, se han separado de las contaminaciones terrenales. Por eso también ordenó al pueblo esperar en las partes bajas hasta que Moisés regresara, insinuando típicamente que los misterios celestiales de su ley son captados solo por los más perfectos, pero que no falta ocasión de salvación a los débiles si se esfuerzan por escuchar humildemente la sabiduría de los mayores. Así también en el Evangelio, el Señor, convocando a los nuevos heraldos de la gracia al monte, los instruyó con preceptos saludables; para que, incluso por la disposición del lugar, quedara claro que les daba mandatos sublimes para vivir y promesas de recompensa: según el salmista, Tu justicia es como los montes de Dios (Salmo XXXIII). Y después de la resurrección, apareciéndoles de nuevo en el monte santo, y enviándolos a predicar, no solo al pueblo de Israel, sino a todo el mundo: Id, dijo, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (Mateo XXVIII). Y así, el Señor dio los preceptos de la ley y del Evangelio en el monte, para recomendar la sublimidad de ambos Testamentos. Sin embargo, como la Escritura de la ley debía ser confiada entonces a un solo pueblo de Israel, pero la gracia del Evangelio debía llegar a todas las naciones del mundo por la predicación de los apóstoles; correctamente, para aprender y recibir la ley, solo Moisés subió al monte, pero la doctrina del Evangelio fue escuchada por todos los apóstoles juntos en el monte con el Señor, con las multitudes escuchando. Y en la venida del Espíritu Santo, cuando esta misma gracia y verdad del Evangelio fue dada más claramente a la Iglesia, no solo los apóstoles, sino también una gran multitud de fieles reunidos en el cenáculo del monte Sion la recibieron, y esto en la división de lenguas diversas, para que con tal milagro se señalara que la Iglesia alabaría a Dios en las lenguas de todas las naciones del mundo.

Y te daré, dijo, dos tablas de piedra, y la ley y los mandamientos, etc. Esto es similar a lo que hemos mencionado del Evangelio: Enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Por lo tanto, ni Moisés, ni los apóstoles, ni ningún doctor debe enseñar al pueblo de Dios otros preceptos que los que el mismo Señor enseñó, los cuales en el decreto eterno de su consejo nos prescribió observar, y en cuya observancia quiso que tuviéramos vida eterna: así como tampoco deben los doctores omitir nada de lo que Él ordenó hacer, sino que deben

encomendar a sus oyentes todo lo que Él mandó. Escribió esto en tablas de piedra, porque lo fijó en los corazones de los elegidos con una intención firme de fe fuerte. Cuando nos propone sus ejemplos para imitar, muestra sus estatutos de su ley como escritos en piedra. Pues también Daniel vio al Señor en la figura de una piedra cortada del monte sin manos, que destruyó la pompa del reino mundano, para que solo su reino permaneciera sin fin (Dan. II). Y Pedro amonesta a los fieles diciendo: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casas espirituales (I Pedro II).

Moisés y Josué, su ministro, se levantaron. Josué, ministro de Moisés, designa al Salvador Señor tanto por el nombre como por la acción. Quien correctamente es llamado ministro de Moisés, porque apareciendo en la carne, se dignó asumir en sí mismo las ceremonias de la ley mosaica: porque no vino a abolir la ley, sino a cumplirla. Sigue las huellas de Moisés en todo: porque en todo lo que Moisés habla o escribe, Él está designado ya sea típicamente o manifiestamente, y si se busca bien, se encuentra como compañero inseparable. Por eso dice a los judíos: Si creyeráis a Moisés, quizás también me creeríais a mí, porque de mí escribió él (Mateo V).

Y subiendo Moisés al monte de Dios, dijo a los ancianos: Esperad aquí hasta que volvamos a vosotros, etc. Aarón significa monte de fortaleza, Hur se interpreta como fuego o luz. Por lo tanto, Aarón designa al Salvador Señor, Hur al Espíritu Santo: porque de este dice Isaías, Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes (Isaías V). Y Él apareció sobre los apóstoles en la luz del fuego. Así que, subiendo a Dios, Moisés dejó a Aarón y Hur, es decir, el monte de fortaleza y la luz del fuego, en las llanuras, al cuidado del pueblo. Y nosotros, si no podemos seguir a nuestros doctores a la altura de la contemplación divina, debemos cuidar con diligencia de no ser alejados por ninguna tentación de la cercanía del monte de Dios; sino que, según nuestra medida, debemos dedicarnos a las obras de virtud, adhiriéndonos con corazón firme a los sacramentos de nuestro Redentor, con los que hemos sido imbuidos; y cuidando de conservar en nosotros la gracia de su Espíritu, con la que hemos sido sellados, sin mancha. Y si alguna cuestión de adversidades nos golpea, inmediatamente invoquemos la ayuda de nuestro mismo Redentor, quien acostumbra proteger y liberar a sus fieles de todos los males por el don del Espíritu Santo. No hay duda de que si perseveramos en lo comenzado, nuestra debilidad y humildad serán fortalecidas y exaltadas por el monte de fortaleza, y se harán más fuertes contra todas las tentaciones de los enemigos; y por la luz y el fuego del Espíritu Santo, nuestra ignorancia será iluminada, y nuestro ánimo se encenderá en el amor de nuestro piadoso Creador.

Y cuando Moisés subió, una nube cubrió el monte. Así como el monte en el que Moisés recibió la ley designa la altura de la perfección que debía ser escrita en esa ley; así la nube que cubrió el monte insinúa la gracia de la protección divina: de la cual uno disfruta más cuanto más alto asciende con los ojos del corazón revelados para escrutar las maravillas de la ley de Dios. Pues no solo el monte al que subió Moisés fue cubierto por la nube; sino también el pueblo que caminaba por el desierto, que no podía ascender a las alturas, fue igualmente cubierto por una nube enviada del cielo. Por eso está escrito: Extendió una nube para su protección, porque ciertamente el Señor protege con bendición celestial a todos los que le temen, pequeños y grandes.

Y habitó la gloria del Señor sobre el Sinaí, etc. Debemos saber que no solo la sublimidad, sino también el nombre del monte en el que se dio la ley, figurativamente anuncia la perfección de esa ley. Sinaí se interpreta como Mi medida, o Mi ánfora. Divinamente se dispuso, por tanto, que el monte en el que se daría la ley se llamara Mi ánfora: como si el

mismo Señor significara con este nombre que su ley promulgaba una regla perfecta de vida para todos, y que recompensaría a cada uno según sus obras: según lo que Él mismo dice: Con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados (Mateo VII). Y: Con la medida con que midáis, se os medirá (Marcos IV). Bien se dice que, al subir Moisés, la nube y la gloria del Señor cubrieron el monte durante seis días, pero el séptimo día lo llamó a las alturas del monte. Se nos manda trabajar seis días en la ley, y descansar el séptimo. Y Moisés, subiendo al monte, es cubierto por la nube y la gloria del Señor durante seis días: para insinuar mística que cualquiera que ejecuta los mandamientos del Señor con obras justas, ciertamente es digno de la protección divina. Porque el mismo Señor, que mandó a Moisés subir al monte, también lo rodeó con su nube y claridad al subir: porque quien nos da el don de obrar bien, Él mismo nos ilumina al obrar bien, para que no desfallezcamos, y nos protege para que no seamos quemados por las tentaciones del antiguo enemigo, como por los ardores del sol. Pero el séptimo día el Señor llama a Moisés a las alturas, porque después de la perfección de las obras, la ley nos promete el descanso eterno: para que quienes hemos cuidado de asistir al Señor en la altura de la acción recta, ya merezcamos ascender a su visión y coloquio: según el salmista, Porque dará bendición, quien dio la ley (Salmo LXXXIII). Irán de virtud en virtud, se verá al Dios de dioses en Sion. Lo cual también se sabe que ha sido concedido en esta vida a algunos de los elegidos, para que después de la perfección de la conversación activa, hayan ascendido a la gracia de la especulación divina, en la medida en que esto puede hacerse por los hombres aún revestidos de carne: lo cual fue concedido a muchos de los patriarcas y profetas, y especialmente a Moisés, de quien se dijo especialmente que habló con Dios cara a cara, como suele hablar un hombre con su amigo (Éxodo XXXIII). Por lo cual también se puede entender especialmente de él, que durante seis días en el monte fue protegido por la nube y la gloria del Señor; pero el séptimo día, llamado a su coloquio, ascendió a las alturas del monte, porque ciertamente por las buenas obras que recibió del Señor, mereció ser más iluminado por Él, y protegido de todos los ataques de los males, y así llegó a los dones más sublimes de su visión y coloquio. El medio de la oscuridad, de donde se dice que fue llamado, no significa que haya tinieblas en Dios: sino porque habita en luz inaccesible (I Tim. VI), y como dice el mismo Apóstol, A quien ningún hombre ha visto, ni puede ver (Ibid.). Esa oscuridad es la oscuridad de los misterios celestiales, inaccesible a los corazones terrenales, pero penetrable por la gracia divina reveladora a Moisés y a otros bienaventurados de corazón puro: a quienes se dice en el Salmo, Acercaos a Él, y seréis iluminados (Salmo XXXIII). Porque su luz es inaccesible a nuestras fuerzas, pero se accede a ella por sus dones. Donde se añade apropiadamente:

Y la apariencia de la gloria del Señor era como fuego ardiente, etc. Porque la apariencia de la gloria del Señor apareció como fuego ardiente; porque ilumina los corazones de los elegidos con el don del conocimiento celestial, y los inflama con el ardor de su amor. Por tanto, la gloria del Señor fue vista en la nube, en la oscuridad y en el fuego. En la nube, porque nos protege del calor de las tentaciones. En la oscuridad, porque el poder de su majestad no puede ser completamente comprendido por ninguna criatura. Porque la paz de Dios supera todo entendimiento (Filip. IV). En el fuego ardiente, porque ilumina las mentes de los fieles con el conocimiento de los bienes celestiales, y las enciende con la esperanza y el amor. Y los hijos de Israel vieron esta gloria del Señor desde lejos y desde las partes bajas, pero Moisés penetró más alto al ascender; porque ciertamente los perfectos ven perfectamente y sublimemente los secretos de los misterios divinos. Pero nosotros, conscientes de nuestra fragilidad e inercia, aunque no podamos entrar aquí comprendiendo, al menos cuidemos de permanecer cerca, creyendo, esperando, amando. Porque los hijos de Israel tienen los ojos puestos en el monte de Dios y en la visión de su gloria desde lejos, cuando los débiles en la iglesia, deseando ver a Dios con todas sus fuerzas, mantienen los ojos de su mente fijos en la memoria de la

claridad eterna. Como si permanecieran en la cercanía del monte de Dios, al que sabían que Moisés había subido, cuando se contienen en ese modo de vida en el que nunca apartan el paso de su operación lejos de la imitación de los más altos vivientes, aunque aún no puedan seguir plenamente sus huellas hacia la perfección.

CAPÍTULO II. Moisés, llamado al séptimo día a las alturas del monte, permanece allí con el Señor durante cuarenta días y noches.

Y entrando Moisés en medio de la nube, subió al monte, y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches. Moisés, entrando en medio de la nube, subió al monte, cuando los predicadores de la ley divina, entre los cuales Moisés era eminente, son invitados y guiados por el Señor a penetrar para contemplar sublimemente los secretos y ocultos de la sabiduría divina. Moisés estuvo con el Señor cuarenta días y noches, para que en este número de tiempo aprendiera que solo aquellos podrían cumplir el decálogo de la ley, que había recibido con su pueblo, a quienes la gracia de la verdad evangélica, que debía ser descrita en cuatro libros, ayudara. Porque cuatro veces diez hacen cuarenta. O ciertamente que vendría el tiempo cuando esos mismos preceptos del decálogo, que entonces recibió con el único pueblo de los hijos de Israel, serían divulgados por la gracia divina a todas las naciones contenidas en las cuatro partes del mundo, y todos llegarían a la salvación eterna por su observancia. Pero como hemos aprendido brevemente con qué maravilloso ascenso Moisés llegó a recibir la ley, ahora volvamos nuestros oídos y mentes a escuchar lo que él escuchó, y a exponer, según nuestra medida, los mismos mandamientos de la ley. Sigue:

CAPÍTULO III. Se ordena a los hijos de Israel ofrecer las primicias al Señor y hacer un santuario.

(Éxodo XXV.) Habló el Señor a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, para que tomen, etc. Y nosotros también ofrecemos las primicias de nuestros bienes al Señor, cuando si hacemos algo bueno, lo atribuimos todo verdaderamente a la gracia divina, y confesamos desde lo más profundo del corazón que no podemos tener ni siquiera el inicio de una buena acción o pensamiento, sino del Señor: pero que nuestros males siempre comienzan y se consuman por nosotros mismos, instigados por el diablo, y que solo pueden ser perdonados por el don del Señor. Los pelagianos no quieren ofrecer las primicias de sus bienes al Señor, sino retenerlas para sí mismos, porque presumen neciamente que tienen algo bueno de sí mismos sin la gracia de Dios. Bien se ordena a Moisés recibir las primicias del hombre que ofrece voluntariamente. Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX). Y el Apóstol nos manda no hacer el bien con tristeza o por necesidad, sino con el propósito del corazón (Ibid.). Sabiendo esto, el profeta se gloria en el Señor diciendo: Voluntariamente te sacrificaré (Salmo LIII).

Estas son las cosas que debéis recibir, oro, plata y bronce, etc. Todas estas cosas que el Señor ordena ofrecer materialmente para hacer un santuario por el pueblo anterior; nosotros también, que deseamos ser hijos espirituales de Israel, es decir, imitadores del pueblo que ve a Dios, debemos ofrecerlas con inteligencia espiritual, para que por tales ofrendas voluntarias, también merezcamos hacerle un santuario en nosotros, y Él se digne consagrar una morada en nuestro corazón. Le ofrecemos oro, cuando resplandecemos con la claridad de la verdadera sabiduría, que está en la fe recta. Plata, cuando de nuestra boca sale la confesión para salvación. Bronce, cuando nos alegramos de divulgar esa misma fe con la predicación pública. Jacinto, cuando elevamos nuestros corazones hacia arriba. Púrpura, cuando sometemos el cuerpo a la pasión. Escarlata dos veces teñida, cuando ardemos con el amor doble, es decir, de Dios y del prójimo. Lino fino, cuando guardamos la castidad de la carne.

Pelo de cabra, cuando nos vestimos con el hábito de penitencia y luto. Piel de carneros teñidas de rojo, cuando vemos a los mismos líderes del rebaño del Señor bautizados en su sangre. Piel de color jacinto, cuando esperamos tener cuerpos espirituales en los cielos después de la muerte. Madera de acacia, cuando, purgados de las espinas de los pecados, servimos solo al Señor con cuerpo y alma puros. Aceite para las lámparas, cuando resplandecemos con los frutos de la caridad y la misericordia. Aromas, unguento e incienso de buen olor, cuando difundimos la opinión de nuestra buena acción, como ejemplo de vida buena, lejos y ampliamente. Piedras de ónice y gemas para adornar el efod y el racional, cuando alabamos dignamente los milagros de los santos, con los que adornaron sus pensamientos devotos a Dios y obras de virtud. Y tomamos estas cosas en ayuda de nuestra fe, donde sea necesario. Porque, como solemos llevar cargas en los hombros, correctamente por el efod, es decir, el superhumeral, se insinúan las obras de los justos y los piadosos trabajos por el Señor. Y como en el pecho está la sede de los pensamientos, correctamente en el racional, que es el hábito del pecho sacerdotal, se expresan los pensamientos puros de los elegidos. Y las piedras de ónice y las gemas adornan el efod y el racional, cuando a los actos y pensamientos de los Padres supremos se añaden también las insignias de los milagros. Nada impide que en las piedras de ónice, que se dice que son de color sanguíneo, se entiendan los méritos del martirio añadidos a las buenas obras. De cada uno de estos hablaremos más plenamente en su lugar con la ayuda de la gracia de Dios.

Facientque mihi (inquit) sanctuarium, et habitabo in medio eorum, etc. Ostendit Moysi Dominus tabernaculum in monte, et vasa in cultum ejus consecrata: quia eidem secum tanto tempore demoranti manifeste demonstravit quanta pietate, humilitate et munditia, virtutes angelicae suo Creatori gaudeant obedire. Quae sunt perfectum in omnibus tabernaculum ejus, qui nunquam in eis, ex quo conditi sunt, manere atque inhabitare cessavit. Quorum etiam nobis in resurrectione similitudo vitae, et communis ante Dominum conversatio promittitur: quicumque modo relictis hujus mundi contagiis, eorum in terris vitam imitari studemus, videlicet in laudando ac diligendo Dominum, et proximum quoque in Deo diligendo ac juvando, inimicos etiam ad amorem Dei pietatis officii provocando, quales erant quibus ait Apostolus: Vos autem, fratres, non estis in carne, sed in Spiritu (Rom. VIII). Tabernaculum ergo, quod Moysi in monte monstratum est, superna est illa civitas et patria coelestis, quae illo quidem tempore ex solis exstitisse creditur angelis sanctis: post passionem vero, resurrectionem, et ascensionem in coelos, Mediatoris Dei et hominum, et multitudinem praeclaram, et copiosam sanctarum recepit animarum. Vasa vero tabernaculi illius singulae quaeque sunt personae spirituum beatorum: ex quibus omnibus ipsa Hierusalem, quae est mater omnium nostrum, in vera pace et unitate consistit. Notandumque diligentius, quod sanctuarium Domino facere filii Israel jubentur, non ex parte simile, sed juxta omnem similitudinem tabernaculi, quod ostendit Moysi, omniumque vasorum in cultum ejus. Si enim ad angelorum in coelis consortia tendimus, debemus vitam eorum in terris, . . . quantum non noxia corpora tardant, Terrenique hebetant artus moribundaque membra, semper imitari. Quod si forte requiris, in quo hoc tabernaculum coeleste, homo terrigena, spirituales carnalis imitari valeas? Diligunt Deum et proximos: hoc imitare. Subveniunt miseris, etsi non angelis qui omnes beati sunt, certe hominibus: hoc imitare. Humiles sunt, mites sunt invicem, placati sunt, divinis parent jussis: hoc, in quantum vales, imitare. Nihil mali, nihil otiosi, nihil injusti loquuntur, agunt, cogitant divinis indefessi laudibus, verbo et mente assistunt: hoc quantum potes imitare, et sanctuarium Domino, juxta exemplum quod Moysi in monte monstratum est, aedificasti, veniensque Dominus et Salvator noster cum Patre mansionem apud te faciet: quin et post hanc vitam in illud tabernaculum quod imitaberis, perpetuo beatum introducet. Sequitur.

CAPUT IV. Descriptio arcae.

Sicque facietis illud, arcam de lignis setim compingite. Arca quae prima omnium in tabernaculo fieri iubetur, non incongrue ipsam Domini et Salvatoris nostri incarnationem designat, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi (Coloss. II). Quae videlicet arca bene de lignis setim compingi iubetur. Ligna quippe setim levis atque imputribilis feruntur esse naturae, non multum a qualitate albae spinae distantia. Arca ergo de lignis setim facta est: quia corpus dominicum ex membris constabat omni vitiorum labe carentibus. Et haec eadem sunt ligna spinis simillima, quia etsi non in carne peccati, tamen in similitudine venit carnis peccati, ut Apostolus ait (Rom. VIII). Sequitur:

Cujus longitudo habeat duos semis cubitos, etc. Quidam solent interrogare cujus quantitatis sit aestimandus cubitus, quem Moyses vel in arca Noe, vel in factura tabernaculi posuerit: quae, si Josephi verba viderimus, facile quaestio solvetur. Neque enim putandum est, hominem Judaeum genere sacerdotalem, ingenio excellentissimum, et in Scripturis divinis simul et saecularibus doctissimum, ullatenus hoc potuisse latere. Ait ergo: Facta est autem et arca longitudinis quinque palmorum, latitudinis trium (Antiq. lib. III, cap. 8). Unde patet manifeste, quia illum designat cubitus, quem duo palmi complent. Mystice autem longitudo arcae longanimam Domini ac Redemptoris nostri patientiam, qua inter homines conversatus est insinuat. Latitudo amplitudinem ipsam charitatis, qua ad nos venire, et inter nos habitare voluit. Altitudo spem futurae sublimitatis, quia vel seipsum post passionem suam glorificandum, vel glorificaturum esse praevidit. Unde et apte longitudo erat arcae duorum cubitorum, propter videlicet doctrinam et opera quibus refulgebat in mundo. Hinc enim et evangelista Lucas sermonem se fecisse asserit, de his quae coepit Jesus facere et docere (Act. I). Et cives ipsius admirantes dicebant: Unde huic sapientia haec, et virtutes? (Matth. XIII.) sapientiam videlicet referentes ad ea quae miranda dicebat: virtutes, ad ea quae gerebat: quod vero post duos cubitos, etiam semissem arca in longitudine habebat, potest ad humanae tarditatem fragilitatis referri: quae dicta vel opera Salvatoris sublimia, necdum, prout dignum erat, capere valebat. Unde et de quibusdam mysticis ejus actibus aperte dictum est: Haec non cognoverunt discipuli ejus primum, sed quando glorificatus est Jesus (Joan. XII). Similiter et de dictis illius sublimioribus: Et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebant quae dicebantur (Luc. XVIII). Habebat arca duos cubitos longitudinis; quia Dominus in carne clarus verbo et actibus apparebat. Habebat et dimidium cubiti; quia etiam tarditatem discipulorum, qua necdum perfecte dicta vel acta ipsius capere poterant, longanimitate ferebat. Unius erat cubiti latitudo arcae, ob dispensationem ipsius Dominicae charitatis, qua electos suos in Deo adunare curavit. Unde et pro eis supplicans Patri dicebat: Non pro his autem rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint (Joan. XVII). Et paulo post: Et notum feci eis nomen tuum, et notum faciam, ut dilectio, qua me dilexisti, in ipsis sit, et ego in ipsis (Ibid.). Habebat post unum cubitum etiam semissem, videlicet ob significationem nostrae fragilitatis, qua necdum in hac vita positi, perfecte vel ipsi Deum diligere, vel dilectionem, quam erga nos habet Deus, comprehendere sufficimus: quin potius sicut, Apostolo teste (I Cor. XIII), ex parte cognoscimus, et ex parte prophetamus, ita nimirum etiam ex parte diligimus. Habet ergo arca unum cubitum, habet et dimidium, quia Dominus unica nos pietate sibi ac Patri associandos diligit, et nostrae quoque capacitatem dilectionis, qualiscunque in hac vita esse potest, aequae pia benignitate complectitur, donec ad ejus visionem, ubi eum ex toto corde, tota anima, tota virtute diligamus, intrare mereamur. Altitudo quoque arcae aptissime erat cubiti unius et dimidii, videlicet propter significationem unice spei, qua vel Dominus ipse cum esset in carne nobiscum, futurae suae resurrectionis, et posterioris gloriae praestolabatur eventum, vel nos inter adversa saeculi propter futurorum

praemia bonorum gaudere semper admonet. Habet ergo arca plenum cubitum in altitudine, quia Dominus et Salvator noster plenissime noverat, ipse etiam corruptibili adhuc conversatus in carne, quanta vel sibimetipsi, vel membris suis, quae nos sumus, esset gloria conservata in futuro. Habet et dimidium cubitum altitudinis, quia nostrae quoque devotionem parvitas libenter in suo corpore suscepit, qui pia quidem intentione futuram patriam diligimus: sed necdum perfecte, quae sit ejus felicitas, capere valemus, attamen quantum capimus, hoc non nisi ab illo habemus.

Et deaurabis eam auro mundissimo, etc. Arca intus et foris auro mundissimo deauratur, quia assumpta a Filio Dei humana natura, et intus virtute sancti Spiritus plena erat, et foris hominibus aperte sancti Spiritus opera praemonstrabat. Cui nimirum arcae bene corona aurea supra circumdari praecipitur, quia apparens in carne, atque ad redemptionem humani generis veniens Filius Dei, certum exspectabat tempus et horam, quando susceptam pro nobis mortem cum ipso mortis auctore superaret, atque ad Patrem victor in coelos ascenderet. De hac corona dicit Apostolus: Eum autem qui modico quidem ab angelis minoratus est, vidimus Jesum propter passionem mortis gloria et honore coronatum (Hebr. II). De hac in Apocalypsi Joannes, Et vidi, inquit, et ecce equus albus, et qui sedebat super illum habebat arcum, et data est ei corona, et exiit vincens ut vinceret (Apoc. VI). Equus quippe albus Ecclesia, eques qui illi insidebat, Dominus est, qui habebat arcum, quia contra potestates aeras ad bella veniebat. Dataque est ei corona victoriae, qui regnum mortis moriendo subvertit.

Et quatuor circulos aureos, etc. Quatuor circuli aurei, quatuor sunt Evangeliorum libri, qui merito aurei sunt, propter claritatem sapientiae qua fulgent; merito circulis comparati, quia aeterna est ipsa Dei sapientia quam praedicant. Neque incipiens ex tempore, neque esse desinens aeterna divinitas, quam homo Christus accepit. Unde imminente hora suae passionis precatur Patrem, dicens: Et nunc clarifica me, tu Pater, apud te ipsum claritate quam habui prius quam mundus fieret apud te (Joan. XVII). Quatuor autem angulos habet arca, quia sacramentum dominicae incarnationis per omnes mundi plagas, in quibus sancta Ecclesia dilatatur, celebrari non desinit. Et per eosdem angulos quatuor, quatuor circuli sunt positi; quia in cunctis mundi finibus Evangelium Christi salvandis fidelium cordibus praedicatur. Duo autem circuli in latere uno, et duo sunt in altero: vel quia duo evangelistae discipulatu Salvatoris in carne praedicantis, et miracula facientis adhaerebant; duo autem alii post resurrectionem ascensionemque ejus ad coelos, ad fidem venerunt: vel quia in figura quatuor animalium, duo qui per hominem et vitulum designati sunt, passionum et mortis ejus indicia praetulerunt; duo vero illi qui per leonem et aquilam praefigurati sunt, victoriae qua mortem destruxit, insignia demonstrarunt. Homo quippe Dominus, per incarnationem mortalis factus apparuit. Vitulus vero idem oblatus pro nobis in altari crucis exstitit. Idem leo fortiter subigendo mortem, aquila ad coelos ascendendo factus est. Atque ideo duo circuli in latere uno, et duo sunt in altero, quia nimirum duo evangelistae, per suam figuram assumptionem in Domino humanae fragilitatis; et duo alii victoriam, qua de eadem assumpta fragilitate ac morte triumphavit, insinuant. Nam quasi laevum latus arcae duos habuit circulos, cum evangelistae duo incarnationem Domini ac passionem figurarent. Similiter lateri dextero duo inerant circuli, quod aequae duo evangelistae resurrectionem et ascensionem ejus, quae ad futurae gloriae vitam pertinent, figuraliter exprimunt.

Facies quoque vectes de lignis setim, etc. Vectes quibus arca portatur sancti sunt doctores, qui Dominum praedicando audientium cordibus inferunt. Qui videlicet vectes semper esse jubentur in circulis, quia nimirum necesse est ut quicumque alii coelestia sacramenta praedicant, nunquam ipsi mentem a memoria sacrae Scripturae, nunquam manus a divinatorum observantia mandatorum contineant. Bene autem sequitur:

Ponesque in arca testificationem, etc. Quia illa solummodo de incarnatione Dei Filii loqui et credere debemus, quae nobis ipse Dominus per auctores sacrae Scripturae revelare dignatus est. Si autem vis scire quae sit illa testificatio quam in arca ponendam a Domino Moyses accepit, Apostolum audi: Post velamentum autem, inquit, secundum tabernaculum, quod dicitur sancta sanctorum, aureum habens thuribulum, et arcam testamenti, circumtextam ex omni parte auro; in qua urna aurea habens manna, et virga Aaron quae fronderat, et tabulae testamenti (Hebr. IX). Urna ergo aurea in arca habens manna, anima est sancta in Christo, habens in se omnem plenitudinem divinitatis. Virga Aaron quae excisa fronderat, potestas est invicta sacerdotii illius; de qua dicit propheta: Virga aequitatis virga regni tui (Psal. XLIV). Quae postquam ad tempus per mortem visa est esse succisa, illucescente mane resurrectionis vivacius refluisset inventa est, ac perpetuo inviolabilis atque immarcescibilis permansura esse innotuit. Christus enim surgens a mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur (Rom. VI). Tabulae testamenti in arca omnem in Christo et scientiam paternorum secretorum, et potentiam judiciorum designant. In tabulis namque testamenti, et fides erat inscripta aeternae divinitatis, quae mundum crearet ac regeret; et mandata quibus Deo serviri oportet, et discretio iudicii, qua ipse odientes se jure condemnaret; et diligentes se misericordia digna remuneraret. Haec est ergo testificatio, quam Dominus Moysi in arca ponendam dedit cum confitendam nobis in Christo signavit veritatem carnis, animae et verbi: ipsamque carnem post passionem mortis resurrectione glorificatam, et aeterni regis ac pontificis dignitate sublimatam monstravit, cum ipsum esse solummodo paternorum conscium arcanorum, quasi veraciter unius ejusdemque cum Patre majestatis ipsum esse omnium iudicem docuit saeculorum.

CAPUT V. Propitiatorii et Cherubin descriptio.

Facies et propitiatorium, etc. Quaeri solet quid propitiatorium dicat, quo operienda sit arca. Sed cum de auro fieri jubeat, et tantae longitudinis ac latitudinis, quantae arcam fieri praeceperat; constat procul dubio, quia tabulam fieri voluit auream tantam, quanta arcam tegere sufficeret. Quod videlicet propitiatorium non aliud quam Dominum Salvatorem, sed specialius in eo viscera pietatis designat: de quo dicit Apostolus: Quem proposuit Deus propitiationem per fidem in sanguine ipsius (Rom. III). Nam et ideo desuper ponitur, quia superexaltat misericordiam iudicio. Unde et Psalmista, Suavis, inquit, Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus (Psal. CXLIV).

Duos quoque querubines de oro, etc. Que los querubines son un nombre de virtudes angélicas, el profeta Ezequiel lo declara manifiestamente, quienes también, según el ejemplo que aquí se ordena hacer, se designa que aparecieron con alas, diciendo: Y se oía el sonido de las alas de los querubines hasta el atrio exterior, como la voz del Señor que habla (Ezequiel X). Y ciertamente en número singular se dice querub, pero en plural querubines, y es un nombre de género masculino, pero la costumbre griega lo puso en género neutro como querubín, cambiando la letra m por n. Sin embargo, nuestro intérprete, siguiendo el idioma hebreo, lo puso en género masculino. Harás dos querubines de oro y labrados, no dos querubines de oro y labrados, lo cual creo que es una corrupción en su traducción por descuido de los escritores, para que en lugar de querubines se escribiera querubín al modo de los antiguos. Querubines, o querubín, se interpreta como multitud de conocimiento, o entendimiento del conocimiento: lo cual, evidentemente, es un nombre que tanto más rectamente conviene a las potestades angélicas, cuanto más perfectamente, ajenos de todo impulso de pensamiento impuro, se adhieren a la visión de su Creador. Por eso, Moisés es ordenado a hacer alas en la figura de los querubines, o el profeta testifica haberlos visto en su misma forma, lo cual también la licencia de los pintores suele imitar, para que se signifique

que los ángeles tienen su sede en lo alto, y que pueden discurrir por todas partes con un vuelo ligero, y que no tienen ninguna tardanza, sino que inmediatamente están presentes donde quieran. Lo mismo también se nos promete indudablemente a nosotros después de la resurrección, ya vestidos con un cuerpo espiritual. Extienden, pues, las alas los querubines y cubren el propiciatorio: porque los ángeles ofrecen toda la potencia de su naturaleza, por la cual merecieron habitar en las alturas y penetrar con un camino ligero y alegre todos los lugares de aquella patria celestial, en servicio de su Creador, y como mirando el propiciatorio lo cubren, es decir, lo honran velándolo: porque todo el estado de felicidad perpetua que tienen, lo atribuyen a su gracia, de quien recibieron el poder de no querer nada malo. Son dos, además, para significar la sociedad de la paz angélica; porque la caridad no puede existir con menos de dos. Por eso se les ordena mirarse mutuamente y tener sus rostros hacia el propiciatorio, porque ciertamente en la glorificación de la visión divina se armonizan entre sí. Asimismo, por los dos querubines pueden figurar los dos Testamentos, de los cuales uno clama la futura encarnación del Señor, y el otro la ya realizada. Y se miran mutuamente, porque en el testimonio de la verdad que predicán, no discrepan en nada entre sí. Vuelven sus rostros hacia el propiciatorio; porque también recomiendan mucho la misericordia del Señor, en la cual está la única esperanza del mundo. Y por eso están a ambos lados del oráculo, porque tanto los tiempos precedentes a la encarnación del Señor como los siguientes se llenan de la predicación de la ciencia espiritual. A los cuales también les conviene el nombre de multitud de conocimiento, o conocimiento multiplicado, porque evidentemente la Sagrada Escritura está llena de ciencia espiritual y divina, y esa misma ciencia, desde que comenzó a ser compuesta la Escritura, no cesa de aumentar y multiplicarse siempre. Por eso también el ángel a Daniel: Muchos correrán, dice, y la ciencia se multiplicará (Dan. XII). Pues el mismo Señor testimonia que Moisés recibió una ciencia más amplia que los patriarcas, quien apareciéndole dijo: Yo soy el Señor, que aparecí a Abraham, Isaac y Jacob como Dios Todopoderoso, y mi nombre Adonai no se lo di a conocer a ellos (Éxodo III). Por lo tanto, se multiplicó desde entonces la ciencia del conocimiento divino, cuando el Señor mostró a Moisés de sí mismo lo que no había revelado a los patriarcas. Veamos si David, que meditaba en la ley del Señor día y noche, sintió que había entendido algo más del Señor que el mismo Moisés, quien escribió la ley. ¡Cuánto amo tu ley, Señor; todo el día es mi meditación! (Salmo CXVIII). Y enseguida añadió: Sobre todos los que me enseñan he entendido. Por eso también en otro lugar se gloria en el Señor, diciendo: Me has manifestado los secretos y ocultos de tu sabiduría (Salmo L). Asimismo, el mismo Señor declara que los apóstoles conocen más que los profetas, quien les habla diciendo: Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; oír lo que oís, y no lo oyeron (Lucas X). Pero a los mismos, después de su resurrección y ascensión, les promete aún mayor gracia de ciencia, diciendo: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar; pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad (Juan XVI). Y también les promete que en el futuro les revelará más que todo lo que en esta vida se puede conocer, diciendo: Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). Por lo tanto, correctamente se dice que los querubines son conocimiento multiplicado, porque en ambos Testamentos la cognición de la verdad se ha dado a conocer más y más a los fieles con el tiempo. Correctamente se dice que los querubines cubren el propiciatorio de la gloria; porque al crecer el testamento a través del tiempo, y multiplicarse la ciencia, nos predicán la propiciación del Señor Salvador; y siempre con voces gratuitas, como con alas extendidas para el vuelo, no cesan de honrarla. Porque las palabras de los que conversan, como volando por el aire desde la boca de los que hablan, llegan al corazón de los que escuchan, con razón pueden ser designadas con las alas extendidas de los querubines, y como preparadas para volar.

Desde allí te daré instrucciones y hablaré contigo, sobre el propiciatorio, etc. Sobre el propiciatorio el Señor habla a Moisés todo lo que a través de él manda a los hijos de Israel; porque por la gracia de la propiciación de Dios se hizo que se dignara aparecer a los hombres después de la culpa de la transgresión, y mostrarles el camino de la verdad después del error. Habla desde en medio de los querubines; porque Dios apareció y habló a Moisés a través de una visión angélica, y no en su sustancia, como atestigua el apóstol: Porque la ley fue puesta a causa de las transgresiones, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa, ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador (Gálatas III). Asimismo, el Señor habla desde en medio de los dos querubines, porque a través de las palabras de ambos testamentos nos instruye con voz concordante en la fe de la verdad. O ciertamente habla desde en medio de los querubines, porque a través de su Unigénito, quien apareció en carne en medio de los dos Testamentos, Dios Padre se dignó manifestar su voluntad al género humano. En este sentido también puede entenderse aquello que dice Habacuc: En medio de dos animales te darás a conocer (Habacuc III). Además, en el arca también puede entenderse figurativamente la santa Iglesia, que está construida de maderas incorruptibles, es decir, de almas santas, y extendida en la fe del santo Evangelio por las cuatro partes del mundo, espera de Dios la corona de vida eterna, teniendo en sí las tablas del Testamento en la meditación continua de la ley de Dios, teniendo también la urna de oro con el maná en la fe de la encarnación del Señor, teniendo también la vara de Aarón; que había florecido, en la participación del reino y sacerdocio del Señor, diciendo el apóstol Pedro: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro II). Teniendo el propiciatorio encima, para que recuerde que todos los bienes que tiene, los ha recibido por la gracia divina que otorga. Teniendo también los querubines de gloria en el propiciatorio, ya sea las ayudas angélicas, con las cuales siempre es ayudada por Dios propicio: o los Testamentos, por los cuales debe ser instruida sobre cómo vivir, y cómo buscar correctamente la ayuda para vivir bien de la propiciación divina. Así como los querubines están colocados sobre el propiciatorio, de la misma manera se dice que la ciudad de Cristo, es decir, la santa Iglesia, está establecida sobre el monte, es decir, sobre el mismo Cristo: no porque su ciudad pueda ser más alta que él, sino porque sostenida por su auxilio progresa. El arca tiene querubines sobre el propiciatorio: porque ya sea los ministerios angélicos o las palabras divinas ayudan más verdaderamente a la Iglesia, cuanto más ella está establecida en el fundamento de la suma verdad.

CAPÍTULO VI. Descripción de la mesa.

Harás también una mesa de madera de acacia, etc. La mesa hecha de madera de acacia es la Sagrada Escritura, compuesta de las fuertes palabras y acciones de los santos Padres, que mientras nos muestra cuáles son las alegrías de la eterna bienaventuranza, y cómo se llega a ellas, ciertamente nos sugiere el alimento de la salvación y la vida. Esta tiene longitud, cuando nos insinúa la perseverancia en la religión comenzada; anchura, cuando nos insinúa la amplitud de la caridad; altura, cuando nos insinúa la esperanza de la recompensa perpetua. Y bien la longitud es de dos codos porque nuestra conversación actual consiste principalmente en dos virtudes, a saber, la misericordia y la inocencia: como dice el apóstol Santiago: La religión pura e inmaculada ante Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación, y guardarse sin mancha del mundo (Santiago I). En lo que manda visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación, muestra todo lo que debemos hacer misericordiosamente hacia los prójimos necesitados: en lo que nos advierte guardarnos inmaculados de este mundo, expresa todo lo que nos conviene vivir castamente. Estos dos codos de buena acción, el mismo Señor los declaró estar en la mesa de sus palabras, cuando dijo: Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas (Lucas XII). Los lomos ceñidos, para que permanezcamos inmunes del contagio de este mundo. Las lámparas

encendidas, para que resplandezcamos claramente ante el Señor por las obras de misericordia. Pues lo que sigue: Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor, cuando regrese de las bodas, pertenece a la altura de la misma mesa, es decir, a la esperanza de la futura retribución. Pero el hecho de que la mesa tenga un codo de anchura, denota figuradamente la unidad de la misma caridad, que toda la serie del Antiguo y Nuevo Testamento nos recomienda: porque hay una sola caridad, es decir, la piedad simple y pura de la mente, con la cual se nos manda amar a Dios, a los prójimos, e incluso a los enemigos, aunque con gran diferencia y distinción muy recta de ese mismo amor, debemos amar a Dios en primer lugar, y a los enemigos en último. También a los prójimos, por la diferencia de méritos, debe ser dispensado un modo desigual de amor, como sabemos por la Escritura que el patriarca Jacob, aunque amaba a todos sus hijos, sin embargo, por el mérito singular de la inocencia, amaba a José más que a los demás. Por eso, bellamente en el Cantar de los Cantares dice la Iglesia a Cristo, Me introdujo en la bodega, y ordenó en mí la caridad (Cantar II). Por lo demás, el hecho de que la altura tenga un codo y medio, el codo igualmente que en la anchura, insinúa la unidad de nuestra misma esperanza celestial, con la cual esperamos a nuestro Señor, cuando regrese de los cielos, para recompensar a los siervos que encuentre vigilantes con los lomos ceñidos y las lámparas de buenas obras encendidas. Pues aunque por la diversidad de méritos hay muchas mansiones en la casa del Padre (Juan XIV), sin embargo, hay un solo reino de los cielos, en el cual son recibidos todos los elegidos. Pero el medio codo que queda, indica el inicio de la vida contemplativa, que algunos de los santos, incluso estando aún en la carne, merecieron disfrutar: a quienes no solo se les concedió esperar las recompensas celestiales, sino también, en parte, verlas y saborearlas, como Isaías y Miqueas, y los demás profetas, que vieron al Señor sentado en el trono de su gloria, rodeado del ejército de ángeles (Isaías VI): como Pedro, Jacobo y Juan, que vieron al Señor glorificado entre Moisés y Elías en el monte santo (Mateo XVII): como el maestro de los gentiles, a quien, antes de pagar la deuda de la carne, se le concedió ser arrebatado al paraíso y al tercer cielo, y escuchar palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar (I Corintios XII). En estos y en siervos de Cristo semejantes, la mesa del tabernáculo, es decir, la divina Escritura con la que la santa Iglesia se alimenta sin cesar, añade sobre el codo de la esperanza común un medio codo en altura, porque les muestra las alegrías de la beatitud celestial antes de que les sean dadas: la cual premonición, porque aparece rápidamente y en tránsito a las mentes de los santos, se figura correctamente por medio codo, y no por un codo completo.

Y la recubrirás de oro purísimo. La mesa del tabernáculo se recubre de oro, porque tanto la Sagrada Escritura resplandece con el sentido de la sabiduría celestial, como los mismos profetas que la compusieron fueron brillantes en vida y palabra.

Y le harás un borde de oro alrededor, etc. Se hace un borde de oro alrededor de la mesa, porque la doctrina de la sagrada palabra se nos ministra a través de las purísimas bocas de los fieles predicadores. Y su locución, quienes nos transmitieron los divinos misterios, no consentía en modo alguno ser contaminada por los discursos de la conversación humana, sino que más bien se preocupaban por soportar y redargüir gravemente no solo las palabras nocivas, sino también las ociosas de los hombres. O ciertamente se hace un borde de oro alrededor de la mesa, porque la Sagrada Escritura en toda su locución, cuando se entiende correctamente, nos resuena con la claridad de la sabiduría celestial. A la cual borde se añade una corona; porque la lengua de los predicadores promete a sus oyentes la retribución de la vida eterna. Y bien se manda hacer esa corona de cuatro dedos de altura; porque la altura de la corona perenne se nos muestra a través de los cuatro libros del santo Evangelio, o porque por la custodia de la fe y operación evangélica, nos conviene llegar a la corona de la vida. Y

bellamente por los dedos se designan los libros, porque ciertamente las tablas de la ley se refieren como escritas por el dedo de Dios: y en el Evangelio el Señor, para templar la severidad de la ley, escribía con el dedo en la tierra, diciendo sobre la adúltera, a quien acusaban los fariseos y escribas: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan VIII). Pero el dedo de Dios se entiende como el Espíritu de Dios. Por eso aquello que Lucas refiere que el Señor dijo: Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios (Lucas XI). Mateo lo expuso más claramente diciendo, En el Espíritu de Dios (Mateo). Así que al borde de la mesa de oro se le añade una corona de oro de cuatro dedos de altura; porque las purísimas palabras de los santos predicadores esperan la esperanza de la beatitud celestial, que se contiene escrita por el ministerio del Espíritu Santo en los cuatro libros del santo Evangelio. Y no solo los mismos predicadores reciben en los cielos la recompensa de su trabajo, sino que también a todos los que les obedecen les prometen la misma corona de vida con la cierta autoridad de la verdad evangélica. Bien, además, se manda hacer esa corona interrasil; porque ciertamente la retribución del reino eterno no se da indiferentemente a todos, sino que por la calidad de los receptores, la distinción se distribuye divinamente a cada uno con juicio. Porque la corona de oro de la mesa del Señor sería pura y no interrasil, si la claridad de la futura retribución de los justos se revelara igual para todos: a semejanza de este sol mundano, cuyo resplandor Dios hace salir indiferentemente sobre buenos y malos. Pero porque así como una estrella difiere de otra en claridad, así será también la resurrección de los muertos. La corona de la mesa del Señor está adornada con diversas esculturas, pero ordenadas competentemente. Porque la vida eterna futura está prometida a todos los justos, pero la gloria en ella es multiforme para cada uno según la diversidad de méritos. Pero la corona descrita primero se añade:

Y sobre ella otra corona de oro. Puede entenderse correctamente del premio de aquellos que trascienden los mandatos generales de la Sagrada Escritura por la elección voluntaria de la perfección de vida, y por eso esperan una retribución especial por encima de los demás fieles por su ofrenda voluntaria. Porque la corona de oro de cuatro dedos de altura se añade al borde de la mesa, cuando a través del Evangelio se promete vida eterna a quienes guardan los mandamientos de la ley divina: diciendo el Señor al rico: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XIX). Pero a esa corona se le añade otra corona de oro, cuando inmediatamente se añade: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme (Ibid.). A esta corona pertenece aquel cántico nuevo, que se dice que solo las vírgenes cantaron ante el Cordero, quienes fueron comprados de entre los hombres como primicias para Dios y el Cordero. A esta, que los mismos siguen al Cordero dondequiera que vaya (Apocalipsis XIV). O ciertamente se añade una corona de oro al borde de la mesa del Señor, cuando en las palabras de la Sagrada Escritura decimos que las almas que salen de la carne serán recibidas en los cielos para las recompensas eternas. Y sobre ella se añade otra corona de oro, cuando en la misma Escritura se repite que a ellas se les reserva una gloria más sublime al final de los tiempos en la recepción de cuerpos inmortales.

Quatuor quoque circulos aureos praeparabis, etc. Estas, como expusimos anteriormente sobre el arca, también deben ser entendidas aquí. Los cuatro círculos de oro son los cuatro libros de los Evangelios; por cuya fe ocurrió que toda la Escritura santa fuera leída y entendida en todo el mundo. La mesa tiene cuatro patas; porque toda la serie de los divinos discursos se distingue por una razón cuadriforme. En todos los libros santos es necesario observar lo que allí se insinúa como eterno, lo que se narra como hecho, lo que se predice como futuro, lo que se ordena o aconseja hacer. Asimismo, la mesa del tabernáculo tiene cuatro patas; porque se

suele interpretar por la palabra del oráculo celestial, ya sea en sentido histórico, alegórico, tropológico, es decir, moral, o ciertamente anagógico. La historia es cuando se refiere de manera clara cómo alguna cosa fue hecha o dicha según la letra: como se narra que el pueblo de Israel, salvado de Egipto, hizo un tabernáculo para el Señor en el desierto. La alegoría es cuando con palabras o cosas místicas se señalan los sacramentos de Cristo y de la Iglesia: con palabras, como dice Isaías: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará (Isa. 11). Lo cual es decir abiertamente: Nacerá la virgen María del linaje de David, y Cristo surgirá de su linaje. Con cosas, como el pueblo salvado de la servidumbre egipcia por la sangre del Cordero, significa la Iglesia, liberada de la dominación demoníaca por la pasión de Cristo. La tropología, es decir, el discurso moral, se refiere a la instrucción y corrección de las costumbres, ya sea con palabras claras o figuradas. Con palabras claras, como advierte Juan diciendo: Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad (1 Juan 3). Con palabras figuradas, como dice Salomón: En todo tiempo sean blancas tus vestiduras, y nunca falte el aceite sobre tu cabeza (Ecles. 9). Lo cual es decir abiertamente: En todo tiempo sean tus obras puras, y no falte la caridad en tu corazón. La anagogía, es decir, el discurso que conduce a lo superior, es el que discute sobre las recompensas futuras y la vida futura que está en los cielos, ya sea con palabras místicas o claras. Con palabras claras, como: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. 5). Con palabras místicas, como: Bienaventurados los que lavan sus vestiduras, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad (Apoc. 22). Lo cual es decir claramente: Bienaventurados los que limpian sus pensamientos y actos, para tener el poder de ver al Señor Cristo, quien dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida; y por la doctrina y ejemplos de los padres precedentes entren en el reino de los cielos. Debajo de la corona estarán los círculos de oro, etc. Apropiadamente estarán los círculos debajo de la corona, porque usamos los libros del santo Evangelio en esta vida, pero esperamos la corona de la vida suprema futura en los cielos. A través de estos círculos se introducen las varas para transportar la mesa, porque los santos doctores, para refrescar con las palabras del sagrado discurso los corazones de los oyentes, es necesario que mantengan su mente fija en la lectura evangélica, de modo que dirijan toda interpretación hacia la intención de su doctrina, y cuiden diligentemente de no enseñar que se debe hacer, esperar o amar otra cosa en todas las Escrituras, que lo que se encuentra en los cuatro libros del Evangelio. Quienes, al referir todos los discursos de las Escrituras a la fe y amor que está escrita en el Evangelio, llevan como si fuera toda la mesa del Señor con sus panes y vasos en los cuatro círculos.

CAPÍTULO VII. Descripción de los vasos de la mesa y de los panes de la proposición.

Prepararás también tazones y copas, etc. Los diversos vasos que se hacen para ofrecer libaciones son diversas distinciones del discurso divino, según la diferente capacidad de los oyentes. Pues no puede convenir una misma doctrina a todos: de manera diferente se debe enseñar a los sabios y a los insensatos; a los ricos y a los pobres; a los sanos y a los enfermos; a los ancianos y a los jóvenes; a los hombres y a las mujeres; a los célibes y a los casados; a los prelados y a los súbditos. Sin embargo, todos estos vasos pertenecen a la mesa del tabernáculo, todos a la ofrenda de libaciones, porque cualquier cosa que un doctor prudente hable de manera diversa según la diversidad de los oyentes, se encuentra en la regla de la Sagrada Escritura, y excita los corazones de los oyentes a ofrecer al Señor votos de buenas obras. Esta oportuna diversidad de la santa predicación fue designada por la boca del mismo Señor, cuando decía: ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia, para que les dé a su tiempo la medida de trigo? (Mat. 24). El dispensador fiel y prudente da a sus consiervos la medida de trigo a su tiempo, cuando el ministro discreto de la palabra no solo observa el tiempo oportuno al hablar, sino que también investiga

diligentemente la calidad y sentido de los oyentes, y ajusta el modo de su discurso según la distancia de estos.

Y pondrás sobre la mesa los panes de la proposición, etc. Los panes de la proposición siempre colocados sobre la mesa son los doctores espirituales, que meditando en la ley del Señor día y noche, ofrecen a todos los que entran en la Iglesia la refección de la palabra celestial. Que con razón se llaman panes de la proposición, porque el discurso de salvación debe estar siempre a la vista de todos los fieles, y nunca debe faltar en la Iglesia la palabra de consuelo para los piadosos oyentes, que el Señor, proponiéndola al mundo a través de los pregoneros de la verdad, quiso que siempre apareciera ante Él, y hasta el fin del siglo, abundara incesantemente para aquellos que tienen hambre y sed de justicia. De estos panes se refiere más plenamente en el Levítico, cuántos y de qué tipo debían hacerse, o cómo debían colocarse, diciendo el Señor a Moisés: Tomarás también flor de harina, y cocerás de ella doce panes, que cada uno tenga dos décimas, y los pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa purísima delante del Señor: y pondrás sobre ellos incienso puro, para que sea el pan en memoria de la ofrenda del Señor, se cambiarán cada sábado delante del Señor, recibidos de los hijos de Israel por pacto perpetuo: y serán de Aarón y de sus hijos, para que los coman en lugar santo (Lev. 24). Donde claramente en primer lugar, incluso en el número de los panes, se prefigura la forma de los doce apóstoles, a quienes el Señor, apareciendo en la carne, eligió primero, por cuyo ministerio daría el alimento de vida a todas las naciones. De hecho, a las multitudes hambrientas en el desierto, dice a los mismos discípulos suyos, es decir, a nuestros apóstoles: Dadles vosotros de comer. Y después de haber saciado a cinco mil hombres con cinco panes, ellos recogieron doce cestas de fragmentos (Mar. 6, Luc. 9, Juan 6): porque ciertamente es de los apóstoles y de los hombres apostólicos captar los sacramentos de las Escrituras que las multitudes no pueden. Doce, por tanto, son los panes en la mesa del tabernáculo, doce son los apóstoles, y todos los seguidores de su doctrina en la Iglesia. Que porque hasta la consumación del siglo, no cesan de alimentar al pueblo de Dios con los alimentos de la palabra, los doce panes de la proposición nunca se retiran de la mesa del Señor. Y bien se ordena que estos panes no se hagan de cualquier harina, sino de flor de harina: porque ciertamente cualquiera que ministre a otros la palabra de vida, primero es necesario que se dedique a los frutos de las virtudes, para que lo que aconsejan predicando, también lo recomienden haciendo, conformados a los ejemplos de aquel que dijo de sí mismo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo (Juan 12). Bien también se ordena que estos panes se coloquen en dos hileras sobre la mesa, por la concordia, a saber, de la caridad y la sociedad, pues también se dice que el Señor envió a sus discípulos de dos en dos a predicar: insinuando figuradamente que los santos doctores nunca discrepan entre sí, ni en la afirmación de la verdad, ni en el efecto del amor. Lo que se pone sobre los panes, incienso puro, designa la virtud de la oración, porque los mismos doctores encomiendan al Señor su ministerio de predicación, junto con la devoción de su obra. Pues el salmista testifica que el incienso designa la oración, quien dice: Diríjase mi oración como incienso delante de ti (Salmo 140). Y el incienso puro se pone sobre los panes en memoria de la ofrenda del Señor, cuando a la piadosa acción y doctrina de los santos se añade la oración pura, para que por ambas cosas debidamente unidas, siempre aparezca la memoria de la sagrada ofrenda ante el supremo juez. Bien se ordena que los panes se cambien cada sábado; pues los panes que durante seis días de trabajo estuvieron colocados en la mesa del Señor, se nos cambian el sábado, cuando los doctores de la santa Iglesia, completado el tiempo de su santo trabajo, son recompensados con el descanso eterno en los cielos, y dejan a otros después de ellos en la misma obra de trabajar en la palabra, bajo la misma esperanza de retribución. Así se hace que la mesa del Señor nunca quede sin pan, sino que tan pronto como se retira un pan, otro se sustituye en su lugar, mientras que, sucediéndose en orden los

ministros de la palabra, nunca faltan en la Iglesia quienes apostólicamente, ya sea la fe de la piedad, o la pureza de la acción, muestren con palabras y hechos: permaneciendo siempre aquella hermosísima sentencia, que en alabanza de la misma santa Iglesia se dice: En lugar de tus padres nacieron tus hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Salmo 44), como si con otras palabras se dijera al tabernáculo del Señor: En lugar de tus panes viejos, se te han preparado nuevos, los constituirás en refección de los corazones espirituales de los fieles en todo el orbe de la tierra. Por tanto, los panes se cambiaban por panes, pero la mesa siempre permanecía la misma en el tabernáculo, porque van y vienen los doctores de la palabra, y a unos cediendo, otros suceden en su orden: pero la Sagrada Escritura permanece sin ser abolida por ningún tiempo a través de las edades, hasta que al final del mundo, apareciendo el Señor, ya no necesitaremos ni de las Escrituras ni de sus intérpretes, cumplida aquella deseada profecía del Señor, que dice: Y no enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos (Jerem. 31). Los panes se cocían antes del sábado, como escribe Josefo (Antiq. lib. III, cap. 13), divididos de dos en dos antes del sábado: y el sábado por la mañana se ofrecían y se colocaban sobre la mesa sagrada en dos hileras, con dos copas de oro encima, llenas de incienso, que permanecían hasta el siguiente sábado, y entonces se llevaban otros en su lugar, y aquellos se entregaban a los sacerdotes: y quemado el incienso en el fuego sagrado, en el que se hacían todos los holocaustos, se añadía otro incienso sobre los otros panes, y lo que está escrito en el libro de los Reyes, que David, habiendo entrado en el tabernáculo, recibió los panes santos de los sacerdotes, ocurrió el sábado por la mañana. Pues llegó al tabernáculo en aquella hora, cuando los panes de la semana anterior habían sido retirados de la mesa del Señor, para que se pusieran los panes nuevos, que habían sido cocidos el día anterior: y así recibió los panes santos, de modo que ni por un momento la mesa del Señor quedara sin pan. Por lo cual es aún más conveniente considerar que los panes se ordenaba que se cambiaran cada sábado: pues se cambiaban de tal manera que cada uno de ellos se colocaba en la mesa el sábado, y el sábado nuevamente se retiraban para el consumo de los sacerdotes: y durante seis días de trabajo aparecían colocados en la mesa, pero el día del sábado, es decir, de descanso, se colocaban en la mesa, y nuevamente el día siguiente al sábado se retiraban de la mesa. En cuyo orden de colocación, ¿qué otra cosa debemos entender mística, sino que los santos doctores, más bien todos los justos, después de las buenas obras, con las que brillaron en la Iglesia, llegan al descanso, y para que se deleiten en obrar bien, se encienden con la esperanza del futuro descanso y beatitud? Por tanto, los panes se colocaban en la mesa del Señor el sábado, con la intención de los que los colocaban, de que, transcurrido el sábado, permanecieran allí durante seis días de trabajo: y una vez transcurridos estos, al llegar otro sábado, se consumieran en la refección del sumo sacerdote y de sus hijos: porque ciertamente al principio de nuestra vida de devoción a Dios se nos promete el descanso y la vida eterna, con la condición de que debemos pertenecer a ella a través de trabajos y buenas obras de la vida temporal. De qué manera lo que el sumo sacerdote y sus hijos comían los panes de la proposición se refiere al ingreso a la vida celestial, se dirá más apropiadamente en su lugar en la exposición del versículo siguiente. Los panes eran recibidos por los hijos de Israel, porque deben ser elegidos y ordenados del conjunto de los siervos espirituales de Dios, quienes asuman el grado de sacerdocio o doctrina. Y lo que se añade al final, Serán de Aarón y de sus hijos, puede ser entendido de dos maneras por el misterio. Pues Aarón y sus hijos comen los panes santos retirados de la mesa del tabernáculo, cuando nuestro sumo Pontífice introduce a sus elegidos, arrebatados de esta vida, en el aumento de su cuerpo, que está en los cielos, es decir, en la suma de aquella multitud de elegidos: o ciertamente los panes santos serán de Aarón y de sus hijos, cuando los prelados y los pueblos sujetos a ellos en el Señor, se nutren con los ejemplos de los padres precedentes para la vida eterna.

CAPÍTULO VIII. El candelabro.

Harás también un candelabro de oro puro labrado a martillo. El candelabro del tabernáculo, al igual que la mesa, designa a la Iglesia universal del tiempo presente. Por eso están ante el velo, dentro del cual está colocada el arca del testimonio; porque aún no ha merecido ser introducida a la visión de su Redentor en los cielos. Pero es mesa; porque a los que tienen hambre y sed de justicia, les proporciona diariamente el alimento celestial, para que no desfallezcan en las tentaciones. Es candelabro; porque muestra el camino de la luz a los errantes. Es mesa y candelabro a la vez; porque instruida en las santas letras, ha aprendido a saciar el alma hambrienta con bienes, y a proporcionar la lámpara de la palabra a los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte. A esta lámpara, cuando se somete humildemente, para hacer, a saber, lo que el discurso de Dios ordena, absteniéndose de sus placeres, para esperar las recompensas y amar lo que ha prometido, elevándose de los gozos visibles, se convierte en su candelabro; porque en todo prefiere el imperio celestial a sus placeres, y humillándose, muestra la claridad de la palabra de Dios a todos, tanto predicando como haciendo.

Su asta, sus cañas, copas, etc. El asta del candelabro debe entenderse como el mismo que es la Cabeza de la Iglesia, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. De cuyo cuerpo, que somos nosotros, como de cañas que proceden del asta, dice el Apóstol: De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Col. 2): porque ciertamente el Dios omnipotente, nuestro Redentor, que en sí mismo no tiene a dónde crecer, todavía tiene crecimiento a través de sus miembros diariamente. Las cañas que proceden del asta son los predicadores, que instituidos por el Señor, han emitido un dulce sonido en el mundo, a saber, el cántico nuevo. Las cañas son todos los hijos de la Iglesia, que obedecen gustosamente al profeta que dice: Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza desde los confines de la tierra (Salmo 31), resonando la alabanza al Señor, y diciendo: Y dirigí mis pasos, y puse en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios (Salmo 30). Porque los cálices suelen llenarse de vino, no sin razón se designan por ellos las mentes de los oyentes, que a la voz de los predicadores se llenan del vino del conocimiento. Y puesto que con el mismo vino de la interna dilección, los corazones de los fieles, embriagados, tienden con deseo infatigable hacia Dios, correctamente en el candelabro después de los cálices se hacen esferas: pues la esfera se mueve en todas partes, porque ciertamente las mentes de los elegidos no pueden ser retenidas por las adversidades del mundo, ni corrompidas por las prosperidades, sin que en todo lo que ocurre, progresen hacia Dios por santos deseos. Y bien después de las cañas, cálices y esferas en el candelabro se designan los lirios; porque después de la gracia de la predicación, después de la embriaguez de la bebida espiritual, después del curso irrevocable de la santa operación, sigue aquella patria floreciente, que a las almas santas, es decir, a las flores, les florece eternamente.

Seis cañas salen de los lados, etc. Es evidente que el número seis, en el que fue creado el mundo, designa la perfección de las obras. Pero dado que está dispuesto en la descripción de las cañas de manera que se divide en dos grupos de tres, es más apropiado hablar del número tres. Tres cañas salen de un lado del asta, y tres del otro; porque hubo doctores antes de la venida del Señor en la carne, que designaron con voz mística la fe en la Santa Trinidad, y predicaron tanto como los rudos aún podían comprender. De ahí lo que dice el Salmista: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos; y todo su ejército por el aliento de su boca"

(Salmo 32). En el nombre del Señor, se refiere al Padre; en el nombre de la Palabra, al Hijo; y al Espíritu Santo lo llama espíritu de su boca por su propio nombre. De esta Santa Trinidad se designa que hay un solo poder, voluntad y operación, cuando se afirma que los cielos fueron hechos por la palabra del Señor, y todo su ejército por el aliento de su boca. Ahora hay doctores que predicán abiertamente la misma fe en la Santa Trinidad, de modo que todos los que pertenecen a Cristo deben ser consagrados en la misma fe: como el Señor dijo a los apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28). Por eso Pablo, orando por los fieles y deseando que se fortalezcan con la fe en la Trinidad, dice: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Corintios 13). Asimismo, tres cañas salen de un lado del candelabro, y tres del otro: porque tanto antes como después de la encarnación del Señor, hubo tres grados de aquellos que servían fielmente al Señor en la Iglesia, a saber, los casados, los continentes y los rectores: cuya distinción describe mística Ezequiel el profeta, cuando, en el momento de las plagas, predijo que solo tres hombres, Noé, Daniel y Job, serían liberados (Ezequiel 14). En Noé, que gobernó el arca en las aguas, se representa a los prelados de la Iglesia; en Daniel, que se esforzó por vivir continentemente en la corte real, a los continentes o vírgenes; en Job, que en la vida conyugal ofreció a todos un admirable ejemplo de paciencia, se muestra la vida de los buenos casados. Asimismo, el Señor insinúa la distinción de estos en el Nuevo Testamento bajo la figura de aquellos que serán encontrados en el lecho, en el campo, en el molino en el día del juicio (Mateo 24; Lucas 17). De los cuales dice que uno será tomado y otro dejado. Porque en el lecho se expresa el descanso de los continentes, en la agricultura la industria de los predicadores, en el giro del molino el trabajo de los casados. Y porque en todos estos grados algunos serán elegidos y otros reprobados, se dice correctamente de cada uno: "Porque uno de los dos será tomado, y el otro dejado". Y porque en la parte de los elegidos el mérito de los predicadores es más sublime que el de aquellos que solo se dedican a la continencia y no también a la obra de la doctrina, y la vida de los continentes es más sublime que la de los casados: correctamente los calamos superiores, que de un lado y del otro del asta procedían, designan a aquellos que en ambos Testamentos se dedicaron al estudio de la doctrina entre otras virtudes. Correctamente los calamos inferiores, que igualmente salen de ambos lados del asta, representan la vida devota a Dios de los continentes, y correctamente los calamos más bajos, también nacidos del mismo tronco del candelabro, demuestran típicamente la vida de los buenos casados, sirviendo fielmente al mismo Señor en el tiempo de ambos Testamentos. Por lo tanto, los calamos proceden de diferentes lugares del asta, pero todos, cada uno en su lugar y orden, se doblan hacia arriba, alcanzando una sola cumbre, para que puedan mantener una posición igual de las lámparas sobre ellos; porque, sin duda, los elegidos, aunque están diferenciados por grados de méritos, están imbuidos de una sola fe de verdad, para llegar a una sola luz de la verdad eterna en los cielos: y cuanto más alguien se esfuerce por adherirse a Cristo en esta vida, tanto más cercano disfrutará de su visión en aquella vida, de modo que de algunos, por el gran mérito de su virtud, se dice: "Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va" (Apocalipsis 14). De los cuales poco antes, como de los calamos cercanos al candelabro, se ha dicho: "Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos" (Ibid.). Donde se muestra que todos los santos por las calles de esa ciudad celestial cantan un cántico nuevo de alegría al Señor. Pero aquellos allí se elevan especialmente en el gozo del cántico, que aquí han trascendido la vida general de los fieles con el privilegio de la sagrada virginidad.

Tres copas, como en forma de nuez, etc. Salomón testifica que la nuez suele ponerse como figura de la Iglesia presente, quien habla en nombre de los doctores fieles: "Descendí", dice en el Cantar de los Cantares, "al huerto de las nueces, para ver los frutos del valle" (Cantar 6).

Así como la nuez tiene un fruto dulce en su interior, pero no puede mostrarlo afuera sin romper la dureza de la cáscara, así la vida presente de los justos conserva la dulzura de la gracia espiritual en el corazón íntimo, de modo que no puede ser percibida en absoluto por los cercanos, hasta que, disuelta la morada del cuerpo, sus almas se vean libremente unas a otras en la luz celestial, y cuán llenas están de la gracia del Espíritu Santo, cuánto se aman unas a otras, no quede oculto a nadie. Y se hacen copas en el candelabro en forma de nuez, cuando cualquiera de los elegidos, deseando llenarse del vino de la sabiduría, se esfuerza por conformarse al ejemplo de los justos precedentes, que saben que están llenos de la gran dulzura y amor de los bienes invisibles. Que haya tres copas, esferas y lirios por cada calamo, significa las tres diferencias de tiempos en las que los elegidos vivieron devotos a Dios, tanto antes de la encarnación del Señor como después. Porque hubo justos antes de la ley, hubo bajo la ley, hubo en los tiempos de los profetas. Asimismo, después de la ascensión del Señor, la Iglesia primitiva fue congregada de Israel, ahora se congrega la Iglesia de los gentiles, y será congregada al final del mundo de los restos de Israel. Por lo tanto, el primer calamo en un lado tenía tres copas, esferas y lirios porque en la parte de los doctores antes de la encarnación del Señor había tres órdenes de aquellos que sedientos de la gracia celestial, como copas, corrían prontamente en el camino del Señor, como esferas, y esperaban con alegría el don de la retribución celestial, como el candor y el aroma de los lirios: es decir, antes de la ley, bajo la ley, bajo los profetas. El segundo calamo también tenía tres copas, esferas y lirios, porque los continentes de aquel tiempo igualmente tenían tres órdenes de santos en la mencionada distinción de tiempos, deseando la bebida espiritual, corriendo en el camino de los mandamientos del Señor, y esperando las recompensas celestiales. El tercer calamo de manera similar tenía tres copas y esferas, y tres lirios: porque muchos eran los casados antes de la ley, muchos bajo la ley, muchos en los días de los profetas, que se alegraban de escuchar la palabra del Señor, de correr en su camino, de esperar las recompensas de las buenas obras de él. Asimismo, del otro lado del asta, tanto el primer calamo, como el segundo y el tercero, tenían tres copas y esferas, y tres lirios: porque también en el Nuevo Testamento, tanto en los doctores, como en los continentes, como en los casados devotos a Dios, hubo tres órdenes de tiempos distintos: esto es, en la Iglesia primitiva de Israel, en nuestra elección de los gentiles, en la última recolección de los restos de Israel, quienes todos en su tiempo desean embriagarse con la palabra de vida, apresurarse en el camino de la paz, ver el candor de la luz perpetua.

En el mismo candelabro habrá cuatro copas, etc. Hemos dicho que el mismo candelabro, es decir, el tronco medio del candelabro, del cual procedían los calamos, designa al Señor Salvador; de cuya gracia los justos han recibido todo lo bueno que tienen. Por eso él mismo en el Evangelio, cuando dijo a los discípulos: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos"; inmediatamente añadió: "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (Juan 15). Como si dijera con otras palabras: Yo soy el candelabro, y vosotros mis calamos: así como el calamo no puede erguirse para soportar la lámpara, si no permanece fijo en el tronco del candelabro: así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí, podéis llevar en vosotros la luz de la verdad y de la fe. En este candelabro se hicieron cuatro copas, porque en los cuatro libros del santo Evangelio, que están escritos sobre el Señor, encontramos el sabor del vino nuevo, es decir, de la doctrina celestial, que no pueden contener los odres viejos, es decir, las mentes aún adheridas a los deseos terrenales, sino solo los corazones renovados por el Espíritu de gracia de los fieles. Hay esferas por cada copa, así como lirios formados, porque el mismo Señor, que nos ofreció la copa de la sabiduría espiritual, también nos mostró que debemos tener un curso de operación piadosa sin tropiezos y pronto: y para que podamos tenerlo, él mismo lo concederá, y para que no corramos en vano, nos prometió la claridad de la patria celestial a la

que debemos aspirar: y nos abrió el acceso a ella con su gracia, o ciertamente, porque bajo dos calamos se ordena hacer copas, esferas y lirios en tres lugares. Podemos interpretar esto mística, porque a los tres grados de los fieles, de los que hemos hablado a menudo, a saber, los casados, los continentes y las vírgenes, les abrió la doctrina de la verdad, les impuso el curso de la buena obra, y les prometió y otorgó la bendición de la herencia siempre inmarcesible e incorruptible. Y apropiadamente las copas, esferas y lirios del candelabro no se ordenan sobre los calamos, sino bajo los calamos; porque los corazones de los predicadores, más bien de todos los elegidos, para que no puedan caer a lo bajo, son sostenidos por los dones, mandatos y promesas del Señor, y son elevados para amar y buscar las cosas celestiales. De ahí que la santa Iglesia, es decir, la esposa de Cristo, se gloria de él, diciendo: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cantar 2). Porque la izquierda del esposo está puesta bajo la cabeza de la esposa; porque con los beneficios temporales el Señor eleva las mentes de los fieles de los placeres y concupiscencias terrenales, para esperar y desear los bienes perpetuos. Y su derecha la abrazará, porque la visión de su divina majestad glorifica sin fin. Apropiadamente las copas, esferas y lirios están bajo dos calamos, porque en ambos Testamentos a los fieles, aunque con ceremonias diferentes, se les ha mandado la misma devoción de servir al Señor, se les ha conservado la misma gloria del reino celestial. Pero la cuarta copa, esfera y lirio, que estaban sobre todos los calamos cerca de la cima del mismo candelabro, pertenecen propiamente al Señor Salvador, quien no solo otorga a sus elegidos el conocimiento de las virtudes, la operación y la remuneración, sino que también en sí mismo el hombre Cristo muestra la figura de la copa, cuando se declara lleno del Espíritu Santo: presenta la forma de la esfera, cuando apareciendo en el mundo, sin ningún obstáculo de las cosas circundantes, "se regocijó como un gigante para correr su camino" (Salmo 18): muestra la apariencia del lirio, cuando resucitando de entre los muertos, y ascendiendo a los cielos, fue glorificado con aquella claridad que tuvo antes de que el mundo existiera con el Padre (Juan 17). Y correctamente esta copa, esfera y lirio sobresalían más alto que los calamos; porque, sin duda, los dones que Dios Padre otorgó al Mediador entre Dios y los hombres, al hombre Jesucristo, trascienden toda medida de capacidad humana. Porque a cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Pero en el mismo Cristo, "como dice el Apóstol, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Efesios 4). Bien sigue:

Y las esferas y los calamos de él, etc. Toda la obra del candelabro, es decir, tanto el tronco medio como los calamos que de él proceden, con todo su ornato, están hechos de oro; porque tanto el mismo Señor, especialmente inmune al pecado, y por todas partes resplandeciente en obras de justicia, apareció en el mundo; y esa misma inocencia y justicia sus miembros en esta vida, en cuanto pueden, imitan; en el futuro, sin embargo, adhiriéndose verdaderamente a él, progresan. Y apropiadamente ese oro fue maleable, porque el oro se produce golpeándolo; porque nuestro Redentor, que desde la concepción y el nacimiento fue perfecto Dios y hombre, soportó los dolores de las pasiones, y así llegó a la gloria de la resurrección: y todos los que quieren vivir piadosamente en él, sufren persecución (2 Timoteo 3), porque ellos también, como el metal golpeado y extendido, a través de las contumelias de la pasión, progresan hacia la gracia de la inmortalidad. Por eso en el cuarto salmo, que se titula "En los cánticos", en los místicos calamos de la fe, dice la Iglesia a su Redentor: "En la tribulación me has ensanchado". Como si el oro maleable dijera a su artífice: "En el golpe del herrero me has ampliado, y al golpearme me has dado mayor progreso".

CAPÍTULO IX. Las lámparas del candelabro y las tijeras.

Harás también siete lámparas, etc. Las lámparas son los siete dones del Espíritu Santo; que permanecieron siempre en el Señor y nuestro Redentor, y fueron distribuidos en sus

miembros, es decir, en todos los elegidos, según su voluntad. Por lo tanto, se colocan siete lámparas sobre el candelabro, porque sobre nuestro Redentor primogénito "de la raíz de Jesé reposó el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de conocimiento y piedad, y lo llenó el espíritu de temor del Señor" (Isaías 11). Y como él mismo habla por el mismo profeta: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido el Señor" (Isaías 61): lo que se dice, "Para que brillen de frente"; esto es lo que el profeta añade: "Me ha enviado a anunciar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón, a proclamar libertad a los cautivos, y apertura a los encerrados; a proclamar el año agradable del Señor, y el día de venganza de nuestro Dios". Porque las lámparas del candelabro brillaban de frente, e iluminaban el tabernáculo del Señor, cuando el Señor, estando lleno de gracia y verdad, nos dio a todos de su plenitud, y gracia sobre gracia, cuando a los mansos y pobres de espíritu, les confió la palabra del Evangelio, cuando a los penitentes les otorgó la médula del perdón, cuando declaró que ahora es el tiempo de agradar al Señor, y que el futuro será el día del juicio universal. Este número y posición de las lámparas concuerda con lo que dice Juan en el Apocalipsis: "Y vi, y he aquí en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero de pie, como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra" (Apocalipsis 5). Si los siete cuernos allí, o los siete ojos del Cordero, pueden insinuar los siete dones del Espíritu Santo: ¿por qué no se cree con razón que también las mismas siete lámparas del candelabro designan lo mismo? Más bien, así como en los cuernos y ojos se señala correctamente por la omnipotencia de la virtud con la que gobierna todo, y la plenitud del conocimiento con la que todo lo ve: así también el mismo Espíritu septiforme se expresa apropiadamente por la figura de las lámparas, por la luz de la gracia con la que en la noche de este siglo ilumina las tinieblas de nuestra ceguera. Por eso se añade apropiadamente:

Emunctoria también, y donde se extinguen las cosas que se han limpiado, etc. Hay ciertos preceptos en las Escrituras divinas que deben observarse siempre, tanto en esta vida como en la futura, como es el caso de "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo XX) y "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza" y "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo XXII, Lucas X). Hay otros que deben observarse durante toda esta vida, pero en la vida futura reciben la recompensa eterna de su observancia, como el precepto del Evangelio: "Haced amigos con las riquezas injustas, para que ellos os reciban en las moradas eternas" (Lucas XVI). Aquí se trata de hacer limosnas temporalmente, pero allí se recibe perpetuamente el fruto de las limosnas. También hay otros que, en el tiempo del Antiguo Testamento, fueron diligentemente observados por mandato del Señor: ahora, con el Evangelio brillando por el mundo, se ordena observarlos en la Iglesia no según la letra, sino según el sentido místico, como es la custodia del sábado, los ritos de las ofrendas, y la sangre del cordero pascual, y otras cosas semejantes, que en su tiempo fueron solemnemente guardadas por el pueblo de Dios, como las mechas en las lámparas del candelabro, encendidas con el aceite de la devoción piadosa y el fuego de la palabra celestial. Pero cuando los apóstoles y los hombres apostólicos predicaron, el Señor puso fin a estas y otras observancias semejantes, y todas ellas deben ser guardadas más espiritualmente en la Iglesia que según la letra. Es como si se limpiaran las mechas del candelabro para que, renovadas, brillaran mejor, porque, comprendidas más sublimemente por el Espíritu, proporcionaban a la santa Iglesia la luz de la doctrina salvadora. Sobre esta renovación de las lámparas del tabernáculo, es decir, sobre la inteligencia más sublime de las Escrituras divinas, el Señor promete a su pueblo en Levítico: "Os multiplicaré y confirmaré mi pacto con vosotros. Comeréis lo más añejo de lo viejo, y lo viejo desecharéis con la llegada de lo nuevo". Multiplicados los hijos de Israel, se confirmó con ellos el pacto de Dios: también con

las naciones, llamadas a la fe, la gracia del Nuevo Testamento se plantó con firme raíz en los corazones de los elegidos. Y comemos lo más añejo de lo viejo cuando retenemos en la dulce memoria del corazón el mandamiento antiguo, dado desde el principio al género humano: amando al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, toda nuestra alma, toda nuestra fuerza; amando también al prójimo como a nosotros mismos. Y desechamos lo viejo con la llegada de lo nuevo cuando dejamos de observar según la letra los estatutos típicos de la ley mosaica; pero los mismos, comprendidos más gratamente por el espíritu, los guardamos con el corazón renovado en la esperanza del reino celestial: según aquello del Apóstol: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; lo viejo ha pasado, he aquí que todo es hecho nuevo" (II Cor. V). Y en el Apocalipsis: "Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apoc. XXI). Los emunctorios, con los que se hacían estas cosas, son las mismas palabras del sagrado discurso, con las que se designa claramente que la letra de la ley debe ser disuelta en muchos aspectos y ser guardada solo con sentido espiritual. De las cuales es aquello en los Hechos de los Apóstoles, donde se prohibió a los creyentes de entre los gentiles ser circuncidados, y se les mandó obedecer a la gracia evangélica sin las ceremonias de las ofrendas legales. Y lo que el Apóstol, exponiendo el versículo del salmo a los Hebreos, dice: "Arriba dice: Sacrificios y ofrendas y holocaustos por el pecado no quisiste, ni te agradaron, que se ofrecen según la ley; entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad" (Hebr. X). Quitamos lo primero para establecer lo segundo: "en esa voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo". Los emunctorios, por tanto, y los vasos donde se extinguen las cosas que se han limpiado, están hechos de oro purísimo; porque son palabras divinas, con las que se predica la cesación de las ceremonias legales: y la gracia de Dios ha iluminado los corazones de aquellos en los que la misma figura de la ley toma fin, para que la verdad del Evangelio que sigue brille más claramente al mundo. Es evidente que los primeros apóstoles en el Evangelio, antes de la pasión del Señor, rompieron el sábado, y después de la ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo, pusieron fin completamente a las ofrendas legales, y cambiaron muchos decretos de la letra de la ley por la gracia de la libertad evangélica. En estos, por tanto, se extinguían las mechas que se habían limpiado: en los que la observancia literal completada mostró el comienzo de la gracia que brilla más claramente al mundo. También porque, terminada la vida mortal y sucediendo la vida inmortal, cesarán en gran parte las obras o dones de luz que ahora usamos, para que sigan las recompensas de la luz eterna en la presencia de la visión divina. Aquellos testimonios de las Escrituras que atestiguan que estas cosas serán, son ciertamente emunctorios de oro, que son de una claridad futura excelente. Los vasos también en los que se extinguen las cosas que se han limpiado son, sin duda, los cuerpos y corazones de todos los justos inmortales. Y por eso, muy correctamente asimilados al oro, en los que se hará esta transformación tan deseada, para que después de los beneficios temporales de Dios lleguen a los eternos. Finalmente, el Apóstol nos ofrece los emunctorios de las lámparas de Dios y los lugares donde se extinguen las cosas que se han limpiado, de oro, cuando habla de la diferencia entre los bienes presentes y futuros, diciendo: "Ya sea que las profecías se acabarán, ya sea que las lenguas cesarán, ya sea que el conocimiento se destruirá; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará. Y poco después: Ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido" (I Cor. XIII).

Todo el peso del candelabro... un talento de oro purísimo. Todo el peso del candelabro con todos sus vasos es todo el cuerpo de Cristo, con el mismo nuestro cabeza, Mediador de Dios y de los hombres, y todos sus elegidos desde los más altos hasta los más bajos, desde aquellos de los cuales nadie es mayor entre los nacidos de mujer hasta aquellos de los que dice: "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños que creen en mí" (Mat. XVIII). Todos

ellos, ciertamente, en diversos grados, edades, sexos, condiciones, ingenios, tiempos, se adhieren con raíz fija de mente al mismo autor y dador de la luz perpetua, cada uno en su tiempo y lugar, como un candelabro de oro, para que puedan ser partícipes de la misma luz. Este candelabro, en efecto, se recuerda correctamente que debe tener un talento de oro purísimo, ya que el talento es un peso pleno y perfecto: "Porque justo es el Señor en todos sus caminos" (Salmo CXLIV); y quien otorga su gracia en esta vida a los fieles para que obren bien, él mismo devuelve la corona de justicia en aquella vida a las buenas obras de ellos. Contra esto, el profeta Zacarías describe la iniquidad sentada sobre el talento de plomo (Zac. V); porque también a los reprobos en el mismo justo examen, según sus actos, les restituirá: "Porque tú pagarás", dice, "a cada uno según sus obras" (Salmo LXI). Pero hay diferencia, si alguien lleva oro o plomo al examen divino. Porque quienes brillan como el oro con buenas obras, progresan en el candelabro del Señor, porque son partícipes de la gloria de su Creador. Pero quienes aparecen pesados por los pecados en el estricto examen, se hunden como el plomo en el agua más fuerte; porque por el mérito de sus crímenes caen en el abismo de la pena que los pesa. Sin embargo, ambos, tanto el plomo como el oro, tienen la medida del talento; porque tanto en condenar a los impíos como en salvar y coronar a los elegidos, es justa la sentencia de nuestro Creador.

Mira, y haz según el modelo que te fue mostrado en el monte. El misterio de este precepto se hace fácilmente evidente a partir de lo que se ha expuesto anteriormente. Se mostró a Moisés en el monte el modelo del candelabro que debía hacer; porque en la altura de la contemplación íntima aprendió claramente los diversos sacramentos de Cristo y de la Iglesia; que, sin embargo, no quería exponer abiertamente al pueblo que instruía, sino que más bien los señalaba típicamente a través de la figura y obra del candelabro y sus vasos, hasta que viniera el mismo Señor y nuestro Redentor en la carne, quien revelaría el sentido interior de la misma figura a su Iglesia, dada la gracia del Espíritu Santo: para que, muriendo en la cruz, rasgara el velo del templo, y así revelara los secretos de los santos que estaban ocultos: y después de la resurrección, apareciendo a los discípulos, les abrió el entendimiento, para que pudieran percibir espiritualmente con los ojos de la mente revelados estos y otros secretos de las Escrituras. Pero también todo escriba instruido en el reino de los cielos, cuando se le manda seguir diligentemente y enseñar a otros lo que ha aprendido en las letras sagradas sobre la fe católica o la acción piadosa, ¿qué otra cosa se le manda sino mirar y hacer según el modelo que le fue mostrado en el monte? Porque mira diligentemente el modelo mostrado, y al descender a lo inferior, hace según él, cuando lo que entiende que debe ser creído o hecho por la sublimidad del discurso divino, lo examina con un corazón diligente: y siempre muestra a sus oyentes el modelo de estas cosas con la ejecución de la obra recta y la palabra de la doctrina salvadora; quien vive y reina con el Padre y el Hijo junto con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. Descripción del tabernáculo y del templo.

El tabernáculo se hará así. El tabernáculo hecho por Moisés en el desierto, al igual que el templo que Salomón construyó en Jerusalén, designa el estado de la santa Iglesia universal, que en parte ya reina con el Señor en los cielos, y en parte aún peregrina en la vida presente, con sus miembros que parten y suceden. Y en la construcción de ambas casas, esta suele ser la principal diferencia de las figuras, que el tabernáculo representa el edificio presente de la Iglesia, en el que se ejercita diariamente en trabajos, y el templo representa el descanso futuro, que se perfecciona con la recepción diaria de las almas que salen de aquí después de los trabajos; porque Moisés construyó el tabernáculo mientras aún estaba en el camino con el

pueblo de Dios, por el cual se dirigía a la tierra prometida: pero Salomón construyó el templo, habiendo obtenido el reino en la misma tierra prometida. Moisés hizo el tabernáculo en el desierto, Salomón el templo en Jerusalén, que se interpreta como visión de paz; porque aquí, en efecto, la Iglesia se edifica en el trabajo y la aflicción de la vida pasajera, en la sed y el hambre del reino eterno: pero allí se consume en la visión y percepción de la verdadera paz. Por eso, bien se dijo en la construcción del templo que no se oyó en él martillo ni hacha, ni ningún instrumento de hierro, cuando se edificaba, habiéndose preparado fuera de Jerusalén todas las piedras y maderas, y habiéndose dispuesto en su ordenación de manera adecuada: que allí fácilmente y sin duda se devolvieron cada una a su lugar, ya sea que se unieran con cemento o con clavos; porque, en efecto, en la paz de la bienaventuranza suprema no es necesario que nuestra fe sea probada por tribulaciones, ni nuestra vida examinada, sino que, habiendo sido castigada en el presente siglo, y habiendo sido adecuadamente adaptada a las sedes celestiales, allí debe ser unida con el pegamento y los vínculos de la mutua caridad, para que no pueda ser disuelta perpetuamente, en la presencia de su Creador y Rey. Porque cuando en esta vida el corazón y el alma de la multitud de creyentes se hacen uno, y todas las cosas son comunes para ellos, ¿qué otra cosa sino que las piedras vivas se cuadran para el edificio de la futura casa del Señor, que, trasladadas de aquí y de allá, sin ningún trabajo de tardanza, se insertan cada una en sus órdenes, y se unen entre sí con el vínculo de la divina y propia caridad? También la figura de ambos santuarios puede distinguirse así en general. La obra del tabernáculo, el tiempo de la sinagoga, es decir, del antiguo pueblo de Dios: pero la obra del templo, la Iglesia, es decir, aquella multitud de elegidos que vino a la vida después de la encarnación del Señor, significa: porque, en efecto, Moisés completó el tabernáculo solo con el pueblo hebreo: pero Salomón perfeccionó el templo con la multitud de prosélitos reunida, ayudado también por el rey de Tiro con sus artesanos, que no fueron ni judíos por naturaleza ni por profesión. Es evidente que, para el pueblo de Dios anterior, los doctores no fueron sino de la misma gente de ellos; pero, en verdad, los rectores de la Iglesia fueron primero de los hebreos: pero pronto, creciendo y extendiéndose por el mundo, también surgieron de las naciones sus constructores, de modo que incluso el evangelista Lucas, y Timoteo y Tito, hombres apostólicos de la vocación de las naciones, llegaron al episcopado de ella. Sin embargo, si examinamos diligentemente cada cosa, la edificación de ambas casas describe místicamente el estado de toda la Iglesia presente, que desde el principio de la condición mundana hasta el último elegido que nacerá al final del siglo, nunca deja de edificarse: y también describe con admirable verdad de figuras la gloria de la vida futura, de la cual ahora disfruta en parte, pero después del término de este siglo, en todos sus miembros, disfrutará eternamente. Por lo tanto, al decir algo sobre el tabernáculo, con la ayuda del Señor, primero invocando a Él mismo, también con humilde súplica, pedimos que se revelen los ojos de nuestro corazón, para que podamos considerar las maravillas de su ley, y en el esplendor de los metales y vestiduras perniciosos entendamos que se nos encomienda el ornamento de las costumbres, brillando con fe y devoción. Porque de otro modo no puede convenirnos aquella palabra apostólica que dice: "Porque vosotros sois el templo del Dios vivo" (II Cor. VI), como dice Dios: "Porque habitaré en ellos, y entre ellos caminaré" (Lev. XXVI). Y lo que Juan oyó una gran voz desde el trono diciendo: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos" (Apoc. XXI), que si [como] imitamos el ornamento material del tabernáculo o templo con el culto religioso del corazón y cuerpo puros. Pero antes de que discutamos el sentido espiritual, primero veamos un poco el texto material de la letra. El tabernáculo era una casa consagrada al Señor, con treinta codos de longitud, diez de ancho, y diez de altura, con un techo igual por todo, como es costumbre construir casas en Egipto y Palestina. Sus tres paredes, la austral, la septentrional y la occidental, estaban hechas de tablas de madera, doradas por ambos lados. Además, para la parte oriental había una sola barra, donde estaba la entrada, que llegaba a través de las tablas

medias desde un ángulo hasta el otro, es decir, desde la cima última de esta pared hasta la cima de la otra pared. Sobre la cual se apoyaban las cortinas del tabernáculo y el techo, donde también había un toldo suspendido por cinco columnas. La casa estaba cubierta, tanto por encima como por todos lados, con cortinas tejidas con maravillosa variedad, que propiamente se llamaba tabernáculo. Y este estaba cubierto por todos lados con tapices de cilicio, que llegaban hasta el suelo. Pero también había otra cubierta para el techo de pieles de carneros teñidas de rojo. Se hizo también otra cubierta sobre esta de pieles de color jacinto. Había también un velo bordado con obra de plumario, colgado de cuatro columnas, que dividía el santuario y el santuario de los santuarios: dentro del cual estaba colocada el arca del testimonio, y frente al arca, fuera del velo, el altar del incienso. También en medio del mismo santuario, el candelabro en la parte austral. La mesa estaba en la septentrional; el altar del holocausto fuera, ante la entrada del santuario; la fuente de bronce entre este altar y el tabernáculo. Y alrededor de todo, el atrio del tabernáculo, con cien codos de longitud y cincuenta de ancho. Por lo tanto, para mayor claridad, habiendo prefigurado brevemente estas cosas, veamos las mismas palabras de la historia, para que a través de ellas podamos llegar más alta y claramente al sentido de la alegoría. Cuando el Señor, estando con Moisés en el monte Sinaí durante cuarenta días y noches, le entregó las ceremonias de la ley y el rito de vivir, dijo entre otras cosas:

CAPÍTULO II. Las diez cortinas.

(Exod. XXVI.) Tabernáculo vero así harás, etc. El Tabernáculo del Señor se hace con cortinas de diversas especies de colores; porque la santa Iglesia universal se edifica con muchas personas elegidas, con muchas Iglesias por el mundo, con diversas flores de virtudes. Toda su perfección se contiene en el número diez; porque la Iglesia está difundida por el mundo en diversas naciones, tribus, pueblos y lenguas: toda subsiste en el amor a Dios y al prójimo, que está comprendido en el decálogo de la ley. Nadie puede verdaderamente llegar a ser miembro de la Iglesia, si no ha aprendido a amar con todo el corazón a aquel por quien se edifica, y a aquellos en quienes se edifica la Iglesia; esto es, a Dios y a sus elegidos. La variada belleza de los colores, con la que están distinguidas las cortinas, es la gracia de las diversas virtudes, con las que la santa Iglesia, compuesta con arte maravillosa y celestial, resplandece ante su Creador: con esta variedad, y como con un trabajo de bordado, el bienaventurado Pedro se esforzó en edificar el tabernáculo de Dios, cuando dijo: Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los otros, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios (I Pedro IV). Pablo vio que esto estaba presente en las cortinas del tabernáculo, es decir, en las mentes de los fieles, cuando dice: A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia (II Cor. XII), y otras cosas de ese lugar. Y ciertamente el lino fino, que se pone primero, porque designa la belleza de las virtudes, lo testifica Juan en el Apocalipsis, diciendo: Porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado, y se le ha concedido que se vista de lino fino resplandeciente y blanco (Apoc. XIX): el lino fino son las justificaciones de los santos. Salomón dice de la misma esposa del Cordero, es decir, de la Iglesia de Cristo: El lino fino y la púrpura son su vestido (Prov. XXXI). Pero Juan, exponiendo la figura de un color, insinúa que los demás también deben interpretarse figurativamente. El lino fino, que surge de la tierra, pero que, extraído de ella, con largo ejercicio de secado, golpeado, purgado, cocido y hilado, suele perder su color herbáceo y recibir en sí un color blanco, designa cuerpos adornados con la pureza de la castidad: que, naciendo con las tentaciones de la carne, con gran trabajo de continencia, como si sudaran su humor nativo, y con el esmero del ayuno y las vigias, la oración y la lectura, la paciencia y la humildad, llegan al decoro de la pureza digna de Dios. De los cuales se puede decir con razón aquello del apóstol: ¿No sabéis que vuestros cuerpos

son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros? (I Cor. VI). Este lino fino se retuerce en las cortinas del tabernáculo; porque no solo ceñimos los lomos de la carne, sino también, como advierte Pedro, los lomos de nuestra mente en sobriedad (I Pedro I), para que, evidentemente, refrenemos tanto la carne de los movimientos lascivos, como el corazón de los pensamientos seductores. El jacinto, porque imita la apariencia del aire y del cielo, significa las mentes de los mismos elegidos, que buscan con toda esperanza y deseo las cosas celestiales. El apóstol, recomendándonos el sacramento de este color, dice: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios (Col. III). La púrpura, porque muestra el color de la sangre: y la verdadera púrpura también se tiñe con la sangre de los moluscos, designa los corazones devotos de aquellos que pueden decir con el apóstol: Estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús (Hechos XXI). Y con el profeta David: Porque por ti somos entregados a la muerte todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero (Salmo XLIII). El carmesí, porque tiene la apariencia del fuego, se compara con razón al amor ardentísimo de los santos. Por eso, algunos de ellos, que habían concebido este amor con el Señor presente y acompañándolos, decían: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras? (Lucas XXIV). A los reprobos se les dice en cambio: Y porque abundará la iniquidad, se enfriará el amor de muchos (Mateo XXIV). Este se tiñe dos veces, cuando arde con el amor de Dios y del prójimo, cuando amamos a aquel con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, y a este como a nosotros mismos. Así que en estos cuatro colores de las cortinas, se expresan las cuatro justificaciones de los elegidos. En el lino fino retorcido, la carne que retiene la castidad; en el jacinto, la mente que desea lo supremo; en la púrpura, la carne que está sujeta a las pasiones; en el carmesí teñido dos veces, la mente que resplandece entre las pasiones con el amor de Dios y del prójimo.

La longitud de una cortina tendrá, etc. En la longitud de las cortinas, se expresa la paciencia longánime de la santa Iglesia; en la anchura, la amplitud de la caridad, que no solo ama a Dios y al prójimo, sino que también acostumbra a recibir con el regazo extendido de su dulzura al adversario que la odia, y a encomendar a sus perseguidores al Señor con las rodillas dobladas en oración, diciendo: Señor, no les imputes este pecado (Hechos VII). Esta anchura era adecuadamente de cuatro codos, porque son cuatro los libros de los Evangelios, en los que con ejemplos y palabras de nuestro Redentor, se nos enseña cómo debe mantenerse esa caridad. Cuatro virtudes, en cuya operación se ejerce esa caridad, es decir, templanza, fortaleza, justicia, prudencia, para que la caridad incorrupta en Dios, y guardada íntegra, que es de la templanza; no se quiebre por ninguna adversidad, que es de la fortaleza; no sirva a otro, que es de la justicia; vigile en discernir las cosas, para que el engaño o el dolo no se introduzcan poco a poco, que es de la prudencia. La longitud de las cortinas era de veintiocho codos, que es un número cuaternario multiplicado por siete, y el número siete suele figurar el descanso eterno de los santos por el día del sábado. La longitud de las cortinas, pues, se extiende en cuatro veces siete codos; porque por la fe y la custodia de la doctrina evangélica, y por los ejercicios de las virtudes espirituales de las que hemos hablado, la paciencia longánime de la santa Iglesia tiende al descanso eterno. Hay también otro sacramento en el número veintiocho, igualmente relacionado con el siete. Si desde uno hasta siete quisieras contar todos los números intermedios en orden completo, completarás veintiocho; porque uno, y dos, y tres, y cuatro, y cinco, y seis, y siete, hacen veintiocho. Porque, pues, en las partes del número siete, se encuentra el número XXVIII, con razón se contiene en él la longitud de las cortinas, porque la fe y la paciencia de los santos, distinguidas por la variedad de virtudes, en todo lo que hace o sufre, no espera la gloria del favor humano, sino la bienaventuranza del descanso supremo. De ahí que el salmo de este número se titule en la

consumación del tabernáculo, que se canta todo sobre la perfección de la santa Iglesia, especialmente en lo que se dice en él: Adorad al Señor en su atrio santo. Y de nuevo: Y en su templo todos dirán gloria (Salmo XXVIII). Con razón, pues, el salmo XXVIII se inscribe sobre la consumación del tabernáculo; porque ciertamente en esto está la perfección de la Iglesia peregrinante en este mundo, para que por la fe y las buenas obras tienda al descanso del mundo futuro. Bien sigue:

De una medida serán todas las tiendas. Aunque las cortinas se diferenciaban entre sí por la variada pintura, todas tenían una medida de longitud y anchura igual. Aunque los elegidos tienen dones diferentes según la gracia que les ha sido dada, hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos.

Cinco cortinas se unirán mutuamente, etc. Josefo narra (Antiq. III, 6) que las tablas del Testamento estaban escritas con el decálogo de la ley, de modo que cada tabla contenía también cinco palabras. Por lo tanto, adecuadamente también las cortinas diez, que juntas completaban la belleza del tabernáculo, se separaban en el tiempo oportuno, de modo que cinco permanecieran juntas en cada parte, para que los ministros de los santos, al ver esto, con el pueblo de Dios fueran amonestados de la ley siempre a observar, que estaba comprendida en diez palabras en dos tablas, pero distinguidas en número quinario por cada tabla. Sin embargo, podemos discutir sobre el número de cortinas en dos quinarios también de esta manera, que los seguidores de Dios en ambos testamentos divinos lo señalaron. Y las primeras cinco, que protegían o hacían el frente y la primera parte del tabernáculo, representaron el tipo del antiguo pueblo de Dios, que cumplía los decretos de la ley en el sacramento de la circuncisión, y de las ofrendas, y la variada observancia de ceremonias según la letra. Las siguientes cinco cortinas, que cubrían o también hacían la parte posterior del tabernáculo, nos designaron a nosotros, que nacidos después de la venida del Señor en la carne, guardamos los libros y sacramentos de la ley espiritualmente, revelados y dados por él. Y ciertamente todas las cortinas eran de una obra, y estaban pintadas con los mismos colores, pero cinco estaban mutuamente unidas; porque todos los adoradores de ambos testamentos creían en un mismo Dios, servían con las mismas obras de piedad y castidad, pero en la celebración de los sacramentos, cada pueblo actuaba en sus partes discretas. Pues el sacramento de la pasión del Señor, por el cual ambos somos redimidos, ellos lo celebraban en la carne y sangre de las víctimas, nosotros en la oblación de pan y vino: ellos creían y confesaban la venida en carne del Señor, la predicación, la operación de virtudes, la tentación, la pasión, el sepulcro, la resurrección, la ascensión, la venida del Espíritu Santo, la fe de las naciones, nosotros creemos y confesamos que todo esto ya ha sucedido, y no se hará más. Sin embargo, en el tiempo en que se erigía el tabernáculo, todas las cortinas se unían entre sí; porque cuando toda la belleza de la Iglesia católica se extiende desde el principio hasta el fin del mundo, ciertamente como una conexión de diez cortinas, adorna el tabernáculo del Señor.

Anillas de jacinto en los lados y en las cimas, etc. Hemos dicho que el jacinto, porque es de color aéreo, se adapta a la significación de los bienes celestiales. Las cortinas se unen entre sí con anillas de jacinto, cuando una sola esperanza de la bienaventuranza suprema une todos los corazones de los elegidos en una misma devoción. Estas anillas se dicen adecuadamente, porque no solo debían hacerse en los lados de las cortinas, sino también en las cimas, es decir, en los extremos de los ángulos. Porque no solo la vida y la operación de los santos avanzan en el camino común hacia la perfección con recta intención, sino que también el mismo inicio de la buena conversación, que se lleva a cabo por la confesión de la fe y la percepción de los sacramentos celestiales, no es diverso entre sí, sino que todos tienen la gracia de la verdad conectada de manera igual e indivisible. También tenemos en común el

término de la vida temporal con la certeza de una misma esperanza, cuando cerramos los ojos en la muerte, de modo que, habiendo recibido antes el viático del misterio celestial, confiamos en encontrarnos pronto en la verdadera vida, y en permanecer en ella para siempre. Se ajusta a este lugar lo que en el libro de los Números se ordena a los hijos de Israel, que hagan flecos en los ángulos de sus mantos, poniendo en ellos cintas de jacinto. Los hijos de Israel tienen flecos y cintas de jacinto en los ángulos de sus mantos, cuando los elegidos, y quienes desean ver a Dios, se esfuerzan por vestirse con obras de justicia, de modo que no pongan su fin en la alabanza de los mortales, no sea que se diga de ellos, Porque ya tienen su recompensa (Mateo VI): sino que busquen en ellos más bien los ojos del juez del infierno y las recompensas eternas. Por eso, allí se añade inmediatamente explicando. Que cuando las vean, recuerden todos los mandamientos del Señor, para que no sigan sus pensamientos y sus ojos fornicando por cosas varias. Con estas palabras también debemos usar en la exposición de las anillas de jacinto, para que digamos que por eso las cortinas están unidas con tales anillas, para que los hijos de Israel, teniendo esto ante sus ojos, sean amonestados de los mandamientos celestiales, y nosotros ahora, al leer esto, recordemos que, viviendo en esta vida como hijos de la promesa eterna, y separados por tiempos y lugares, en los cielos está la patria, que reunirá a sus ciudadanos de los cuatro vientos del cielo en una sociedad indivisible para siempre.

Cincuenta anillas tendrá la cortina, etc. Leemos que el año cincuenta en la ley se llama jubileo (Levítico XXV), es decir, liberador o iniciado, en el que todo el pueblo debía descansar de todo el trabajo de la tierra, y todas las deudas debían ser perdonadas. Y en el Nuevo Testamento sabemos que la gracia del Espíritu Santo vino sobre los apóstoles en Pentecostés, es decir, el quincuagésimo día de la resurrección del Señor (Hechos II), y consagró con su venida los inicios de la naciente Iglesia. Por lo tanto, está claro que en ese número, o la gracia del Espíritu Santo, o el gozo de la futura bienaventuranza, a la que se llega por el don del mismo Espíritu, y en cuya percepción sola se descansa y se goza verdaderamente, puede ser figurado adecuadamente. Y adecuadamente las cortinas tenían cincuenta anillas, con las que se unían entre sí; porque no se hace sino por el don del Espíritu Santo, que en la sociedad de la paz, que es el vínculo de la perfección, se unan mutuamente los elegidos: no otra cosa que la esperanza futura y la memoria de la sociedad y la paz que hace concordar a los siervos de Cristo separados en esta vida por tiempos o lugares. Bien se dice también que las cortinas tenían anillas en cada parte, para que, evidentemente, cada cortina abrazara a las cortinas próximas a ella de cada lado, como con los brazos extendidos de aquí y de allá. Porque es necesario que todos los fieles, tanto a aquellos que nos precedieron en Cristo, como a aquellos que siguieron, los abracemos con los brazos abiertos de sincera piedad; y a aquellos que nos instruyeron en Cristo, y a aquellos que nosotros mismos instruimos en Cristo, veneremos a todos con un mismo afecto en Cristo. Así debemos apresurarnos a ver el rostro de nuestro Creador viviendo bien, para que no abandonemos al prójimo que corre con nosotros, sino que nos esforcemos por llegar junto con él ante la vista de la gloria divina: porque las cortinas individuales se extendían así por los soportes de las tablas hacia lo alto, así resplandecían en lo alto con la variada flor de su pintura, que de ninguna manera abandonaban a las cortinas que con ellas se elevaban o resplandecían en lo alto: a semejanza de las cuales nos conviene también ayudar con consejos y ejemplos a los fieles que progresan con nosotros en el servicio de Dios, y en cualquier virtud en la que hayamos podido progresar, tratar de manera digna de veneración a los consortes de la misma virtud. Por lo tanto, una anilla viene contra otra, para que una pueda ser adaptada a la otra, cuando los justos se unen entre sí con una cualidad concordante y pareja de virtudes.

Harás también cincuenta ganchos de oro, etc. Este lugar se explica más plenamente en lo que sigue, cuando se dice: Y fundió cincuenta ganchos de oro, que mordieran las anillas de las cortinas, y se hiciera un tabernáculo. El número cincuenta, pues, designa el verdadero gobierno en el Espíritu Santo; y porque el círculo no parece tener principio ni fin, y el oro es más precioso que los demás metales por su claridad. ¿Qué se expresa en los cincuenta ganchos de oro, sino la perpetua claridad y clara perpetuidad de la suma quietud? Y los ganchos muerden las anillas de las cortinas, para que de todas se haga un tabernáculo, cuando la gloria del reino supremo se infunde de tal manera en las mentes puras de los fieles, que con tal pegamento de inspiración salvadora, se perfecciona una Iglesia de Cristo de ambos pueblos, o más bien de todos los elegidos.

CAPÍTULO III. Once cortinas

Harás también cortinas de pelo de cabra, etc. Este lugar se repite en lo que sigue: Hizo también cortinas de pelo de cabra para cubrir el techo del tabernáculo. Las cortinas, pues, que cubren el tabernáculo, son los rectores de la santa Iglesia, cuya industria y trabajo protegen la belleza de la misma Iglesia, y con incesante cuidado la defienden, para que la vida y la fe de los elegidos no puedan ser corrompidas por la seducción herética, ni manchadas por la maldad de los falsos católicos, ni contaminadas por la suciedad de los vicios tentadores, ni llevadas a la tristeza por la falta de recursos temporales. Cuanto más se preparan atentamente para soportar o repeler las violencias de las tentaciones que se precipitan, tanto más libertad para servir al Señor otorgan a los súbditos; y como las cortinas, les proporcionan la oportunidad de resplandecer en el interior, mientras que, como las cortinas, ellos mismos soportan las tempestades de las aflicciones en el exterior. Adecuadamente, además, se dice que estas cortinas son de pelo de cabra y hechas de once; porque, en efecto, los santos predicadores, cuanto más altos son en mérito, más humildes deben ser en ánimo, según aquello del hombre sabio: Cuanto más grande eres, humíllate en todo (Eclesiástico III). Once, que pasan del diez, y no llegan al doce, es decir, al número apostólico, significan la transgresión del decálogo de la ley. Y en el salmo once, el Profeta se queja de que los santos han desaparecido, y los hijos de los hombres han cambiado las verdades por vanidades y engaños, diciendo: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo, etc., también designando tácitamente con este número, que tales hombres de lengua y corazón doble, ni guardan los preceptos legales del decálogo, ni pueden recibir la gracia apostólica del Evangelio. El hábito de cilicio también es de los penitentes, como lo atestigua el salmista, que dice: Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio (Salmo XXXIV), es decir, asumí el hábito de penitencia y humildad, con el que soportaba más fácilmente el furor de los perseguidores, o incluso lo mitigaba. Porque si las cabras, o sus pelos, o las pieles de cabra siempre significaran el hedor de los pecadores, y no a veces la humildad de los penitentes, de ninguna manera se contaría este animal entre los puros, ni se diría en alabanza de la esposa: Tus cabellos son como un rebaño de cabras (Cantar de los Cantares IV). Las cortinas, pues, que insinúan a los santos predicadores, son de cilicio y de once; porque cuanto más purifican los corazones con fe, más encuentran en qué reprocharse a sí mismos. Por eso confiesan humildemente: Porque en muchas cosas todos ofendemos (Santiago III): y Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan II). Sin embargo, cuán perfectos son sus corazones, lo declaran mística las palabras siguientes, en las que se dice:

Longitudo de un solo tapiz será, etc. Aquí tienes el número diez, no el once, multiplicado por tres, lo que claramente insinúa la virtud de aquellos que cumplen el decálogo de la ley en la fe de la Santísima Trinidad, que opera a través del amor: una perfección que en esta vida no

puede ser superada. También tienes cuatro codos de ancho, lo que hemos dicho que significa la amplitud de la caridad sincera, es decir, la que en el Evangelio nos es encomendada y dada por Jesucristo. Por lo tanto, los tapices de cabra cubren el techo del tabernáculo, hechos de pelo de cabra, con una longitud de treinta codos y un ancho de cuatro; porque aquellos predicadores supremos, que protegen la vida de los fieles con sus exhortaciones, intercesiones, preocupación diaria, vigiliias, ayunos y su propia desnudez, humildemente se confiesan pecadores ante la excelencia de la pureza celestial que han contemplado. Sin embargo, en cuanto a la perfección humana, aparecen sublimes entre los hombres del mundo. La medida de todos los tapices será igual, etc. La medida de todos los tapices será igual, porque ciertamente hay una sola fe en la que toda la Iglesia es salvada, y una misma vida a la que se apresura la eternidad. Por eso, aquellos que entraron a trabajar en la viña del Señor en diferentes momentos, todos son recompensados con un solo denario. La división de los tapices en cinco y seis puede entenderse de acuerdo con lo que expusimos anteriormente sobre las cortinas divididas en cinco; porque evidentemente designan a los doctores de ambos Testamentos. Los cinco tapices se comparan adecuadamente con los antiguos maestros del pueblo de Dios; ya sea porque predicaban solo los sacramentos de la ley mosaica, aunque también predicaban los misterios de la verdad evangélica; o porque vivían en las cinco edades del mundo. En cuanto a los seis tapices, pueden entenderse como los doctores del Nuevo Testamento; porque evidentemente asumen espiritualmente todo lo que la Escritura divina relata que se hizo o se dijo en las seis edades del mundo, como ayuda y ejemplo para su predicación; porque proclaman abiertamente a sus oyentes que la pasión del Señor, por la cual el mundo fue redimido el sexto día, debe ser creída y confesada, y testifican que solo a través de este sacramento pueden ser salvados. Por eso, se ordena correctamente que el sexto tapiz se doble en el frente del techo, por la confesión e imitación de la misma pasión del Señor. Porque no basta con que los creyentes sean bautizados y consagrados solo en la confesión de la muerte y resurrección del Señor, si no se esfuerzan también, una vez bautizados, en cuanto puedan, en vivir continuamente en la semejanza de la muerte del Señor, y en sufrir por Él, para que merezcan ser partícipes de su resurrección. Según la letra, el frente del techo se refiere a la entrada del tabernáculo: donde no se ordenó colocar tablas, como dijimos brevemente antes, sino columnas y una barra extendida desde la esquina de las tablas hasta la otra esquina: por lo tanto, en cuanto a la forma de la obra misma, allí era más necesario el refuerzo duplicado de los tapices, donde faltaba la firmeza sólida de la pared. Pero mística y correctamente, el sexto tapiz se duplica en el frente del techo, cuando todos los que entran en la santa Iglesia son iniciados en la fe y los sacramentos de la pasión del Señor, de modo que también entienden que deben vivir siempre en su imitación. Porque es como si en la entrada del santuario se nos duplicara el sexto tapiz, cuando somos consagrados con los sacramentos de la pasión del Señor, e instruidos con sus ejemplos. Porque Pedro dice sobre la recepción de los sacramentos: "Quien, según su gran misericordia, nos regeneró para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (1 Pedro 1). Y dice sobre la imitación de las pasiones: "Cristo, pues, habiendo padecido en la carne, armaos también vosotros con el mismo pensamiento" (1 Pedro 4).

Harás también cincuenta anillas en el borde de un tapiz, etc. Esto, como expusimos antes en las cortinas, también puede entenderse aquí; porque evidentemente la memoria del descanso celestial, que suele expresarse con el número cincuenta, une los corazones de los santos con el vínculo de la paz. O si deleita escuchar algo nuevo, ya que los tapices designan la humildad de los hombres sublimes; porque desean más recordar sus propios pecados que predicar sus virtudes, y se esfuerzan más en ser compungidos por las virtudes que aún no han alcanzado, que en gloriarse de las que ya han alcanzado. El número cincuenta de las anillas o broches puede designar la misma humildad de su compunción. Porque el salmo cincuenta es

el de la penitencia. Y correctamente; porque el don de la penitencia no se concede sino por la generosidad del Espíritu Santo, y el don del perdón a los penitentes no se otorga sino por la misma gracia del Espíritu Santo. Y bien, cincuenta anillas o broches unen los tapices entre sí; porque ninguna virtud une más al fiel en un solo vínculo de caridad que la humildad. Pues cuanto más percibe uno su propia debilidad, tanto más diligentemente busca la ayuda del prójimo para fortalecerse. Y bien, los broches son de bronce; porque se sabe que el metal es muy sonoro, ya que ciertamente la conciencia humilde de los justos tiene una gran voz ante Dios. Por eso, aquel pobre de David, cuando estaba angustiado, y no clamaba en los oídos de los hombres, sino que derramaba su oración ante el Señor: "Señor, escucha mi oración", dice, "y mi clamor llegue a ti" (Salmo 101).

Lo que sobrará en los tapices que se preparan para el techo, etc. Para que esto pueda entenderse más plenamente, es necesario discutir un poco más ampliamente sobre toda la disposición del tabernáculo mismo. Dijimos que las paredes del tabernáculo, que consistían en tablas y columnas, tenían una longitud de treinta codos, una anchura de diez, y una altura igualmente de diez. Si alguien quisiera rodear la casa en anchura con una cuerda, por ejemplo, desde la base de una tabla del lado meridional, hasta la base de la tabla que está enfrente en el lado septentrional; ciertamente se sabe que la misma cuerda debe tener una longitud de treinta codos, es decir, diez codos de ascenso en la pared meridional, otros diez de igualdad nuevamente entre las paredes, y diez más de descenso en la pared septentrional. Asimismo, si quisieras extender la cuerda a lo largo de la casa, es decir, desde las bases de las columnas hacia arriba, y a lo largo de toda la casa hasta la pared occidental, y luego hasta sus bases hacia abajo, la cuerda tendría una longitud de cincuenta codos, diez de ascenso junto a las columnas, treinta de igualdad a lo largo de la casa; y diez nuevamente de descenso junto a las tablas de la pared occidental. Considerando esto, observa las medidas de las cortinas, con las que debía cubrirse la casa, cómo pueden convenir con las medidas mencionadas. Había diez cortinas, cada una con una longitud de veintiocho codos, y una anchura de cuatro, que juntas, y unidas en uno, llenaban el tabernáculo con su anchura de cuarenta codos. Suspende, pues, las cortinas, que tienen cada una una longitud de veintiocho codos, y colócalas en una casa cuya medida en transversal es de treinta codos, y verás que las cortinas tendrán en la igualdad, que es entre las paredes, diez codos; en el ascenso o descenso, que es junto a las paredes, tendrán nueve codos. Así, la parte superior de las cortinas no podrá tocar el suelo, sino que estará un codo más alta que el suelo. Asimismo, verás que las cortinas tienen en la igualdad a lo largo de la casa treinta codos; en el ascenso o descenso, que es en el lado oriental y occidental de la casa, cinco codos. Por lo tanto, la misma parte superior lateral de las cortinas no llega hasta el suelo, sino que está cinco codos más alta que el suelo. Por lo tanto, es necesario que esos cinco codos de las cortinas, que sobran al cesar las paredes, se junten entre sí en el lado oriental y occidental, y se unan mutuamente, de modo que las cortinas cubran la casa por todos lados, excepto un codo junto al suelo. Esto sobre las cortinas. Por otro lado, los tapices tenían treinta codos de longitud, y cuatro de anchura; y como eran once unidos entre sí por los lados, llenaban cuarenta y cuatro codos. Coloca, pues, también estos en la casa: y como la longitud de los tapices concuerda con la cuerda con la que medías la casa en transversal, la parte superior de ellos llega hasta el suelo. Tendrán, pues, diez codos de igualdad entre las paredes, diez igualmente de ascenso o descenso en ambos lados. Y esto es lo que dice la Escritura, que un codo colgaría de un lado, y otro del otro, que es lo que sobra en la longitud de los tapices protegiendo ambos lados del tabernáculo. Porque el tabernáculo propiamente llama a la misma obra o unión de las cortinas, que los tapices superaban en un codo desde el lado sur de la casa, y otro desde el lado norte. Por lo tanto, llegaban hasta el suelo, porque estos tenían treinta codos de longitud, y aquellas dos menos. Asimismo, la medida de los tapices a lo largo de la casa se extendía cuarenta y cuatro codos,

teniendo treinta codos en igualdad, desde el frente de la casa hasta la parte superior de las tablas en el lado occidental, y siete codos colgando desde el frente de la casa, y siete igualmente colgando en el lado occidental. Así, la medida de los tapices en el lado occidental excedía en dos codos la medida de las cortinas; porque ciertamente las cortinas que venían desde arriba, como mencionamos antes, cubrían cinco codos de la misma pared occidental, y dejaban tres sin cubrir. Y esto es lo que ahora se dice: Lo que sobrará en los tapices que se preparan para el techo, es decir, un tapiz, que más de la mitad de él cubrirás la parte posterior del tabernáculo. Porque la mitad de un tapiz, en anchura, son dos codos, con los que se cubrían las partes posteriores del tabernáculo, es decir, las cortinas que propiamente se llamaban tabernáculo, porque dos codos de ellas, como dijimos, el último tapiz extendiéndose hacia abajo las superaba. Asimismo, los tapices que venían desde arriba, cubrían solo siete codos de la pared occidental: sin embargo, los tres restantes, que quedaban, no estaban desnudos hasta el suelo expuestos a las inclemencias del tiempo; sino que, al juntar los tapices de siete codos de ambos lados, que sobaban al cesar las paredes, las partes posteriores de la casa se cubrían firmemente hasta el suelo. Sin embargo, estos no solo podían llegar entre sí, y tocarse en el medio de la pared como las cortinas; sino que, como eran de siete codos, excedían el medio de la pared en dos codos hacia ambos lados, y se unían superpuestas entre sí: lo que creemos que debe entenderse de la misma manera en todo también en el lado oriental de la casa, por lo que se ordenó anteriormente que el sexto tapiz se duplicara en el frente del techo. Esto sobre un asunto muy difícil, como nos ha parecido entender, hemos tratado de explicar brevemente, dispuestos a aprender cosas más verdaderas en esto, si alguien quisiera enseñarnos. En todo esto, sin embargo, el sentido de la alegoría es claro. Porque los tapices protegían las cortinas, tanto por encima como por debajo, y por todos lados: y para que aquellas brillaran libremente con la belleza de su rostro, estos las hacían inmunes desde fuera de toda injuria de tempestades, lluvias y calores: porque ciertamente los perfectos del propósito de la santa Iglesia, así suelen mirar con cuidado la vida de los fieles a ellos confiados, que no les faltan ni los auxilios de la carne, ni los de la vida espiritual. Que también estén ausentes los dogmas de los herejes y los ejemplos perversos de los católicos. Que esté presente la doctrina saludable, por la cual fortalecidos, puedan rechazar sabiamente las palabras de los que enseñan mal, y soportar pacientemente los hechos de los que les hacen mal. Que esté presente la vida celestial de ellos, por la cual confirmados, aunque la lengua calle, usen siempre como de una lectura viva. Porque los tapices repelen las lluvias, resisten las tormentas, alejan los ardores del sol, ahuyentan valientemente todo lo adverso desde fuera, para que la belleza de las cortinas permanezca intemerata en el interior: cuando Agustín evacua todos los venenos de los herejes que podían turbar la fe: cuando Gregorio explica las tentaciones del antiguo enemigo que atacan las buenas costumbres: cuando Cipriano conforta a los débiles con piadosas exhortaciones para que no caigan en el martirio: cuando otros venerables obispos y doctores alejan lejos las tentaciones que podían turbar la Iglesia, y con diligente investigación prevén las cosas que les son provechosas para la salvación, para que la conversación religiosa de los fieles, segura por todos lados, pueda estudiar con corazón libre las virtudes, y en la presencia de su Creador brillar con obras resplandecientes, y también dirigir el ojo de la mente a su contemplación. Pero porque entre los santos predicadores, aquellos son dignos de mayor honor, que además de servir en el oficio de la predicación y el gobierno de los pueblos, también derraman su sangre por Cristo, correctamente se añade:

CAPÍTULO IV. Tercer y cuarto recubrimiento de pieles.

Harás también otro recubrimiento para el techo de pieles de carneros, etc. Porque a veces se suele tomar el término carneros para referirse a los santos doctores, ya que son guías de los

rebaños del Señor. Por eso, el Salmista dice bellamente: "Ofreced al Señor, hijos de Dios, ofreced al Señor hijos de carneros" (Salmo 127). Lo que es decir claramente: Ofreced al Señor, oh ángeles de Dios, a quienes se les ha delegado el cuidado de este oficio: ofreced al Señor en los cielos los espíritus de los fieles, que por la imitación de la vida y la fe, han merecido ser hijos de los bienaventurados apóstoles. De ahí que la sexta estación del pueblo de Dios que salió de Egipto, se llame Elim, es decir, de los carneros, en la que había doce fuentes de agua y setenta palmeras: para que tanto en nombre como en especie tuviera la figura de los apóstoles y de los hombres apostólicos. Las pieles de carneros se tiñen de rojo para cubrir el techo del tabernáculo, cuando los apóstoles, o los hombres apostólicos, no cesan de insistir con la palabra de doctrina hasta el martirio: para que protejan más seguramente a los sujetos de los peligros inminentes de las tentaciones, mientras ellos mismos no rehúsan sufrir persecución por la justicia hasta la muerte. Y las pieles de carneros teñidas de rojo cubren el tabernáculo del Señor, y lo defienden de la injuria de las tempestades, cuando los santos predicadores, con el ejemplo de su pasión y paciencia, protegen los corazones de los débiles para que no desfallezcan en las presiones de las tribulaciones. Y así como entre los principales miembros de Cristo y de la Iglesia, la sagrada virginidad ocupa un lugar eminente, adecuadamente después del variado esplendor de las cortinas, después de las defensas de los santos de cilicio, después de las pieles de carneros teñidas de rojo, aún se añade:

... Otro recubrimiento de pieles de color jacinto. Porque el jacinto es de color celestial: y la piel es parte e indicio de un animal muerto. ¿Y qué se expresa por las pieles de jacinto, sino la virtud de aquellos que, habiendo mortificado completamente todas las seducciones de la concupiscencia carnal, llevan de algún modo una vida celestial en la tierra, y estando entre los hombres, imitan más bien la pureza angélica: y lo que en el tiempo de la futura inmortalidad se promete a todos los elegidos, porque no se casarán, ni se darán en matrimonio, sino que serán iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22), ellos, aún retenidos en la carne mortal, se esfuerzan por anticipar? Por lo cual, con razón queda un gran premio para tan gran virtud, porque como atestigua el profeta: "Así dice el Señor a los eunucos, que guardan mis sábados, y eligen lo que yo quiero, y mantienen mi pacto; les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de hijos e hijas: les daré un nombre eterno, que no será quitado" (Isaías 56). De este lugar y nombre, y el evangelista Juan, que era uno de ellos, refiere haber oído "cantando un cántico nuevo ante el trono de Dios" (Apocalipsis 14), que nadie más podía. Y añadió inmediatamente: "Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes: estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va". Con razón, pues, las pieles de jacinto ocupan el lugar supremo en la casa de Dios, y el color celestial ha obtenido una sede cercana al cielo, para que los coros virginales, tanto del alma como del cuerpo, sean designados para seguir al Cordero con especial cercanía, y para cantar himnos de alabanza. Bien se dice de los velos de las cortinas y de los tapices, que aunque colocados en lo alto, sin embargo colgaban hasta el suelo, aunque las cortinas no podían llegar hasta el suelo. También las columnas y tablas del tabernáculo, aunque estaban erguidas en lo alto, tenían las bases en las que se apoyaban colocadas en la tierra. Pero de las pieles teñidas de rojo y de jacinto, se dice que cubren el techo en lo alto: pero no se añade que estuvieran inclinadas hacia el suelo; porque ciertamente las demás especies de virtudes parecen tener algo en común con aquellos que aún están retenidos en la tierra: pero el combate del martirio, y el esplendor de la virginidad consagrada a Dios, se sabe que están suspendidos de las cosas bajas y terrenales, y están especialmente unidos a los ciudadanos celestiales. Porque el mártir, puesto en tormentos, no tiene otra intención en su alma que dejar pronto todas las cosas que están en este mundo, y el mundo mismo, y liberado de todos los dolores, llegar a ver al Creador del mundo, y poseer

las alegrías que están más allá del mundo. Y los célibes, al trascender la ley común del género humano, que dice: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra", con la vista puesta en una mayor recompensa, justamente eligen para sí una sede más alta que los demás fieles, o incluso que el mismo mundo, y así viven en la Iglesia que con la conversación social de la Iglesia preceden en honor de mérito más sublime. Por eso, de tales personas escribe correctamente Juan: "Que estos fueron comprados de entre los hombres como primicias para Dios y el Cordero" (Apocalipsis 14). Correctamente, tales personas se llaman en latín o vírgenes, como insignes en virtud; o célibes, como bienaventurados en el cielo, es decir, imitando en la tierra la vida de los ciudadanos del cielo.

CAPÍTULO V. Las tablas del tabernáculo.

****Facies et tabulas stantes tabernaculi, etc.**** Los maderos de setim, de los cuales se hacía el tabernáculo, son de una naturaleza imputrescible, de un candor y ligereza excepcionales, y no se diferencian mucho de la espina blanca, salvo en tamaño. Por eso, Jerónimo a veces en el libro de los Nombres Hebreos, y también en otros de sus escritos, tradujo setim simplemente como espinas. Por ejemplo, Abel setim, duelo de espinas. Sin embargo, este tipo de madera no se encuentra fácilmente, excepto en los desiertos de Arabia, donde se construyó el tabernáculo. Por eso, los traductores griegos o latinos no pudieron darle otro nombre que el hebreo, ya que no tenían conocimiento de él; aunque algunos, queriendo expresar la calidad de su naturaleza, lo tradujeron como maderas imputrescibles. Las tablas del tabernáculo, por tanto, representan a los apóstoles y sus sucesores, por cuyo discurso la Iglesia se ha extendido por el mundo. La anchura de las tablas es la expansión de la fe y los sacramentos, que antes estaban ocultos en un solo pueblo israelita; pero por el ministerio de estos, ha llegado a la plenitud del mundo. Aunque correctamente en la anchura de las tablas, también se puede entender la expansión del corazón de los santos, por la cual suelen despreciar el mundo y encenderse sublimemente en el deseo de las cosas celestiales, por la cual no solo se alegran de amar a los amigos en Dios, sino también a los enemigos por amor a Dios. Finalmente, veamos una de las tablas del tabernáculo, a saber, el Apóstol Pablo, cómo insinúa que se ha expandido de ambos modos. Dice sobre la interna, es decir, la anchura del corazón: "Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado; no estáis angustiados en nosotros, sino que estáis angustiados en vuestros propios afectos. Como a hijos os hablo, ensanchaos también vosotros" (II Cor. VI). Y dice sobre aquella, que solía usar para el progreso del tabernáculo, es decir, de la santa Iglesia: "De modo que desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo" (Rom. XIII). Estas tablas fueron hechas de maderas de setim, es decir, de espinas. Las espinas, según el dicho del Salvador, son "las preocupaciones de este siglo, los deleites y placeres engañosos" (Mat. XIII. Marc. IV). Pero también las punzadas de los pecados no incongruentemente se asemejan a las espinas. De aquí que esté escrito: "Porque espinas nacerán en las manos del borracho" (Prov. XXVI), es decir, en las obras del necio, los pecados. Porque los santos predicadores se esforzaron por purgarse de las punzadas de los vicios y despojarse de todas las preocupaciones y deleites del mundo, para que con mente libre pudieran expandirse en el amor de Dios y del prójimo, y correr lejos y ampliamente para predicar la palabra; se dice correctamente que las tablas del tabernáculo fueron hechas de maderas de espinas: fueron hechas de espinas, pero de aquellas que habían despojado completamente todos los agujijones espinosos y brillaban solo con candor. Pues también los santos, resplandecientes en virtudes, aunque concebidos y nacidos en el pecado de la primera transgresión, también les corresponde aquella condenación general, en la que se dijo al pecador Adán: "La tierra te producirá espinas y cardos" (Gen. III); pero por la gracia de Dios a través de Jesucristo, han

sido despojados de los aguijones de todos los pecados y adaptados a la estructura de su casa mediante el digno ejercicio de las virtudes.

****Habebant autem singulae tabulae denos cubitos in longitudine, etc.**** La longitud de las tablas es la altura, que tenía diez codos: porque los santos doctores, por la observancia del decálogo de la ley, tienden a la perfección; porque trabajan en la viña de Cristo con la intención de recibir el denario diario, es decir, insisten en la palabra de la doctrina con la intención de restaurar en sí mismos la imagen de su Creador y Rey, que perdieron cuando Adán pecó, para recibir correctamente el nombre de Él, que perdieron al pecar, viviendo rectamente. Pues en el denario suele contenerse el nombre y la imagen del rey. Pero también el hecho de que el denario recibe su nombre porque se completa con diez monedas; se adapta adecuadamente al estado de nuestra futura bienaventuranza, que se perfecciona en el verdadero amor a Dios y al prójimo. Dios suele ser figurado a menudo por el número tres, debido a la Trinidad que Él es, y el hombre por el número siete; porque el cuerpo está compuesto de los cuatro elementos más conocidos. La sustancia del alma, es decir, del hombre interior, suele comprenderse en las Escrituras con una triple distinción. De aquí que se nos mande amar al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra fuerza. Bien, pues, las tablas, que al ser levantadas y estando de pie contienen todo el tabernáculo, tienen diez codos de altura; porque los doctores y rectores de la santa Iglesia sirven a Dios con esta intención, para que merezcan ver a Él inmortales y bienaventurados en alma y cuerpo por la eternidad, y a este fin de la vida siempre provocan a sus oyentes, tanto con la palabra como con la obra, y se esfuerzan como si los suspendieran. Lo que las mismas tablas tienen codos y medio en anchura, ese codo completo muestra la perfección de la buena obra; el medio codo que queda, muestra el comienzo del conocimiento divino: porque ciertamente los justos en esta vida pueden dedicarse perfectamente a las limosnas, a la oración, a la mortificación con ayunos, y a otros actos religiosos de este tipo. Pero por ahora conocemos a Dios por la fe, pero esperamos su pleno conocimiento en el futuro, diciendo Él mismo, Dios y nuestro Señor Jesucristo: "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad" (Juan VIII). Y nuevamente al Padre: "Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII). De aquí también el Apóstol dice: "Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. ¿Acaso, dice, trabajamos en parte por Cristo, insistimos en parte en la palabra de predicación, servimos en parte con buenas obras?" (I Cor. XIII). Por tanto, los elegidos tienen en esta vida un codo lleno de buenas obras; pero tienen un codo de bienaventurada retribución en parte, en cuanto pueden saborear anticipadamente con deseos celestiales las alegrías del reino eterno y la presencia de su Creador. Y con la plenitud de ese codo serán bienaventurados, cuando se cumpla la palabra que prometió a todo el pueblo de los elegidos al final, diciendo: "Lo libraré y lo glorificaré, lo llenaré de largos días, y le mostraré mi salvación" (Salmo XC).

****In lateribus tabulae duae incastraturae fiant, etc.**** Las incastraturas en los lados de las tablas designan la virtud de la humildad en las mentes de los justos, por la cual principalmente se unen entre sí con amor fraternal. Pues cuando cada uno de ellos, con corazón contrito y humillado, prepara en sí mismo un receptáculo para el amor de los prójimos, y se muestra a los hermanos digno de ser amado por el mérito de la piedad y devoción, es como si todas las tablas del tabernáculo se unieran entre sí por el vínculo de las incastraturas: y aunque el tabernáculo esté erigido, y la estructura de las tablas esté ordenada regularmente, la figura de la incastratura no se ve. Sin embargo, cuánta fuerza une las tablas entre sí, lo muestra la firme estabilidad del muro incommovible: porque ciertamente la humildad del corazón de los santos, por la cual se unen entre sí, no puede ser vista por los

hombres externamente, pero lo que obra en el interior, se hace evidente para todos por el estado pacífico de la santa Iglesia. Por la maravillosa dispensación de la gracia divina, se logra que nosotros, en quienes han llegado los fines de los siglos, amemos sinceramente también a aquellos que fueron fieles al principio del mundo, y no menos a ellos que a los que viven con nosotros en el presente, los recibamos en el seno de nuestro amor, y creamos que también seremos recibidos por ellos en el abrazo de la caridad. Pero lo que se ordena que se hagan dos incastraturas en cada tabla, es decir, en ambos lados de ellas, puede ser entendido figurativamente de dos maneras, para que tanto en las cosas prósperas como en las adversas guardemos inviolados los derechos de la caridad hacia los hermanos, caminando con las armas de la justicia, según el ejemplo del Apóstol, a la derecha y a la izquierda, y sosteniendo a todos, mayores y menores, es decir, tanto a los que nos precedieron en Cristo como a los que nos siguieron, con los brazos de un mismo amor, nos esforcemos por alcanzar las cumbres de la perfección. Sigue:

****CAPUT VI. De tabularum tabernaculi positione.****

****Quarum viginti erunt in latere meridiano, etc.**** No se expresa específicamente cuánta fue la longitud del tabernáculo; pero se insinúa por el hecho de que sus paredes estaban compuestas de veinte tablas, y se dice que cada una de ellas tenía un codo y medio de anchura. Pues veinte codos y veinte veces medio codo completan la suma de treinta codos, que también José escribe que fue la longitud del tabernáculo. Y bien se comprende la longitud del tabernáculo con este número, porque hay tres virtudes en las que principalmente consiste toda la perfección de la santa Iglesia, a saber, la fe, la esperanza y la caridad: que se multiplican por diez para completar el número treinta, cuando a las virtudes del alma se unen las buenas obras, que están contenidas en el decálogo de la ley, para que nadie piense que la fe, la esperanza y el amor a Dios pueden ser suficientes sin la ejecución de obras. Pero el número de tablas es veinte, y esto contiene el misterio de la gran perfección de los santos; pues cuatro veces cinco hacen veinte. Y como la ley mosaica está comprendida en cinco libros, y la gracia y la verdad del Nuevo Testamento en los cuatro volúmenes del santo Evangelio, con razón los santos doctores se expresan con el número veinte; porque con un maravilloso consenso de verdad, manifiestan los arcanos de la ley revelados y completados en el Evangelio, y declaran que los sacramentos del Evangelio fueron prefigurados en la ley. Y mientras enseñan que el Antiguo Testamento ha sido iluminado en el Nuevo y revelado con un sentido más amplio, y que el Nuevo ha sido prefigurado en el Antiguo y señalado con múltiples revelaciones de tipos, demuestran que en la anchura de su discurso se ha multiplicado el número de cuatro por cinco, y el número de cinco tablas por cuatro. Las bases sobre las que se sostenían las tablas son las palabras y los libros de la ley y los profetas, con los cuales los apóstoles y evangelistas probaban que lo que escribían y predicaban era verdadero y divino. De ahí que en el Evangelio se repita a menudo: "Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta" (Mat. I), y: "Todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras de los profetas" (Marc. XIV). Y el apóstol Pedro, dando testimonio del Señor, añadió: "Y tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención" (II Pedro I). Bien se ponen dos bases bajo cada tabla, para mostrar el consenso del testimonio profético en todo lo que dijeron los apóstoles. O ciertamente se ponen dos bases bajo cada tabla por los dos ángulos, para que, con los ángulos bien sostenidos, toda la tabla pueda mantenerse recta e indeclinable; porque todo el principio y el fin del discurso apostólico y evangélico se encuentra prefigurado en las letras proféticas. Toda la vida de los apóstoles y sus sucesores, desde el inicio de la fe hasta el término de la vida presente, está inserta en las páginas místicas del Antiguo Testamento. Bien se dice que estas bases son de plata, por el

brillo de la palabra celestial: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, etc." (Salmo XI).

****In latere quoque secundo . . . viginti tabulae erunt, etc.**** El lado meridional del tabernáculo, que miraba al sur, representa al antiguo pueblo de Dios, que ya había recibido la luz del conocimiento legal y solía arder en amor por su Creador. Por otro lado, el segundo lado, que miraba al norte, figura a la multitud de gentiles, que hasta el tiempo de la encarnación del Señor no dejó de estar en tinieblas y frío de infidelidad, de cuya vocación el Señor dice bellamente por el profeta: "Diré al norte, Da; y al sur, No impidas". Lo cual es decir claramente: Diré al pueblo de los gentiles, que ha estado sin fe y frío por mucho tiempo, Da de tus hijos, que vengan a la fe de mi confesión y amor. Diré también al pueblo israelita, que ya disfrutaba de la luz de mi conocimiento, No impidas que las naciones sean recibidas en la suerte de la elección. Diré a Cornelio y a su casa, Recibid la fe y el bautismo de Cristo. Diré a los judíos, No obliguéis a los creyentes de entre los gentiles a circuncidarse, a quienes, consagrados en la fuente del bautismo, la fe y la confesión de la verdad les basta para la salvación. Pero ambos lados tenían tablas de un mismo número, medidas y factura; porque ciertamente una misma fe, esperanza y caridad se predica a ambos pueblos por los apóstoles, ambos son llamados a las mismas promesas del reino celestial, ambos reciben el mandato general del Salvador: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura" (Marc. XVI), es decir, tanto a la circuncisión como al prepucio. Donde también sin ninguna diferencia se añade: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo".

****Ad occidentalem vero plagam . . . sex tabulas, etc.**** José (Antiq. III, 7) escribe sobre el tabernáculo que tenía diez codos de anchura; también escribe que las tablas de él estaban suspendidas a cuatro dedos del suelo. De lo cual parece querer entenderse que las bases de las tablas tenían esa altura. Él nuevamente sobre este capítulo que propusimos y sobre los travesaños de las tablas dice así: "El muro posterior de nueve codos lo formaban seis tablas, a las cuales se unieron otras dos tablas, hechas de medio codo, que se colocaron en las esquinas a modo de tablas mayores. Cada tabla tenía anillos de oro; sobresaliendo por las caras exteriores, fijados como raíces, mirando en orden unas a otras, y a través de ellos se introducían travesaños dorados, cada uno de cinco codos de longitud, y estaban en las uniones de las tablas, y la cabeza de cada travesaño entraba en la cabeza del otro travesaño, como en forma de concha: y detrás de los muros colocados en longitud había un orden, pasando por todas las tablas, por el cual se contenían los lados de ambos muros, en las incastraciones hechas e introducidas entre sí. Esto se hizo de manera tan exquisita para que ni los vientos movieran, ni otra causa perturbara el tabernáculo, sino que se mantuviera inmóvil en segura quietud". Esto sobre el texto literal de José. Pero según el sentido alegórico, la plaga occidental, que recibe en sí misma ambos muros y completa el edificio del tabernáculo, representa correctamente la consumación de toda la santa Iglesia universal, que se perfecciona con el fin de este mundo, hasta la cual la fe y la recta operación de ambos pueblos han de perseverar, como si la longitud de los dos muros gemelos alcanzara. Pues no es creíble que, antes del tiempo de la encarnación del Señor, alguna vez faltaran quienes de entre los gentiles creyeran, ni ahora, aunque el pueblo judío esté gravemente condenado por su infidelidad, no haya algunos de ellos, aunque muy pocos, que, exiliados entre los cristianos, lleguen a la salvación creyendo diariamente. Y si alguien se atreviera a negarlo, digamos lo que de ninguna manera puede negarse, que a saber, los doctores e intérpretes espirituales de ambos Testamentos, que según el dicho del Señor sacan de su tesoro cosas nuevas y viejas, han de permanecer en la santa Iglesia hasta el fin del mundo. Y adecuadamente el tabernáculo se completa en la plaga occidental, en la cual el sol suele cerrar el día, y todos los astros suelen ponerse; por el obvio fallecimiento de cada uno de los

elegidos, o el término general de todo el siglo. Pues es como si el sol se pusiera para aquel que, de esta luz temporal, a través de las tinieblas de la muerte transitoria, migra a las alegrías de la luz y vida eterna. Es como si el sol se pusiera para toda la Iglesia en el occidente, para que más verdaderamente en el oriente, pasando las tinieblas, amanezca, cuando, terminada en la venida del Señor la vida del siglo presente, inmediatamente la verdadera mañana del siglo futuro, la verdadera eternidad, aparecerá a los justos. Y porque entonces, cuando los justos reinen con el Señor, los réprobos perecerán eternamente; correctamente se dice de esta plaga del tabernáculo en lo que sigue, que miraba al mar. Significa el mar Rojo, en el cual fue sumergido Faraón con su ejército, y del cual Israel fue salvado por el Señor, ascendiendo al monte Sinaí, donde hizo el tabernáculo. Por tanto, la plaga occidental del tabernáculo mira al mar, cuando la santa Iglesia, coronada después de la perfección de las obras, en Cristo mirará con libre visión los vicios o penas de los impíos, que con su ayuda evitó, atestiguando Isaías, quien dice: "Porque como los cielos nuevos y la tierra nueva, que yo hago estar delante de mí, dice el Señor, así estará vuestra simiente y vuestro nombre. Y poco después: Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí. Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará" (Isa. LXVI). Pues las olas del mar profundo, amargo y turbulento, pueden significar los pecados, con los cuales los réprobos en esta vida, malamente deleitados, perecen, y también el abismo de la perdición futura, cuando en el último juicio serán arrojados al fuego eterno con el diablo. No debe pasarse por alto que cuando el tabernáculo fue construido en el monte Sinaí, tenía el mar Rojo al occidente; cuando fue introducido por Josué en la tierra prometida, y colocado en Silo, la misma plaga del cielo tenía el mar grande. De lo cual podemos sentir mística y adecuadamente que los santos, sirviendo al Señor en esta vida, y haciéndole un tabernáculo en su corazón, desprecian con mente fija la jactancia soberbia de los impíos, como si fuera a ponerse pronto; en la patria futura, también colocados con el Señor, miran sin ninguna interrupción de su felicidad la pena perpetua de ellos; para que cuanto mayores gracias le den, cuanto no solo disfruten de los bienes que les ha dado, sino que también contemplan los males de los que los ha liberado. Bien, pues, la plaga occidental del tabernáculo, o la que se dice que miraba al mar, estaba compuesta de seis tablas; o porque el número seis suele expresar la perfección de la buena obra, ya que el Señor en él completó la ornamentación del mundo, en él creó al hombre en el principio, en él restauró al género humano con su pasión; o porque hay seis edades en este siglo, en las cuales debemos perfeccionarnos con buenas obras, para que podamos llegar al descanso eterno en el futuro, y a la gloria de la resurrección. Pues lo que nuevamente se ordena que se erijan otras dos tablas, además de las seis primeras, en las esquinas detrás del tabernáculo, que viniendo desde la plaga oriental reciban el muro y lo unan al muro de la plaga occidental; se refiere a la recompensa de la vida futura, que es segura después de los trabajos y tiempos de este siglo. Que se divide en dos partes, en el sabbatismo, es decir, el descanso de las almas santas, después de la disolución de los cuerpos, y en la gloria de la resurrección, la recepción de los cuerpos incorruptibles. Ambas suertes de recompensa son comunes a ambos pueblos, y nunca terminan. Pues el descanso de las almas, con el tiempo de la resurrección sobrevenido, no sufre ninguna disminución, sino que más bien recibe aumento, y la misma unión de inmortalidad, de carne y espíritu nuestro, permanece siempre inviolable en los cielos. Bien, pues, se añade sobre estas mismas tablas:

Y estarán unidas desde abajo hasta arriba, etc. Porque, sin duda, toda la vida de los elegidos, con una misma fe y caridad, tiende hacia lo celestial; llega a un mismo fin de visión divina, y en una misma voz de recto dogma concuerda todo el discurso de los santos predicadores. Se abriría, en efecto, la unión de las tablas si lo que un profeta o apóstol dijera, otro lo negara. Pero como el discurso concordante de los divinos elocuentes edifica la estructura de la

Iglesia, ciertamente una sola unión conecta todas las tablas del tabernáculo y no permite que se separen entre sí.

También en dos tablas... se mantendrá una unión similar, etc. Las tablas angulares están unidas en todo a las tablas de las paredes, porque la gloria de la futura paz e inmortalidad está firmemente conectada a nuestra conversación presente por la fe, la esperanza y la caridad: de hecho, nuestra conversación presente perdura estable e inquebrantable porque cree, espera y ama los dones de la futura retribución; porque frecuentemente se sostiene con la ayuda de los ciudadanos celestiales para que no pueda caer por los vientos turbulentos de los espíritus impuros. Y estas tablas, que designan la perfección de nuestra buena acción o las futuras recompensas por las buenas acciones, son sostenidas cada una por dos bases; porque también todos estos profetas santos predijeron con voz unánime que serían para la confirmación de la predicación evangélica y apostólica.

CAPÍTULO VII. Las barras y anillos de las tablas del tabernáculo.

Harás también barras de madera de acacia, etc. Las cinco barras que sostienen las tablas del tabernáculo son los cinco libros de la ley mosaica, cuya protección maravillosamente resguarda a la santa Iglesia de todo impulso de los crímenes de los tentadores y de los espíritus malvados. Y esto en ambos lados, porque no solo el pueblo anterior de Dios era instruido por la letra de la ley para la fe y las buenas obras, sino que también nosotros, sirviendo a Dios en el tiempo del nuevo testamento, somos instruidos por la misma letra espiritualmente entendida, con una gracia mayor de dulzura, tanto en el presente para la fe y la operación de virtudes, como en el futuro para la esperanza de una remuneración perpetua. También hay barras del mismo número en el lado occidental, porque la misma ley bien entendida nos predica la culminación de la buena obra, cuando salimos de la carne hacia las futuras recompensas. Por eso, al rico que preguntaba y decía: Maestro bueno, ¿qué haré para tener la vida eterna? el mismo Maestro bueno respondió: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mat. XIX). Y no le añadió otros mandamientos que los de la ley:

Y revestirás de oro las tablas, etc. Las tablas del tabernáculo resplandecen doradas, cuando toda la vida, todo el discurso de los santos predicadores muestra la luz de la sabiduría celestial, y en ellos no se ve otra cosa que el esplendor de las virtudes. Los anillos de oro, por los cuales las barras sostenían las tablas, designan la misma bienaventuranza de la vida celestial; que por la gloria de su claridad se compara correctamente al oro, y por su eternidad, al círculo. Por eso el Apóstol dice de ella: Me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV). Cada tabla tenía cinco círculos; no porque haya una distinción quintuple de la patria celestial, sino porque la misma perpetua claridad y clara perpetuidad de ese reino está contenida en el Génesis, en el Éxodo, en el Levítico, en el libro de los Números, y en el Deuteronomio. Y cinco anillos de oro estaban fijados en cada tabla del tabernáculo, porque los corazones de los justos, muy dilatados por el amor, leen en todos los libros de la ley mosaica no solo la corrección de las obras, sino también la luz perpetua de la retribución celestial.

Y harás para ellos anillos de oro, etc. Las barras sostienen las tablas a través de los anillos de oro, cuando las palabras del sagrado elocuente, por la promesa del reino celestial, confirman el estado de la santa Iglesia; para que tema menos las perturbaciones del mundo, cuanto más ciertamente ha aprendido la estabilidad de la remuneración perpetua. Bien se añade sobre estas mismas barras:

Que cubrirás con láminas de oro. Las barras están cubiertas con láminas de oro, cuando en las palabras de la ley divina, que parecen fuertes según el sentido de la letra y muy aptas para confirmar la vida de los fieles, se mostrará que hay un entendimiento superior, es decir, resplandeciente con la claridad evangélica. Para poner un ejemplo, cuando leemos la historia del santo Noé, cómo el diluvio, que destruyó a los impíos, fue maravillosamente evitado por él y los suyos en el arca; está claro para todos que Dios, amando la justicia y odiando la iniquidad, sabe librar a los piadosos de la tentación y castigar a los impíos con justa severidad. Por lo tanto, tal lectura, como las barras incorruptibles, sostiene el tabernáculo del Señor porque las mentes de los fieles, fijadas en las palabras de la verdad, están protegidas del asalto de las tentaciones (I Pedro III). Pero las barras de madera están cubiertas con láminas de oro, cuando esta misma lectura se muestra llena de misterios más sagrados a través de la inteligencia espiritual, cuando se reconoce que el arca significa la Iglesia católica, el agua del diluvio el bautismo: los animales puros e impuros, los espirituales y carnales en la Iglesia: las maderas del arca alisadas y embetunadas, los doctores fortalecidos por la gracia de la fe: el cuervo que salió del arca y no regresó, aquellos que después del bautismo caen en apostasía: la rama de olivo traída al arca por la paloma, aquellos que, aunque bautizados entre los herejes, porque tienen la unción de la castidad, merecen ser introducidos en la unidad católica por la gracia del Espíritu Santo: la paloma que salió del arca y no regresó, aquellos que, liberados de la carne, vuelan a la luz libre de la patria celestial, sin volver jamás a los trabajos de la peregrinación terrenal. Por lo tanto, las barras de madera de acacia están rodeadas de oro, cuando los testimonios más firmes de la Sagrada Escritura, a través de la interpretación mística, se prueban ser claros con estos y otros sentidos celestiales y espirituales.

Y levantarás el tabernáculo según el modelo, etc. El modelo del tabernáculo fue mostrado a Moisés en el monte, porque, permaneciendo en secreto con el Señor, vio la vida sublime de la pureza e inmortalidad angélica; a cuya semejanza se le ordenó instituir la conversación humana en la tierra, en cuanto fuera posible para los mortales imitar, para que, con el ejemplo de su mutuo amor a Dios, alabanza divina, paz unánime, castidad sincera, y otras virtudes de este tipo, pudiéramos dedicarnos en la tierra y merecer ser sus compañeros en los cielos, según la promesa del Señor, que dice: Pero aquellos que sean considerados dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, ni se casan ni se dan en matrimonio, porque ya no pueden morir; porque son iguales a los ángeles y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección (Mat. XXII). Moisés nos mostró el ejemplo de la conversación angélica, que vio en el monte de la contemplación, con los preceptos legales, por cuya observancia, también nosotros, salidos de la tierra, podemos llegar a la compañía de los ángeles en los cielos. El mismo ejemplo de vida más perfecta y de retribución bienaventurada nos lo ofreció en la figura del tabernáculo y del ministerio sacerdotal y levítico que describe. El tabernáculo se levanta según el modelo que le fue mostrado en el monte, cuando los elegidos, a imitación de la pureza angélica que él mereció contemplar en secreto, componen su obra y su ánimo. Hasta aquí se ha expuesto, según el Señor ha dado, sobre el lado sur, norte y oeste del templo: en lo que sigue, también se mostrará cómo está compuesto el lado oriental. Pero primero la Escritura juzgó oportuno informar sobre la pared del medio, que dividía el santo de los santos del tabernáculo anterior.

CAPÍTULO VIII. De los velos y columnas del tabernáculo y del propiciatorio sobre el arca.

Harás también un velo de jacinto, etc. Este velo, que dividía el tabernáculo en medio, se dice que fue colocado por Josefo de tal manera que veinte codos de longitud pertenecían a la casa anterior, y diez a la segunda. Lo cual, en todo, se muestra conveniente con las medidas del templo que después fue hecho por Salomón. Que siendo de sesenta codos de longitud y veinte

de anchura, tenía separada la tercera parte de la longitud, es decir, veinte codos para la casa interior, esto es, el santo de los santos: de modo que la longitud y la anchura de la misma casa interior eran iguales. Así, pues, la parte interior del tabernáculo tenía una longitud y anchura similar, esto es, de diez codos. Pero lo que el mismo velo expresa figurativamente, el Apóstol a los Hebreos lo declara claramente, donde también expone esto al sentido alegórico: por qué en el primer tabernáculo siempre entraban los sacerdotes, consumando los oficios de los sacrificios, pero en el segundo, una vez al año, solo el sumo sacerdote, no sin sangre, que ofrecía por su propia ignorancia y la del pueblo. Este velo significa el cielo. Que en el primer tabernáculo entraban diariamente durante el año con sacrificios los sacerdotes, explica sobre el estado de esta vida: donde los santos, sirviendo al Señor sin interrupción, expían los errores cotidianos de su fragilidad, sin los cuales no pueden estar en esta vida, con las víctimas diarias de buenas obras, con las libaciones diarias de sus lágrimas, como verdaderos sacerdotes de Dios y de Cristo. Al sumo sacerdote, que una vez al año entraba en el santo de los santos con la sangre de las víctimas, lo entiende como el mismo gran pontífice, a quien se le dijo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX). Que una vez ofrecido por nuestros pecados, él mismo sacerdote y víctima, por su propia sangre entró en el mismo cielo, para aparecer ahora ante el rostro de Dios por nosotros. Que el mismo velo esté tejido con jacinto, púrpura, carmesí dos veces teñido y lino torcido con hermosa variedad, ¿quién no ve que incluso según la letra conviene a la belleza de la visión celestial? Si consideras la belleza y las llamas de los astros, la variada apariencia de las nubes, o el mismo arco iris, que arrastra mil colores diversos al sol opuesto, ¿no te parece que notas en el cielo pinturas de colores mucho más numerosas y hermosas que las tejidas en el velo del tabernáculo? Las cuatro columnas, ante las cuales se colgó este velo, son las potestades de los ejércitos celestiales, ilustres por cuatro virtudes eminentes, de las cuales ya hemos hablado, esto es, fortaleza, templanza, prudencia y justicia. Estas virtudes se guardan de manera diferente en los trabajos y sufrimientos de esta vida por nosotros, y de manera diferente en los cielos por los ángeles y las almas santas. Allí, donde reinan, parece estar presente el sometimiento a la justicia. También es esto de una justicia completamente inmortal; no anteponer ni igualar ningún bien a Dios, prudencia: adherirse firmemente a Dios, fortaleza: no deleitarse en ningún defecto nocivo, templanza. Aquí, sin embargo, lo que dice la justicia en ayudar a los miserables, lo que la prudencia en prever las insidias, lo que la fortaleza en soportar las molestias, lo que la templanza en refrenar las malas delectaciones, no será allí donde no habrá absolutamente nada malo. Bien estas columnas están hechas de madera de acacia, ya sea porque los espíritus angélicos son creados incorruptibles por naturaleza e inmortales, o porque, creados sin pecado, siempre guardan la pureza inmaculada de su condición. De las cuales se añade apropiadamente:

Que estarán doradas, etc. Las columnas ante las cuales se colgaría el velo están doradas; porque las virtudes de los ángeles, situadas dentro del velo del cielo, están vestidas con la gracia de la máxima claridad. Tienen capiteles de oro, porque su mente, por la cual son gobernadas, está iluminada por la presencia de la cognición y visión divina. Tienen también bases de plata; porque toda su naturaleza subsiste especialmente en este fundamento, para cantar las alabanzas de himnos a su Creador, para narrar la voluntad de ese mismo Creador a nosotros, que aún peregrinamos en la tierra, como situados fuera del velo, a sus conciudadanos. Por eso también nosotros, congratulándonos desde la tierra con sus alabanzas, solemos decir con voz exhortatoria: Bendecid al Señor, todos sus ángeles, poderosos en fortaleza, que hacéis su voluntad (Salmo CII). Porque en las Escrituras, el esplendor de la sabiduría a menudo se muestra con el oro, y el brillo de las palabras con la plata.

El velo se insertará por los círculos, etc. Los círculos, que parecen no tener principio ni fin, a veces se colocan en la Sagrada Escritura para significar la eternidad. Y apropiadamente se dice que el velo, que figura el cielo, está suspendido por los círculos; ya sea porque estaba en el eterno consejo de la Divinidad cuando se crearía el mundo, en el cual la naturaleza celestial tiene el primer y más eminente lugar; o porque el firmamento del cielo fue hecho de tal manera que su estructura nunca se disolverá. Porque lo que el Señor dice: El cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV), debe entenderse del cielo etéreo. De lo cual Jeremías dice: El milano en el cielo conoce su tiempo (Jer. VIII). Porque ese cielo perecerá en el juicio por el fuego, que se sabe que pereció en el diluvio; atestiguando Pedro, quien dice: Los cielos eran antes y la tierra, consistentes de agua y por agua por la palabra de Dios, por los cuales el mundo de entonces, siendo inundado, pereció: pero los cielos que ahora son, y la tierra, por la misma palabra están reservados, guardados para el fuego en el día del juicio (II Pedro III). Dentro de este velo del templo se colocó el arca del testimonio; porque el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que solo es consciente de los secretos del Padre, después de su pasión y resurrección de los muertos, ascendiendo sobre los cielos de los cielos, se sienta a la derecha del Padre. Este velo divide el santuario y el santuario de los santuarios; porque la Iglesia, que consta de ángeles santos y hombres, en parte aún peregrina en lo bajo, en parte reina en la patria eterna en lo alto, todavía tiene a sus ciudadanos separados entre sí por el velo del cielo.

Pondrás también el propiciatorio sobre el arca del testimonio, etc. Apropiadamente se dice que el propiciatorio está colocado sobre el arca; porque el mismo mediador entre Dios y los hombres fue especialmente dado por Dios Padre para ser la propiciación por nuestros pecados. Por eso también Pablo dice: Jesucristo, que murió, más aún, que resucitó, que está a la derecha de Dios, que también intercede por nosotros.

Y la mesa fuera del velo, y frente a la mesa el candelabro, etc. La mesa y el candelabro del tabernáculo designan los beneficios temporales de Dios, con los cuales en el presente somos alimentados e iluminados, para que, fortalecidos y ayudados por ellos mientras tanto, con el crecimiento de la gracia de los méritos, podamos entrar a comer el pan de los ángeles en los cielos y a ver la verdadera luz del mundo. Ambos están fuera del velo; porque solo en esta vida necesitamos las Escrituras sagradas y los doctores, o los demás sacramentos de nuestra redención: pero en el futuro siglo, donde el Señor nos anunciará abiertamente sobre el Padre, es decir, nos mostrará abiertamente al Padre, y donde, como dice Juan, lo veremos tal como es (I Juan III); ya no habrá necesidad de ayuda externa para la salvación, cuando Dios omnipotente, habitando en sus elegidos, los ilumina como luz de vida y los sacia como pan de vida, elevándolos con la bienaventuranza perpetua al introducirlos en el gozo de su reino. Hemos dicho antes que el lado sur del tabernáculo significaba al antiguo pueblo de Dios, que primero recibió la luz del conocimiento divino y el fervor del amor divino: pero la parte norte de ese mismo tabernáculo indicaba a la Iglesia congregada de las naciones, que permaneció más tiempo en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Por lo tanto, con una distinción correcta, también el candelabro, que se coloca en la parte sur, puede insinuar la gracia que se dio al pueblo anterior; y la mesa que estaba en la parte norte, designar los beneficios de Dios que nos han sido dados. Correctamente se dice que el candelabro está colocado frente a la mesa, porque, sin duda, la Escritura de la ley y los profetas en todo mira hacia la gracia del evangelio; dando testimonio de ella y significando que a través de ella se revelará en sentido espiritual.

CAPÍTULO IX. Descripción del toldo en la entrada del tabernáculo y de sus columnas.

Harás también un toldo en la entrada del tabernáculo, etc. Completada la narración sobre el velo que dividía el santuario y el santuario de los santuarios, vuelve a exponer sobre el lado oriental del santuario, que parecía haber interrumpido por un tiempo, cuando describía los otros lados, a saber, el sur, el norte y el oeste. El toldo en la entrada del tabernáculo, tejido con hermosa variedad de colores, es el ornamento de la Iglesia primitiva, gloriosa con diversas flores de virtudes: de las cuales Lucas escribe: Porque la multitud de los creyentes era de un solo corazón y un solo alma, y no había separación alguna entre ellos; ni ninguno de ellos decía que algo de lo que poseía era suyo, etc. (Hechos IV). En ella había jacinto, porque solía pensar en lo celestial, llevar una vida celestial en la tierra. Había púrpura, porque estaba preparada para morir por Cristo. Había carmesí dos veces teñido; porque ardía en el amor de Dios y del prójimo. Había también lino torcido; porque se alegraba en la continencia de la carne y la castidad.

Y dorarás cinco columnas de madera de acacia, etc. Las columnas de las que se colgaba el toldo son los santos doctores, de los cuales Lucas añade consecuentemente: Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesucristo nuestro Señor (Hechos IV). Cuanto más se eleva su mente robusta hacia lo alto, tanto más firmemente enseñando, y suficiente para elevar a otros al amor de lo celestial. Porque así como los apóstoles y los hombres apostólicos pueden ser correctamente designados por las tablas, debido a la amplitud o doctrina, con la cual yendo al mundo entero predicaban el Evangelio a toda criatura; o la caridad, que no solo se extiende hasta los amigos, sino hasta amar incluso a los enemigos, y perseguir con oraciones y beneficios a aquellos que los odian: así también, debido a la inexpugnable fortaleza del corazón y la intención siempre elevada hacia lo celestial, no inconvenientemente se figuran con el nombre y la hechura de columnas, atestiguando el Apóstol, que dice: Santiago, Cefas y Juan, que parecían ser columnas (Gál. II). Estas columnas, sin duda, están bien hechas cinco por los tantos libros de la ley, con los cuales es necesario que los santos doctores comuniquen su palabra de predicación, y especialmente aquellos que instituyeron la Iglesia primitiva, que congregada del pueblo hebreo, solo conocía ser instituida por la autoridad de la ley mosaica, cuando aún no brillaba la Escritura evangélica y apostólica por el mundo. Bien estas mismas columnas se ordenan hacer de madera de acacia pero cubrirse de oro, para insinuar que los santos predicadores deben ser íntegros en la debilidad del corazón por dentro, y en nada deficientes, y ser visibles por fuera en la claridad de las obras. O ciertamente las columnas de madera de acacia se doran, cuando los mismos doctores enseñan que la fortaleza de su acción debe ser siempre protegida por la ayuda divina, cuando en todo lo que hacen buscan la gloria del Padre, que está en los cielos; cuando en todo lo que hablan, se alegran de sonar a Cristo, diciendo: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo nuestro Señor (II Cor. V). De los cuales se añade apropiadamente:

Cuyas cabezas serán de oro, y las bases de bronce. Las cabezas de oro, en efecto, designan a aquel de quien dice el Apóstol: "Y todo subsiste en él, y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio y primogénito de entre los muertos" (Col. I). No parece incongruente que por las cinco cabezas de las columnas se figure a Cristo, la única cabeza de la Iglesia; pues hubo tantas cabezas como columnas: porque el mismo Señor Cristo es la cabeza de todos los santos, permaneciendo en sí mismo, siempre igual e indivisible, pero distribuyendo a cada uno de los elegidos la gracia de su Espíritu según la capacidad de los receptores. De ahí que no solo toda la Iglesia en general, sino también cada uno de sus miembros en particular, pueda proclamar con confianza aquella profecía: "Ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos" (Salmo XXVI). La significación de esta cabeza se adapta adecuadamente al hecho de que las mismas cabezas de las columnas no se ordenan doradas,

como las columnas y tablas, sino hechas de oro: porque todos los santos han sido hechos partícipes del Espíritu Santo y de la gracia celestial, pero él estaba lleno de gracia y verdad: y como decía su precursor sobre él: "Porque Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano" (Juan III). Las bases de bronce, sin embargo, son los profetas, cuyo testimonio confirma la palabra de los apóstoles. Y bien de bronce, ya sea por la insuperable confianza de la mente profética; o porque su palabra, aunque el mundo envejezca o pase, nunca puede ser consumida por la vejez. Porque el Señor no vino a abolir la ley o los profetas, sino a cumplirlos. Las columnas del tabernáculo tienen bases de bronce, tienen cabezas de oro; porque los apóstoles y los hombres apostólicos están confirmados en la fe por las palabras de los profetas, y elevados por el deseo de ver el rostro de su Creador. También tienen cabezas de oro, pero bases de bronce; porque todo lo que recibieron del Señor con autoridad celestial, aprendieron que todo esto ya había sido predicho por el discurso profético. Ciertamente, ya que hablamos del lado oriental, parece oportuno recordar algo sobre la exposición de aquella barra singular, que dijimos que se extendía desde el ángulo de las tablas hasta el ángulo de la otra pared, y que contenía toda la estabilidad de las paredes, para que no pudiera ser sacudida ni doblada por la fuerza e impulso de las tormentas. Está escrito en las siguientes partes de la historia sagrada, donde se narra que Moisés cumplió todo lo que el Señor había ordenado.

CAPÍTULO X. La barra que se extendía de un ángulo a otro.

(Éxodo XXXVI) . . . Otra barra, que pasaba por el medio de las tablas, etc. Esta barra, por lo tanto, se cree que se extendía desde la cima de las tablas hasta la cima del otro lado, a lo largo de diez codos de ancho del tabernáculo, firmemente colocada en ambos extremos sobre las tablas, para que también ese lado del tabernáculo, que no consistía en tablas sino en columnas, permaneciera tan fijo como los demás, aunque el viento soplara. Si deseas conocer también el sacramento de esta barra, sin ninguna ambigüedad, anuncia figurativamente a nuestro Redentor: quien, como si llegara de un ángulo a otro, se extendió propicio desde el pueblo judío, que primero eligió, hasta salvar también a la multitud de los gentiles. Por lo tanto, con razón, como en los profetas es llamado piedra angular, también en la ley puede ser correctamente llamado barra angular (Isaías XXVIII). Piedra angular, en verdad, por el templo que se construye para Dios con piedras vivas; barra angular, por el tabernáculo que se edifica para él con maderas incorruptibles, es decir, con almas de los elegidos libres de la mancha de corrupción.

CAPÍTULO XI. Descripción del altar del holocausto y sus utensilios.

(Éxodo XXVII) Harás también un altar de madera de acacia, etc. Este altar, que propiamente se llamaba del holocausto, designa los corazones de los elegidos, que están consagrados por el don de Dios para ofrecerle sacrificios de buenas obras. Que se ordene hacerlo de madera de acacia es apropiado; porque los corazones y cuerpos en los que habita el Espíritu de Dios deben ser puros e incorruptos. Tiene cinco codos de longitud y otros tantos de anchura, cuando cada fiel se esfuerza por ejercitar todos los sentidos de su cuerpo en la longitud de la paciencia y en la anchura de la caridad: para que en toda su vista, oído, gusto, olfato y tacto, siempre recuerde que está dedicado al servicio divino; según aquello del Apóstol: "Ya sea que comáis, o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". Tiene también tres codos de altura, cuando esos mismos corazones de los elegidos tienden hacia lo celestial por la fe, la esperanza y la caridad.

Los cuernos en las cuatro esquinas, etc. El altar del holocausto tiene cuatro esquinas, porque la santa Iglesia se extiende por las cuatro partes del mundo, que debido a un solo corazón y

un solo alma de toda la multitud de creyentes, se designa correctamente como un solo altar: del cual, en verdad, se hacen cuatro cuernos, cuando los corazones de los justos son fortalecidos por las cuatro virtudes mencionadas anteriormente. De las cuales se dice en alabanza de la sabiduría: "Porque enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza; de las cuales nada es más útil en la vida del hombre" (Sabiduría VIII). Estos cuernos se producen del mismo altar, cuando los fieles no muestran las defensas de las virtudes solo en apariencia y para la vista de los hombres, sino que las generan desde la raíz íntima de su corazón con Dios como testigo. Hay cuatro cuernos en las cuatro esquinas del altar, cuando en todos los confines del mundo la Iglesia, con el poder espiritual de las virtudes, permanece inviolable ante todas las insidias de los enemigos, y más aún, se hace más fuerte que todos los que la atacan. Este altar se cubrirá de bronce, cuando la virtud comenzada de los fieles se mantiene firmemente hasta el final; porque el metal de bronce suele durar incorruptible por mucho tiempo, y por esto la virtud de la perseverancia puede ser designada correctamente. Si a alguien le preocupa, según la letra, cómo la madera del altar pudo permanecer sin quemarse con tanto fuego cercano, que acepte la respuesta del bienaventurado Jerónimo sobre esta cuestión. Dice: "La madera del altar, que es de los árboles del paraíso, no se quema con el fuego cercano, sino que se vuelve más pura". Y no es de extrañar creer esto del santuario y de los interiores del templo, y del altar del incienso, cuando incluso el amianto, que es un tipo de madera, o que tiene la apariencia de madera, cuanto más arde, más puro se encuentra.

Harás también para su uso calderos, para recoger las cenizas, etc. Los diferentes utensilios del altar debemos entenderlos como diferentes personas fieles, o ciertamente como las diversas acciones o pensamientos de ellos dispuestos al servicio de su Creador. Y en primer lugar, se ordena hacer calderos para recoger las cenizas. Que la ceniza de las ofrendas deba ser tomada en gran misterio lo atestigua la ceniza de la vaca roja rociada; que incluso, según el testimonio del Apóstol, "santificaba a los contaminados para la purificación de la carne" (Hebreos IX); en la cual él mismo entiende prefigurado el sacramento de la pasión del Señor. El tiempo y la aceptación de la pasión de Cristo designa la ceniza quemada, que nos purifica y salva para siempre. Por lo tanto, la cremación de la vaca roja insinúa el misterio ya completado de la misma pasión, que nos purifica diariamente de nuestros pecados. Porque todos los sacrificios y víctimas que se quemaban en el altar, o bien anuncian figurativamente la pasión del Señor, o bien la devoción de sus santos ardiendo en la llama de la caridad; con razón la ceniza de los holocaustos expresa la consumación de la pasión del Señor, o ciertamente la perfección de la virtud de los justos; cuando, ofrecidos enteramente al servicio de Dios por el fuego del Espíritu Santo, ya merecieron terminar las buenas obras y ser arrebatados a la vida eterna para recibir las recompensas de sus obras. Para que esto sea más claro, veamos qué dice Moisés sobre las cenizas del holocausto: "Esta es", dice, "la ley del holocausto: se quemará en el altar toda la noche hasta la mañana. El fuego será del mismo altar. El sacerdote se vestirá con túnica y calzoncillos de lino. Y tomando las cenizas que el fuego devorador ha consumido, y poniéndolas junto al altar, se despojará de sus vestiduras anteriores, y vestido con otras las llevará fuera del campamento; y en un lugar purísimo, las hará consumir hasta la ceniza. Pero el fuego en el altar arderá siempre" (Levítico VI). El holocausto, por lo tanto, se quemará en el altar, cuando en el corazón de cualquier elegido, que se ha ofrecido todo a Dios, tanto en carne como en corazón, se realiza una buena obra con el ardiente fuego de la caridad. Lo que se hace toda la noche hasta la mañana, cuando alguien durante todo el tiempo de esta vida, hasta que sea arrebatado del cuerpo y merezca ver la mañana del siglo futuro, no cesa de insistir en las buenas obras. El fuego será del mismo altar; porque solo debemos arder con aquella caridad que el Señor otorga a su Iglesia por el Espíritu Santo. De hecho, los hijos de Aarón, porque quisieron ofrecer fuego extraño al

Señor, y no el que fue dado una vez desde el cielo, fueron inmediatamente consumidos por el fuego celestial; porque, en verdad, cualquiera que realice obras celestiales no con la intención de la recompensa celestial, sino con la vista del favor temporal o del beneficio, es herido por la sentencia de la ira celestial. El sacerdote se vestirá con túnica y calzoncillos de lino: el sacerdote que ofrece el holocausto es el Señor: porque en nosotros él mismo acostumbra encender el fuego de su caridad, y por este hacer aceptables para sí las ofrendas de nuestra buena acción. Y haciendo esto, se viste con vestiduras de lino; porque para excitarnos a las obras de virtud, nos propone los ejemplos de su encarnación, pasión y muerte, que se ha dicho a menudo que pueden ser significados por el lino. Pero el mismo sacerdote toma las cenizas que el fuego devorador ha consumido, y las pone junto al altar, cuando el Señor pone fin a las obras laboriosas, y no permite que los justos arrebatados de esta vida luchen más por la vida eterna, sino que les ordena recibir la corona de justicia en la vida eterna. Porque al poner las cenizas junto al altar, se despojará de sus vestiduras anteriores, cuando al recordar a los justos los bienes que han hecho, ya no les muestra el hábito de su pasión para imitar; sino que se viste con otras vestiduras, aquellas de las que él mismo dice en el Evangelio: "En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentarse a la mesa" (Lucas XII); es decir, se preparará para la recompensa eterna, y los hará descansar en la eterna quietud. Vestido con otras vestiduras, llevará las cenizas fuera del campamento, cuando el Señor, preparado para recompensar el trabajo de sus elegidos, hace que todo lo bueno que han hecho ya se vea en aquella vida llevada de aquí. No es inapropiado que el lugar fuera del campamento figure la entrada a la vida eterna, cuando el Señor dice: "Por mí si alguno entra, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos" (Juan X). Y el salmista: "El Señor guardará tu entrada y tu salida" (Salmo CX): la entrada, en esta vida de la Iglesia; la salida, en aquella donde se encuentran los pastos de la eterna saciedad. No, por lo tanto, entendemos inadecuadamente el lugar fuera del campamento en aquella vida, especialmente cuando allí se dice que es un lugar purísimo, lo que es evidente que no puede ser en esta vida. El lugar purísimo fuera del campamento es, por lo tanto, el alma de los justos arrebatados de esta vida, y que se alegran en la otra vida. En el cual lugar, en verdad, la ceniza del holocausto se consume hasta la ceniza, cuando así donde se da la recompensa de las buenas obras, todo el trabajo se consume por completo; según aquello del Apocalipsis de San Juan, que después de haber dicho sobre la retribución de las recompensas: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Señor con ellos será su Dios" (Apocalipsis XXI); inmediatamente añadió sobre la abolición de todos los trabajos, y dijo: "Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos, y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron" (Ibid.). Y porque cesando el trabajo de las buenas obras, la misma caridad, por la cual obraban, nunca cesará, sino que arderá más intensamente, cuando él mismo, a quien amamos, será visto para siempre: con razón se añade, "El fuego en el altar arderá siempre". Y poco después, "Este es un fuego perpetuo, que nunca se apagará del altar". Consumado, por lo tanto, el holocausto hasta la ceniza, el fuego nunca se apagará del altar; porque, habiendo terminado perfectamente todo tipo de trabajo, solo la caridad perpetuamente y nunca extinguiible arderá. Hemos hablado más extensamente sobre la ley del holocausto debido a los calderos del altar, que se ordenaron hacer para recoger las cenizas de las ofrendas. Los calderos, por lo tanto, recogen las cenizas santas, cuando los fieles, ya sea que reflexionen piadosamente sobre los ejemplos y sacramentos de la pasión del Señor para su custodia, o ciertamente observen diligentemente la salida de los justos precedentes, que habiendo trabajado mucho por el Señor, ahora con la carrera terminada, se alegran sin fin por el premio ya recibido, para que, considerando las virtudes de los mayores, ellos mismos puedan llegar a ser grandes, según el precepto del Apóstol, que dice: "Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios, considerando el resultado de su conducta, imitad su fe" (Hebreos XIII). Después de los calderos, se ordenó hacer tenazas y garfios, y recipientes para el fuego.

Las tenazas deben hacerse para corregir el fuego del altar. Por lo tanto, por ellas se designan correctamente los santos predicadores, que suelen encender en nosotros el fuego de la caridad, como en el altar de Dios, con sus exhortaciones. Porque estos, como tenazas de doble diente, para encender este fuego, colocan los tizones en el altar: cuando nos instruyen con las consonantes páginas de ambos Testamentos, y colocan en nuestro corazón las palabras de la verdad, para que se inflamen más hacia los deseos eternos. O ciertamente, con las tenazas, de doble hierro, los sacerdotes corrigen el fuego del altar, cuando en todo lo que enseñan los santos predicadores, nos infunden la virtud de la caridad doble, y nos ordenan arder y brillar con esta gracia. Los garfios, que en griego se llaman creagras, se usaban en el ministerio del altar para sacar las carnes de las víctimas cocidas de las calderas, y llevarlas para el consumo de aquellos que debían ser alimentados con ellas. Su uso también se adapta a las figuras de los santos predicadores, cuyo ministerio es alimentar las almas de los fieles con la palabra de la fe, y según la regla de la discreción apostólica, proporcionar leche racional y sin engaño de doctrina simple a los discípulos aún rudos, y a los más perfectos, el alimento sólido de la doctrina más sublime (I Pedro II). Porque cualquiera que conozca los sacramentos de Cristo en resumen, y sepa recibirlos para la imitación, se sacia como si estuviera alimentado con las carnes de la víctima de salvación (Hebreos V). Y porque es tarea de los doctores espirituales discernir con gran cuidado qué misterios deben confiar a cada persona para que los escuche, con razón se ordenó a Moisés hacer garfios para los sacerdotes, con los cuales dispongan las carnes de las víctimas, y ofrezcan algunas a los hombres, pero a los puros para que las coman, y otras las dejen para ser consumidas por los fuegos del altar: porque hay en las palabras de Dios algunas cosas que se dignó revelar a nuestra humildad, para concederlas como alimento de nuestra refección; hay otras de tanta profundidad, que solo se revelan al conocimiento del Espíritu Santo, y que por completo trascienden la medida de nuestra capacidad. Además, los recipientes para el fuego se destinan a llevar el fuego sagrado del altar del holocausto al altar del incienso por la tarde y por la mañana; que también claramente tienen la figura de los doctores, que como si llevaran el fuego del altar de los holocaustos al altar del incienso, cuando enseñan a sus oyentes a progresar siempre de virtud en virtud, y con méritos crecientes penetrar gradualmente en los arcanos más altos e interiores de la visión divina. Pero también todos aquellos que, viendo los corazones de los prójimos ardiendo con piedad, se apresuran a imitarlos, se convierten en recipientes para el fuego; porque se esfuerzan por encender en sus propias mentes la llama del sacrificio celestial que ven en sus hermanos. Todo esto se hace de bronce, cuando la devoción de los fieles se esfuerza por obedecer perseverantemente los preceptos divinos; o ciertamente cuando lo que ellos mismos hacen correctamente, también lo proclaman con voz clara de exhortación diligente a los prójimos, y a menudo, como se ha dicho, y debido a la duración de su incorruptibilidad, la perseverancia de la mente de los fieles, y debido a la claridad del sonido, la voz de los doctores suele designarse.

CAPÍTULO XII. Descripción de la rejilla del altar del holocausto, los anillos y las vestiduras.

Craticulam también en forma de red de bronce, etc. Se ordenó que el altar fuera completamente hueco, como se explica más claramente en lo que sigue. Pero en su interior tenía una rejilla a lo largo de todo, dividida en forma de red, sobre la cual se colocaban las carnes de las víctimas para ser quemadas; y debajo de ella un pequeño altar, en el cual, con la leña dispuesta, ardía el fuego, siempre listo para devorar los holocaustos colocados encima. Había una puerta en el lado oriental del altar, a través de la cual se podían introducir leña para alimentar el fuego o sacar carbones y cenizas, como vimos representado en la pintura del senador Casiodoro, de la cual él mismo menciona en su exposición de los Salmos: en la que también hizo cuatro pies para ambos altares, el del holocausto y el del incienso. Creemos que

aprendió esto, al igual que la disposición del tabernáculo y del templo, de los doctores judíos. Por lo tanto, el altar de Dios tiene en su interior una rejilla, preparada para recibir los holocaustos; porque los elegidos preparan un lugar para el Señor en lo más íntimo de su corazón, donde colocan pensamientos devotos para Él. Tiene un pequeño altar debajo de la rejilla, en el cual recibe la leña y el fuego de los holocaustos; porque esos mismos corazones de los elegidos preparan en sí mismos un receptáculo para escuchar las palabras celestiales, con las cuales, calentados e incluso inflamados por el don del Espíritu Santo, ofrecen a Dios votos de pensamientos piadosos. El sacerdote coloca la leña en el pequeño altar del altar, cuando cualquier maestro introduce en las mentes de los fieles que desean y buscan ansiosamente los testimonios sagrados de las Escrituras, para que se fortalezcan más en la fe y el amor. También añade fuego a la leña, cuando enseña que se debe buscar de Dios la comprensión de la palabra y la eficacia de la obra piadosa. Y la leña arde en el altar, cuando el amor de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Y este fuego consume el holocausto colocado encima, cuando todo lo que hemos dispuesto hacer bien, por la gracia del Espíritu Santo, se vuelve aceptable a Dios por la virtud del amor. Por lo tanto, se ordena bien que la rejilla que lleva los holocaustos se haga en forma de red: para que a través de sus numerosas aberturas, el fuego colocado debajo penetre libremente para consumir todas las partes de las ofrendas. Así también es absolutamente necesario que no endurezcamos nuestros corazones, ni los cerremos al modo de los pelagianos contra la gracia de Dios; sino que los abramos diligentemente, y como si abriéramos muchas puertas a la vez, roguemos con esmero; para que en todo lo que comenzamos o deseamos hacer bien, como en cada uno de los trozos de sus ofrendas, se digne iluminarnos con su misericordia y encendernos en su amor. Porque los pelagianos, que presumen poder hacer algo bueno sin la gracia de Dios, no colocan en el altar de su corazón una rejilla manchada en forma de red sobre el fuego sagrado; sino que más bien interponen un muro sólido entre ellos y el fuego del Espíritu Santo, para que nunca se calienten en el amor. Sin embargo, los cuatro anillos de bronce, que se ordenan hacer en los cuatro ángulos del altar, son los cuatro libros de los Evangelios, que se asemejan adecuadamente a anillos, porque prometen a sus oyentes la corona de la vida eterna. Apropiadamente son de bronce; porque su sonido ha salido a toda la tierra. Apropiadamente colocados en los cuatro ángulos del altar, para que confirmen a la Iglesia de los fieles, difundida por todas las regiones del mundo, con la palabra de fe y verdad. Apropiadamente fijados debajo del pequeño altar del altar, para que levanten los ánimos de los humildes con el consuelo de su protección.

Harás también varas para el altar de madera de acacia, etc. Las varas con las que se transportaba el altar son los doctores, que suelen llevar la santa Iglesia, mientras fortalecen la fe y los sacramentos de la verdad, ya sea predicándolos a quienes no los conocían, o confirmándolos en aquellos que ya los conocían y habían recibido. Porque no predicán lo suyo, sino lo que es de Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino haciendo conocer al mundo el poder de nuestro Señor revelado por el oráculo celestial. Apropiadamente las varas, para que puedan llevar el altar, se introducen en los anillos; porque llevar el altar del Señor con varas a través de los anillos es, para los santos doctores, levantar los corazones de los fieles mediante las palabras del evangelio, que no pasarán aunque pasen el cielo y la tierra, exhortándolos. Son dos las varas, para que la palabra se predique tanto al pueblo judío como al gentil. Lo cual se afirma también en las palabras siguientes, cuando se añade:

Y estarán a ambos lados del altar, etc. Habrá doctores que llamen a Judea; habrá quienes llamen a la gentilidad a la misma gracia de la fe con una voz y obra concordante. O ciertamente, las varas estarán a ambos lados del altar para llevarlo, cuando los santos predicadores enseñen a las mentes de los fieles, tanto en prosperidad como en adversidad, a

mantener inquebrantable la constancia de las virtudes, para que no se exalten con halagos ni se turben con amenazas.

No sólido, sino hueco y vacío, etc. Por eso se ordenó que el altar no fuera sólido, sino hueco y vacío, para que tuviera un lugar abundante donde recibir el fuego sagrado, la leña para el fuego, o los holocaustos que debían ser consumidos por el fuego. A ejemplo de esto, si deseas ser altar de Dios, vacíate a ti mismo, y límpiame de toda contaminación de las cosas mundanas, para que en ti la leña de las palabras celestiales y las ofrendas de virtudes puedan tener un lugar suficiente. Y recibe la llama del Espíritu Santo, con la cual las mismas ofrendas se consagren al Señor, y se lleven firmemente a la perfección. Donde apropiadamente se añade en la conclusión:

Como te fue mostrado en el monte. Porque todas las cosas que Moisés nos señaló mística y figurativamente en la construcción del altar y de todo el tabernáculo, primero las vio realizadas por los ciudadanos celestiales en aquella conversación celestial, en la cual permaneció con el Señor durante cuarenta días, con una observancia incansable y perpetua. Pues no cabe duda de que pudo ver ante el trono de Dios aquel altar sacrosanto que Isaías mereció ver, lleno de carbones vivos de caridad interna, y las tenazas sagradas (Isaías VI); que el mismo profeta vio, y de las cuales un ángel tomó un carbón del altar para purificar sus labios con la misma gracia del Espíritu, con la cual los ángeles se inflaman para amar siempre a Dios en los cielos, y a los hombres en la tierra, y se perdonan los pecados, y se conceden los dones de las virtudes. Por lo tanto, se ordena hacer el altar hueco y vacío, como fue mostrado a Moisés en el monte; porque así como los ángeles y los espíritus de los justos en los cielos están vacíos de pecados y llenos de piedad y justicia, así también nosotros en la tierra, en la medida de nuestras posibilidades, debemos apartarnos del mal y hacer el bien. Lo cual se nos enseña a hacer siempre, tanto con exhortaciones en palabras claras del cielo, como con las figuras místicas del tabernáculo y sus vasos y ceremonias.

CAPÍTULO XIII. El atrio y los vasos del tabernáculo.

Harás también el atrio del tabernáculo, etc. Así como el santo de los santos designa la parte de la santa Iglesia que está en los cielos, y el primer tabernáculo anuncia típicamente la vida perfecta de los fieles que habitan en este mundo; así el atrio del tabernáculo, que estaba en el exterior, demuestra los primeros rudimentos de los principiantes. Por lo cual, bien se hicieron las cortinas de ese atrio de lino torcido; porque la primera preocupación que se debe tener con los principiantes es refrenar las tentaciones de la carne y del espíritu, según aquello del Apóstol, que hablando de los hijos de la adopción añadió: Teniendo estas promesas, amados, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu (II Cor. VII). Pues el lino, como se ha mencionado a menudo, nace verde de la tierra, pero una vez arrancado de la tierra se seca, se tritura, se cuece, se tuerce, y con gran y largo ejercicio, se lleva del color verde al blanco; así también nuestra carne, para llegar a la virtud y al decoro de la castidad, es necesario que se someta a los ayunos, oraciones, vigiliias y trabajos de toda continencia, con los cuales podamos secar sus deleites naturales y como innatos, y encenderla en la dignidad de la virtud que deseamos. Además, el lino se tuerce para que no se disuelva fácilmente, cuando no solo se restringe la lujuria de la carne, sino que también se arranca de raíz toda su memoria del corazón.

Cien codos tendrá un lado en longitud, etc. Es sabido que el número cien, que en el cómputo de los dedos se transfiere de la izquierda a la derecha, a veces en las Escrituras tiene la figura de la vida celestial, que como la derecha a la izquierda, así se prefiere con razón a la vida presente. De cuyo número ciertamente se encuentra frecuentemente el misterio en las

Escrituras divinas. Noé completó la construcción del arca en el año cien; porque la santa Iglesia, que el Señor edifica en esta vida temporal, la perfecciona en la futura. A Abraham, siendo centenario, le nace Isaac, el hijo de la promesa; porque ciertamente la bendición de la herencia, que en su simiente se promete a todas las familias de la tierra, se dará en la patria futura y celestial. Abraham peregrina cien años en la tierra de la promesa; porque quienes nos hacemos hijos de Abraham por la fe, debemos llevar una vida peregrina en la presente Iglesia, en la esperanza de la herencia celestial. Así que Isaac sembró en Gerar, que se interpreta como "peregrinación", y en ese año encontró el ciento por uno; porque cualquier bien que los hijos de la promesa hagan en esta vida peregrinando, inmediatamente al salir del cuerpo lo reciben en la vida celestial. En cuya figura también la semilla del sermón evangélico, que cayó en buena tierra, produjo fruto al ciento por uno, y quien deja bienes temporales por Cristo y por el Evangelio, recibe el ciento por uno en el presente, y en el siglo futuro la vida eterna, es decir, la alegría de la sociedad fraterna ahora en la esperanza de la vida celestial, y entonces en sí misma la vida del reino celestial. Por lo tanto, el lado del tabernáculo tiene cien codos de longitud; porque todos los que pertenecen a los miembros de la Iglesia, es necesario que asuman en sí mismos el trabajo de la paciencia y la continencia temporal por la vida eterna en los cielos. Las columnas en las que se suspenden estas cortinas hacia lo alto son los santos doctores, que elevan los corazones de sus oyentes, extraídos de las contaminaciones terrenales, para desear las cosas celestiales. Y estos extienden diligentemente como el vestido del Señor, para que no haya en ellos duplicidad alguna; sino que brillen con intención simple y pura ante el Señor como cortinas de lino. Las cuales columnas eran de bronce, pero revestidas de plata, como se dice más claramente en lo que sigue. De bronce, ciertamente, por la perseverancia de la virtud, o por el sonido de su predicación. Pero revestidas de plata, porque no suenan otra cosa que la palabra de Dios. Cuya claridad a menudo se figura con la plata, no mostrando otra cosa en sus acciones que la observancia de los divinos discursos. No solo estaban revestidas de plata, sino que también tenían las cabezas completamente de plata; lo cual es propio de los doctores, someterse totalmente a las palabras de la Sagrada Escritura, y dedicar a ellas su mente y cuerpo meditando, predicando, obrando. Así como nuestros miembros no pueden subsistir y vivir sin la cabeza, así aquellos que consideran las palabras divinas como su vida, nunca dejan de llevarlas obedeciendo, y exaltarse humillándose. ¿Qué puede ser más apropiado en las bases de las columnas de bronce que el principio de la sabiduría, el temor de Dios, que también el hijo de Sirac dice: La raíz de la sabiduría es temer al Señor. Donde también añade bellamente: Sus ramas son longevas; porque ciertamente los múltiples brotes de virtudes, que surgen del temor de Dios como obra y tallado de las columnas desde las bases, nunca carecerán del fruto de su recompensa. ¿Por qué fueron veinte las columnas en un lado del atrio? Ya se ha expuesto anteriormente, donde se ordenó hacer tablas del mismo número en un lado del tabernáculo.

De manera similar en el lado norte a lo largo había cortinas de cien codos, etc. Se repiten las mismas cosas del lado norte que ya se habían dicho del lado sur; porque los pregoneros de ambos Testamentos nos elevan con una voz concordante hacia las cosas celestiales; aunque hayan tenido ceremonias de sacramentos diferentes según la razón de los tiempos, más aún en el tiempo del Nuevo Testamento, cualquiera que llegue a la salvación de ambos pueblos, tanto judío como gentil, no solo tiene la misma fe, confesión y operación, sino también los mismos sacramentos para la purificación de los pecados y la percepción de la vida celestial, en la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

En la anchura del atrio que mira al occidente, etc. La anchura del atrio que mira al ocaso del sol, donde al terminar el trabajo diurno sigue el sueño de la noche y la gracia, con razón

significa el tiempo aquel, cuando cesando después de la muerte la vida activa, sigue el descanso de los elegidos y la recompensa eterna. De hecho, aquellos que trabajaban en la viña del sumo padre de familia, cuando se hizo tarde, recibieron la recompensa de su trabajo; porque ciertamente cada uno de los justos, cuando llega al fin de esta vida, entonces obtiene la entrada a la verdadera vida. Por lo cual en el Apocalipsis Juan dice: Oí una voz del cielo que decía: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor (Apoc. XIV). Desde ahora, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos. Por lo cual, el lado occidental del atrio tenía cortinas de cincuenta codos, y diez columnas; porque el número cincuenta suele significar el año en la ley, que estaba todo consagrado a la libertad y al perdón, por lo cual también se ordenó que se llamara jubileo (Lev. XXV). Pues Jobel se interpreta como "dejando" o "cambiado". También el número diez claramente designa las mismas recompensas celestiales, donde la naturaleza humana en ambas sus sustancias, inmortalmente elevada, se regocija en la presencia de la visión divina. Pues Dios es trinidad. Nuestro cuerpo subsiste de cuatro elementos. Nuestro hombre interior se comprende en el número ternario, cuando se nos ordena amar a Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza. Y cuando nuestros cuatro se unen eternamente a la visión de la Santa Trinidad, según aquello del salmista: Pero para mí, el acercarme a Dios es bueno (Salmo LXXII), esto es, ciertamente el diez, que los cultivadores de la viña del Señor, después de los trabajos del día, reciben como recompensa: porque los santos predicadores nos prometen, al final de esta vida, la presencia de nuestro Creador y el descanso eterno; con estas promesas también elevan nuestros deseos del apetito de las cosas inferiores a buscar las celestiales, como en el lado occidental del atrio las cortinas de cincuenta codos de longitud, levantadas por diez columnas, se elevan.

En esa anchura del atrio que mira al oriente, etc. Esa anchura del atrio que mira al oriente significa el comienzo de nuestra buena conversación, que comienza con la fe. Que por la primera percepción de la gracia celestial se dice con razón que mira al oriente, según aquello del bienaventurado Zacarías: Nos visitó el sol naciente de lo alto: para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte (Luc. I). En la cual ciertamente habrá cincuenta codos; porque en el mismo ingreso de la conversión, todos los que son catequizados son enseñados a esperar la remisión de los pecados y el descanso eterno. Pues también el número cincuenta se refiere a la remisión de los pecados. Por lo cual en el salmo de ese número, se describe la penitencia, confesión y remisión de los pecados; de modo que aquel que había pecado contra el Señor, y había hecho el mal ante Él, reconociendo su iniquidad, fue lavado por Aquel a quien había pecado, y blanqueado más que la nieve, y nuevamente recibió la alegría de su salvación, es decir, del Señor Jesús, a quien había ofendido, y fortalecido por su Espíritu principal, para que no pudiera caer más. Por lo tanto, la anchura oriental del atrio tiene cincuenta codos, cuando la primera confesión de fe se regocija con la remisión de los pecados y la esperanza de la futura paz y felicidad en Cristo. De hecho, en el símbolo de los apóstoles confesamos creer en la santa Iglesia, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne. Lo cual el sínodo universal de los Padres posteriores quiso expresar más plenamente, diciendo: Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados; espero la resurrección de los muertos, y la vida del siglo venidero. Por lo tanto, los cincuenta codos de la plaga oriental designan generalmente los inicios de los creyentes, que se celebran en la remisión de los pecados y la esperanza de la futura bienaventuranza. De los cuales, sin embargo, inmediatamente se introduce otra distinción especial, que bien considerada se refiere a un mismo fin. Pues sigue:

En los cuales se asignarán quince codos de cortinas a un lado, etc. Pues quince, que consta del número siete y ocho, designan adecuadamente las alegrías de la vida eterna, que comenzando con el sabatismo de las almas, se perfecciona en la resurrección de los cuerpos.

Pues el Señor, descansando el séptimo día en el sepulcro, resucitó de entre los muertos el octavo, es decir, después del séptimo día. Pero que en el lado de quince codos haya tres columnas con sus bases, designa a los santos predicadores, que sobresalen en fe, esperanza y caridad, y colocan firmemente su mente en la estabilidad del temor de Dios. También al entrar en el atrio del tabernáculo, tienes a ambos lados cortinas de quince codos suspendidas en tres columnas; porque cualquiera que se proponga entrar en la santa Iglesia para aprender los sacramentos de la fe, ya sea que dirija su mirada mental a la Sinagoga o a la Iglesia de los gentiles, encontrará en cada porción de los fieles doctores fuertes en la fe, sublimes en esperanza, ardientes en caridad, fundados en el temor del Señor, prometiendo a sus oyentes el descanso de las almas bienaventuradas y la resurrección de los cuerpos inmortales. Que como cortinas de lino torcido se suspenden en ellos, cuando con su ejemplo enseñan a los mismos oyentes a buscar las cosas de arriba, no las de la tierra, y a guardar su espíritu, alma y cuerpo íntegros e irreprochables para el día del Señor.

En la entrada del atrio se hará un pabellón de veinte codos, etc. En la entrada del atrio hay cuatro columnas; porque nadie puede entrar en la unidad de la santa Iglesia sino por la fe y los sacramentos del Evangelio, que se contienen en cuatro libros. De ahí que antiguamente se arraigó en la Iglesia una hermosa costumbre, que a aquellos que van a ser catequizados e iniciados en los sacramentos cristianos, se les reciten los principios de los cuatro Evangelios, y se les instruya diligentemente sobre sus figuras y orden en la apertura de sus oídos; para que sepan y recuerden desde entonces, cuáles y cuántos son los libros, cuyas palabras deben ser instruidos principalmente en la fe de la verdad. En esta entrada también se ordena hacer un pabellón de veinte codos, que es el mismo número cuaternario multiplicado por cinco. Cinco son, además, los sentidos más conocidos de nuestro cuerpo; a saber, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Bien, pues, en la entrada del atrio se suspende un pabellón de veinte codos en cuatro columnas; porque todos los que entran en la santa Iglesia deben conformar su fe y sus actos a la regla de los Evangelios; para que, absteniéndose de las seducciones carnales, sometan todos los sentidos de su cuerpo a los mandatos divinos. No solo este pabellón se eleva sobre cuatro columnas, sino que en su longitud tiene el número cinco multiplicado por cuatro, cuando los oyentes humildes y piadosos, al encontrar la fe, no solo se impregnan de las palabras del Evangelio, sino que también desean vivir una vida evangélica, gastando todos los sentidos de su cuerpo en la obediencia de la caridad. Con razón, este pabellón en la entrada del atrio, no como en el resto del atrio, se hace de lino torcido, sino de cuatro colores muy nobles, a saber, azul, púrpura, escarlata teñida dos veces y del mismo lino torcido, obra de bordador; porque la apariencia de la Iglesia resplandece exteriormente hermosa para aquellos que son catequizados, pero su dignidad y virtud aparecerán mucho más espléndidas para aquellos que merecen entrar en ella por el sacramento del bautismo. Nadie se convierte en perfecto de repente, sino que es necesario que avancemos gradualmente de lo menor a lo más perfecto. Hemos dicho a menudo que el azul significa la esperanza de los bienes celestiales, la púrpura la tolerancia de los males temporales, la escarlata teñida dos veces el ardor del amor perfecto, y el lino torcido la refrenación de la delectación carnal. Estos colores están variadamente combinados en la obra del bordador; cuando cada virtud de los fieles se ilumina más por la compañía de las virtudes vecinas, y como por una cierta consanguinidad. Aunque también cada uno de los colores mencionados puede convenir a las personas de los elegidos; porque si alguien merece contemplar más profundamente las cosas celestiales, es azul; otro, porque sufre mucho por la justicia, es púrpura. Aquel que arde con un amor más ferviente hacia Dios y el prójimo, es escarlata teñida dos veces. Aquel que especialmente se mantiene blanco por la integridad de la carne virginal, es lino torcido. Y cuando los justos en una misma fe y piedad evangélica se

alegran mutuamente de sus virtudes, adornan como un pabellón la entrada del atrio del Señor, tejido con la hermosa diversidad de colores variados.

Todas las columnas del atrio alrededor estarán revestidas con láminas de plata, etc. Reitera con más detalle lo que había dicho, para advertir diligentemente al lector que nadie puede ser contado entre los doctores de la verdad, es decir, las columnas del atrio celestial, que no haya aprendido a tener una paciencia invencible entre las adversidades, como el bronce, que no se haya cuidado de adornarse y protegerse por todas partes con la observancia y la proclamación de las palabras celestiales, como con láminas de plata, que no haya procurado someterse con toda sumisión a los preceptos divinos, como a una cabeza de plata; que no haya permanecido en el temor de Dios, como en una base de bronce.

En longitud ocupará el atrio cien codos, etc. La Iglesia tiene cien codos de longitud; porque eleva sus brazos hacia las buenas obras, por la vida eterna. Cincuenta de ancho; porque espera el descanso eterno en la gracia del Espíritu Santo; que quiso ser designado por el número cincuenta, cuando se dignó consagrar con su venida el Pentecostés, es decir, el quincuagésimo día de la festividad pascual. La altura será de cinco codos según el número de los sentidos de nuestro cuerpo; porque entonces cada uno recibirá lo propio de su cuerpo, según lo que haya hecho, sea bueno o malo. Pero en el atrio de la casa del Señor solo se expresa la figura de aquellos que hicieron el bien en el cuerpo, por lo cual merecen ser introducidos en el descanso de la vida perpetua; que ahora en las obras de justicia que realizan con cuerpo y corazón casto, brillan como lino torcido, y entonces, en el mismo cuerpo elevado en la gloria de la inmortalidad, se alegran al recibir eternamente las recompensas de la justicia. Pero en la parábola evangélica se menciona simultáneamente a ambas partes, donde cinco vírgenes, que vinieron con obras de luz al esposo, entran inmediatamente con él a las bodas; cinco otras, que ejercieron obras de castidad sin ánimo casto, son rechazadas con sus tinieblas, expulsadas lejos de las puertas del reino (Mat. XXV). Porque eran cinco y cinco, ya que ambas fueron juzgadas según lo que habían hecho en la carne. Toda la longitud y anchura del atrio está extendida por cien y cincuenta codos. Tiene cinco codos de altura; porque es necesario que quienes tenemos la promesa del descanso y la patria celestial, nos limpiemos de toda contaminación de carne y espíritu; y no solo nos limpiemos de la contaminación, sino que también perfeccionemos la santificación en el temor de Dios; para que, cuando aparezca la hora de la retribución prometida, merezcamos alegrarnos no solo en espíritu, sino también en carne en el amor de Dios. Por la purificación de ambas sustancias nuestras, es decir, del alma y del cuerpo, en el temor de Dios, se repite lo que se dijo antes, para que se recuerde más diligentemente: Y será de lino torcido, y tendrá bases de bronce. Y luego se añade:

Todos los utensilios del tabernáculo para todos sus usos, etc. Los utensilios del tabernáculo preparados para todos sus usos y ceremonias son los hombres de la Iglesia que sirven al Señor en diversos méritos y grados; todos los cuales se ordena que sean de bronce, figura, como se ha dicho a menudo, de aquel misterio; para que si alguien es golpeado por adversidades, persevere hasta el fin, y no pierda por negligencia la salvación prometida; o para que no tema confesar abiertamente la fe que ha aprendido, incluso con enemigos oponiéndose, sino que también recuerde proclamar diligentemente a los amigos los dones que ha recibido. El bronce, de hecho, es sonoro y de naturaleza duradera. Las estacas, que dice, del tabernáculo o del atrio, estaban hechas para sobresalir fijadas en las cimas de las columnas, y con las cuerdas de los velos o pabellones puestas sobre ellas, levantándolas así, las suspendían de la tierra. La fabricación y posición de estas no absurdamente puede designar la misma lengua de los doctores, que al predicar toca los corazones de los oyentes y al tocarlos los eleva. Las cuerdas también suelen ser designadas a veces por la Sagrada

Escritura. De ahí que esté escrito: Una cuerda triple no se rompe fácilmente. Porque ciertamente la Escritura, que suele interpretarse en sentido histórico, alegórico y moral, no puede ser corrompida por ninguna perversidad de herejes o paganos. Los mismos pabellones o velos, para poder recibir las cuerdas, necesariamente tenían en su parte superior anillas o círculos, por los cuales se introducían las mismas cuerdas. Y tú, si deseas ser el pabellón de Dios, prepara en tu corazón un receptáculo para sus palabras, para que puedas ser suspendido hacia lo alto. Que las cuerdas de los pabellones se pongan sobre las estacas de las columnas, para que así, extendidas y elevadas en lo alto, completen la belleza del tabernáculo. Que los santos predicadores confíen las palabras divinas a los corazones de los fieles, y por ellas los exhorten a elevarse desde lo más bajo a su ejemplo. Extendidas las cuerdas y levantados los velos o pabellones, muestren a todos, de lejos y de cerca, la maravillosa belleza de su obra, que no podían mostrar estando envueltos. Que los fieles muestren la amplitud de la buena obra, la belleza de la mente y la gracia interna, que habían recibido por don del Señor; para que los prójimos, viendo sus buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos: y digan, ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Salmo LXXXIII).

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Descripción del aceite que se ha de ofrecer para la lámpara.

(Éxodo XXVIII.) Ordena a los hijos de Israel que te ofrezcan aceite, etc. Dispuesto todo el ornamento del tabernáculo, se prevé también la luz de la lámpara, para que su admirable decoración, así como de día con la luz solar, también de noche se ilumine con las llamas de las lámparas; para que nunca en la casa de Dios pueda infiltrarse algún lugar de tinieblas, alguna hora de sombras. Según los sentidos místicos, el Señor en el Evangelio declara qué significa la luz de la lámpara; quien, habiendo dicho en parábola: Ni encienden una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa; inmediatamente añadió abiertamente: Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras (Mat. V). La lámpara que brilla en la casa de Dios son las obras de los justos, que iluminan con sus ejemplos las mentes de los que las contemplan. Pero es necesario observar más detenidamente, que para que la lámpara pueda arder siempre en el tabernáculo de Dios; los hijos de Israel deben ofrecer aceite, pero Aarón y sus hijos deben colocar la lámpara. ¿Cuál es, pues, esta distinción, para que el pueblo ofrezca aceite en la casa del Señor para alimentar la luz, y los sacerdotes compongan la lámpara? A menos que tal vez esto se ordene figuradamente, para que los oyentes fieles y religiosos ofrezcan corazones dispuestos a obedecer; y los doctores les ministren el fuego de la palabra celestial, para que sean iluminados para conocer y encendidos para amar a Dios. Porque a menudo, por la grasa del aceite, con la que se recrean los miembros cansados y enfermos, y se otorga la gracia de la luz, se designa la interna devoción de la mente y la obra de misericordia. De ahí que el salmista diga: Pero yo, como un olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de mi Dios por siempre y para siempre (Salmo LI). Como si dijera claramente: Yo, porque he mostrado el fruto de la misericordia a los necesitados, también he esperado recibir la gracia de la misericordia de Dios por siempre. Por tanto, que los hijos de Israel ofrezcan aceite, y Aarón y sus hijos, con el fuego traído, compongan la lámpara que arda en el tabernáculo de Dios. Que los oyentes humildes ofrezcan la devoción de una mente piadosa, y los doctores les enseñen los secretos de la ciencia celestial; para que, instruidos regularmente, ardan en el fuego de la caridad ante su Creador, y muestren a los hombres la luz de la buena acción. Es de notar que no se ordena a los hijos de Israel ofrecer aceite indistintamente, sino con distinción se les manda ofrecer aceite de los árboles de olivo; y además se añade, Purísimo, y machacado en el mortero.

Porque el aceite puede hacerse de nardo, de rábano, de nuez, o de madera, y de otras especies de diverso género, pero no se permite ofrecer en el tabernáculo de Dios sino el que se hace de los árboles de olivo: así como tampoco otro fuego que el que descende del cielo debe arder en las lámparas sagradas, o encenderse en el altar de Dios: Porque el Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño. Que los hijos de Israel ofrezcan aceite para la lámpara de Dios, no cualquiera, sino de los árboles de olivo, y este purísimo, y machacado en el mortero. Que los buenos oyentes ofrezcan a los doctores espirituales una conciencia pura, fecunda en la gracia de la caridad, y purificada de toda mezcla de maldad por el mortero de la prueba diligente; que se deleite en escuchar la palabra de Dios con la sola intención de agradar y servir al Señor. Que Aarón y sus hijos ofrezcan fuego no extraño, sino enviado desde arriba para encender la lámpara; así como también para consumir los holocaustos, y perfumar los inciensos, prediquen la palabra los doctores, no suya, sino del Señor, protestando con confianza: Porque no somos, como muchos, adulterando la palabra de Dios, sino con sinceridad, sino de Dios, como delante de Dios en Cristo hablamos (I Cor. II). Este fuego lo usan para ilustrar con el conocimiento de la fe los corazones de los oyentes; este para perfeccionar, y consagrar a Dios los holocaustos de sus buenas obras; este para encender los inciensos de las oraciones santas. Bien se dice: Para que arda la lámpara siempre en el tabernáculo del testimonio; porque nunca en la santa Iglesia debe faltar la luz de la predicación, nunca la humildad pura de los oyentes, que la reciban con gusto, o incluso la busquen diligentemente. Bien se añade: Fuera del velo que está delante del testimonio. Porque dentro del velo del cielo no necesitamos la lámpara de las Escrituras, donde está el arca del Señor, y los querubines de la gloria cubren el propiciatorio, es decir, las huestes de la milicia celestial proclaman con voz unánime la gloria del Hijo de Dios encarnado, a quien Dios puso como propiciación por nuestros pecados. Bien sigue: Y la colocarán Aarón y sus hijos; porque no es de todos predicar los sacramentos de la fe en el pueblo, sino solo de aquellos que se prueban a sí mismos pertenecer a los hijos del sumo sacerdote, es decir, del Señor y Salvador nuestro, tanto por la castidad de la fe como por la ejecución de la buena obra. Sin embargo, cualquiera que se desvíe de la pureza de la fe por un dogma perverso, o manche la integridad de la fe conocida y guardada por la maldad de las obras nefastas: tal, aunque parezca preeminente en el nombre o persona de sacerdote, no obstante, oirá del Señor: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? Tú, en verdad, odiaste la disciplina, y lo demás (Salmo XLIX). A tales, Santiago los aparta de la colocación de la lámpara de Dios, es decir, de la palabra de la predicación, con una benigna exhortación, diciendo: No os hagáis muchos maestros, hermanos míos, sabiendo que recibiréis mayor juicio (Jac. III). Aquel juicio, ciertamente, que ya hemos mencionado antes, anunciado por la voz del salmista. Bien se añade aún: Y hasta la mañana alumbre delante de Dios. Porque cuando, pasada la noche de este siglo, brille la mañana del siglo futuro, de la cual dice el profeta: Por la mañana estaré delante de ti, y veré (Salmo V), ya no necesitaremos más la lámpara de los libros, apareciendo y iluminándonos la verdadera luz del mundo, de la cual también dice el profeta: Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia (Malaquías IV).

Será un culto perpetuo, etc. Y esta cláusula, al igual que las precedentes, que se han dicho sobre el tabernáculo y sus vasos y utensilios, debe entenderse y exponerse más en sentido espiritual que carnal. ¿Cómo podría ser perpetuo el culto del oficio sacerdotal según la letra, cuando tanto el sacerdocio mismo como el tabernáculo en el que se realizaba, y el pueblo para el que se realizaba, ya han cesado hace tiempo? De donde se deduce que esto debe cumplirse en la santa Iglesia, donde sucediéndose por orden los doctores, junto con los oyentes de la verdad, nunca faltarán los hijos espirituales de Israel, que ofrezcan dones de piedad en la casa del Señor, y los hijos de Aarón, es decir, del verdadero sacerdote nuestro,

que les ministren la luz de la palabra, hasta que, completado el estado de este siglo, y trasladado también todo el tabernáculo de Dios, es decir, toda la multitud de los elegidos al reino celestial, no habrá más quienes sean instruidos por hombres.

CAPÍTULO II. Del sacerdocio de Aarón y sus hijos.

(Éxodo XXVIII.) Acerca también a ti a Aarón tu hermano, etc. Descrita la construcción del tabernáculo, se ordenan consecuentemente los sacerdotes que ministrarán en él. La ordenación y el hábito de estos sacerdotes se ajustan adecuadamente a los sacerdotes de la Iglesia: de modo que todo lo que allí en el ornamento de las vestiduras brillaba externamente, esto resplandezca internamente en las mentes de nuestros sacerdotes espiritualmente, esto en sus actos resplandezca gloriosamente por encima de los méritos de los demás fieles. De ahí que se ordene apropiadamente a Moisés que acerque a Aarón su hermano con sus hijos de entre los hijos de Israel, para ejercer el sacerdocio delante del Señor. Es necesario que todos los que van a ser promovidos a un grado mayor en la santa Iglesia, se apliquen con mayor industria de mente a la ley de Dios, es decir, se unan con más diligencia que los demás al cumplimiento de los mandamientos divinos; para que, con la más alta excelencia de méritos, puedan llegar a premios más altos. Esto es, que los prelados y doctores de la santa Iglesia, al ser aplicados a Moisés de entre los hijos de Israel, trasciendan la vida común de los elegidos con la cumbre singular de la mente, y atiendan con familiar inspección lo que la ley habla generalmente a todos los elegidos, y lo que especialmente a los pocos más perfectos; para que con la más alta excelencia de méritos, puedan llegar a premios más altos. Porque lo que Moisés es ordenado a ordenar a su hermano con sus hijos en el sacerdocio, ¿qué otra cosa nos recomienda mística, sino que todos los que obtienen el oficio de doctor deben adherirse con tanto estudio y amor a la meditación de la ley divina, que parezcan casi unidos a ella por un parentesco genuino? Ni esto que los primeros hijos de Aarón, después de la ordenación, al ofrecer fuego extraño delante del Señor, perecieron por el fuego celestial, se aparta de la significación de nuestro tiempo miserable; donde no pocos sacerdotes y doctores, ocupando un lugar, lo cual es grave y bastante lamentable de decir, mientras anteponen el fuego de la codicia al fuego del amor supremo, son consumidos por el fuego de la suprema venganza. Su condenación perpetua está figurada en la muerte temporal de los hijos de Aarón. Aunque la figura de un misterio más excelente, así como el tabernáculo con sus ornamentos y vasos designa la santa Iglesia, distinguida por la hermosa variedad de virtudes o personas de los fieles: así también el sumo sacerdote del mismo tabernáculo tiene la figura del verdadero pontífice Jesucristo, que se ofreció a sí mismo como oblación y sacrificio a Dios por nosotros en olor de suavidad. Quien también con razón puede ser llamado hermano de Moisés: ¿quién, en efecto, está más unido a otro por el vínculo fraterno, que Cristo a Moisés, la ley a la gracia, el Nuevo Testamento al Antiguo? cuando el mismo Moisés da tal testimonio de él, diciendo al pueblo que enseñaba: Un profeta de tu gente y de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios, a él escucharás. Y poco después en persona del Señor: Levantaré para ellos un profeta de en medio de sus hermanos, semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca (Deut. XVIII). A cuyas obras admirables, que nadie más hizo, se compara adecuadamente el hábito de Aarón, insigne por su maravillosa variedad, o ciertamente las vestiduras multiformes de Aarón, designan a toda la asamblea de los elegidos adheridos a Cristo en la diversa distancia de personas y méritos, como testifica el Apóstol, que dice: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gál. III). Pero cuando en la persona de Aarón aceptamos figuradamente insinuado al Señor Salvador, ¿qué diremos que significan los hijos de Aarón, que también fueron ungidos en el sacerdocio, sino los apóstoles de Cristo, los sucesores de los apóstoles, y todos los maestros de los fieles? Estas cosas pueden ser así principalmente entendidas del Señor; pero nos conviene más mirar

en ellas lo que pertenece a la significación de nuestra piadosa conversación en el Señor, y lo que respecta a la corrección de nuestras costumbres. Sigue:

CAPÍTULO III. Del sacerdocio de Aarón y sus hijos.

Faciesque vestem sanctam a Aarón, tu hermano, etc. Las vestiduras sagradas de Aarón que Moisés le hizo son obras de justicia y santidad, que la Escritura recomienda a los doctores de la ley sagrada, y cuyos ejemplos en aquellos que precedieron en Cristo, muestra para que los imiten. Los sabios de corazón, a quienes Dios llenó del espíritu de prudencia para hacer estas vestiduras, son los profetas y apóstoles, y otros doctores de la verdad, quienes nos muestran claramente cómo deben vivir los sacerdotes y cómo deben enseñar los ministros del altar, ya sea con el ejemplo de su acción o con la palabra de exhortación. De ellos es lo que el Apóstol dice a Tito: Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no violento, no codicioso de ganancias deshonestas; sino hospitalario, benigno, sobrio, justo, santo, continente, que abrace la palabra fiel conforme a la doctrina (Tit. I).

Estas son las vestiduras que harán, etc. Cómo se hicieron cada una de estas cosas se explica más plenamente en lo que sigue. El racional del pecho es el hábito, el efod es de los hombros; la túnica y la línea ajustada, es decir, la camisa, cubren todo el cuerpo, la mitra adorna la cabeza, el cinturón ajusta más al cuerpo tanto la túnica como el efod. A estas seis vestiduras se les une una séptima y una octava, los calzoncillos de lino, para cubrir la carne de la desnudez, y la lámina de oro sobre la mitra, que con el título del nombre del Señor sobresalía más alto que todas las demás. Llama línea ajustada porque se adhería al cuerpo, y era tan estrecha con las mangas ajustadas que no tenía ninguna arruga. Descendía hasta las piernas, por lo que en griego se llamaba poderes, es decir, talar. Con estas ocho clases de vestiduras solía vestirse el sumo sacerdote en el tiempo del sacrificio. De las cuales cuatro eran concedidas a los sacerdotes de menor orden, a saber, los calzoncillos, la línea ajustada, el cinturón y la mitra. Pues convenía que cuanto más alto fuera el grado de alguien, más brillara con admirables actos de virtudes. Todo se hace de oro y colores preciosos; porque nada vil o sucio debe aparecer en la boca o en la obra del sacerdote; sino que todo lo que hace, todo lo que dice, todo lo que piensa, debe ser glorioso tanto ante los hombres como ante el juez interno.

CAPÍTULO IV. Del efod

Harán el efod de oro, etc. Como solemos llevar cargas en los hombros, ¿qué se muestra por el efod del sumo sacerdote sino los trabajos de las buenas obras que debe llevar continuamente ante el Señor? Y es apropiado que primero se ordene hacer el efod; porque cualquiera que deba ser promovido al sacerdocio y al magisterio del pueblo de Dios, primero deben conocerse sus obras, para que cuando lo que es visible para todos aparezca irreprochable, también se examine convenientemente la integridad de su corazón y la sinceridad de su fe. Por lo tanto, el efod que el sumo sacerdote llevaba en los hombros, tomemos como aquella carga evangélica de la que el Señor dice: Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat. XI). Que nos lo recomienda más claramente en otro lugar, diciendo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame (Mar. VIII). Este efod se hace de oro, jacinto, púrpura, carmesí dos veces teñido y lino torcido. De oro, es decir, y antes que nada en el hábito del sacerdote debe brillar principalmente el entendimiento de la sabiduría. A lo cual se añade el jacinto, que resplandece con color aéreo, para que en todo lo que penetra con el entendimiento, no se eleve a los favores bajos, sino al amor de las cosas

celestiales; no sea que, al alimentarse imprudentemente de sus alabanzas, incluso se vacíe del entendimiento de la verdad. También se mezcla la púrpura con el oro y el jacinto, para que el corazón sacerdotal, con la suma que predica, espere; en sí mismo también reprima las sugerencias de los vicios, y les contradiga como desde un poder real, para que siempre contemple la nobleza de la regeneración íntima y defienda con sus costumbres el hábito del reino celestial. Aunque, como se ha dicho a menudo antes, en el color púrpura puede entenderse el mismo derramamiento de sangre por Cristo o la tolerancia de diversas presiones. Pues esta es la cruz que, siguiendo al Señor, se nos manda llevar cada día. Por lo cual, con razón, tal especie resplandece entre otras en el hombro del sacerdote, para enseñarle siempre a estar preparado para sufrir adversidades. Al oro, jacinto y púrpura se añade el carmesí dos veces teñido, para que ante los ojos del juez interno todos los bienes de las virtudes se adornen con caridad; para que todo lo que resplandece ante los hombres, lo encienda en la presencia del juez oculto la llama del amor íntimo. Esta caridad, con la que ama a Dios y al prójimo, brilla como de un doble tinte. Pero cuando la mente se dirige a los preceptos de la caridad, queda sin duda que por la abstinencia se mortifique la carne. Por lo cual al carmesí dos veces teñido se añade el lino torcido. Pues el lino surge de la tierra con aspecto brillante. ¿Y qué se designa por el lino sino la candente belleza de la pureza de la castidad corporal? Que se entrelaza con la belleza del efod; porque entonces la castidad se lleva al perfecto candor de la pureza, cuando por la abstinencia se fatiga la carne. Puede decirse también, no sin razón, del carmesí, que resplandece con aspecto de fuego, que se ordenó que se hiciera dos veces teñido, porque el fuego suele tener doble poder, a saber, de quemar y de iluminar. El prelado debe imitar su naturaleza, en la palabra de la doctrina saludable, para que abra la luz de la ciencia a los que la desean, y cure quemando con reprehensión la herrumbre de los pecados en los despreciadores. Pues cuando expone a sus oyentes los dulcísimos arcanos de las Escrituras, ya sean milagros o parábolas evangélicas del Señor, muestra en su hábito el resplandor de la luz. Pero cuando, por el camino de los soberbios, golpea con la mención de la eterna venganza, muestra a los que lo miran el terror de la llama devoradora. Pues no debe quien habla al pueblo insistir solo en reprender los delitos de los perversos, ni solo en revelar los secretos de las Escrituras, no sea que, discutiendo solo sobre la corrección de los pecados, tal vez sea menos escuchado con agrado; o revelando solo los ocultos misterios, tal vez aproveche menos a aquellos a quienes debía corregir. Pero cuando temple su discurso con ambos, y abre a los oyentes la dulzura de los secretos celestiales, y persuade la corrección de las costumbres, por la cual puedan llegar a ser partícipes de ellos, muestra en su hábito el resplandor del carmesí dos veces teñido.

Tendrá dos bordes unidos en cada lado de las cimas, etc. De esto se dice en lo que sigue: Hizo, pues, el efod de oro, jacinto y púrpura. Y poco después: Y dos bordes unidos en cada lado de las cimas. Por lo cual parece verosímil que, con la vestidura plegada, los bordes de cada parte estuvieran unidos en cada lado desde arriba hasta abajo; de modo que la mitad de la vestidura apareciera a los ojos de los que miran por fuera, y la otra mitad quedara oculta por dentro; pero los bordes de ambos unidos descendieran hasta los ángulos inferiores. ¿Qué otra cosa debemos entender típicamente, sino que cuando mostramos buenas obras por fuera a los prójimos, las conservemos íntegras por dentro ante el Señor? no sea que alguna vez la perfección de la acción piadosa siga a la castidad del pensamiento puro, o que la intención de la mente, que parece de obra imperfecta, deje solitaria la perfección. Pero como los dos bordes del efod se unen entre sí, cuando todo lo que mostramos bueno por fuera, lo llevamos por dentro con pura y simple intención de agradar a Dios. Y esto en cada lado del efod, para que entre adversidades y prosperidades sirvamos siempre a nuestro Creador con acción y pensamiento concordantes. Pues el borde más corto abandona al más ancho, y no pueden volver a unirse con medida discordante, si cuando se nos ve hacer el bien por la retribución eterna,

nos enredamos en secreto de la mente con la intención de agradar a los hombres, y buscamos más el favor humano que las recompensas de la vida invisible.

Y la textura misma y toda la variedad de la obra será de oro, etc. No en una parte del efod había oro, en otra jacinto, en otra nuevamente otros y otros colores, sino que todos los colores estaban ciertamente entretejidos por todas partes con el mismo oro; porque en la acción sacerdotal nunca debe interrumpirse alguna de las grandes virtudes, ni por un momento, sino que siempre debe ser el sacerdote o doctor de los fieles resplandeciente con el oro de la sabiduría, siempre erguido con el jacinto de la esperanza en lo alto, siempre magnánimo con la púrpura del reino celestial contra las batallas de los vicios, siempre ardiente con el carmesí dos veces teñido de la doble caridad, siempre nítido con el lino torcido de la carne castigada.

Tomarás dos piedras de ónice, y esculpirás, etc. Aarón llevaba siempre los nombres de los patriarcas en los hombros, así como en el pecho, durante los sacrificios por tres razones; a saber, para que él mismo recordara imitar la fe y vida de los patriarcas, para que fuera recordado en sus oraciones y sacrificios de las doce tribus que de ellos nacieron; para que el mismo pueblo, viendo los nombres de los padres escritos en la vestidura de su prelado, se cuidara diligentemente de no apartarse de sus méritos y desviarse hacia el contagio de los errores. A esto se refiere lo que se dijo: Y pondrás en cada lado del efod un memorial para los hijos de Israel. Ahora también el prelado lleva en el efod los nombres de los patriarcas, cuando cada doctor o prelado de la iglesia, en todo lo que hace, considera los hechos de los padres precedentes, y se esfuerza por dirigir su vida a su imitación y llevar la carga de la perfección evangélica. Estos nombres de los padres se ordenaron esculpir en piedras preciosas; pues las piedras preciosas son obras de virtudes espirituales. Y el sacerdote lleva en los hombros piedras preciosas, y en ellas los nombres de los padres inscritos, cuando él mismo ha sido admirado por todos por la claridad de sus buenas obras, y enseña que esa misma claridad no es inventada por él, sino que le ha sido transmitida por la autoridad antigua de los padres. Lleva esto en los hombros por dos razones, para que él mismo camine humildemente sometido a los preceptos del Señor, y siempre proponga a sus oyentes ejemplos celestiales, ya sean suyos o de los padres, que sigan. También se ordena que estas piedras sean incluidas y rodeadas de oro. Pues el oro insinúa el entendimiento, como se ha dicho antes, o ciertamente la caridad, porque así como el oro supera a los metales, así la caridad supera a las demás virtudes. Las piedras preciosas se incluyen y rodean de oro, cuando la operación de las virtudes es tan completamente circunspecta por el entendimiento puro, que no se permite que en ellas se oculte nada vicioso, ni permanezca nada sucio; cuando las mismas virtudes están tan contenidas por el vínculo de la caridad, que nunca pueden caer de su estado por la mutabilidad de las cosas, ni deslizarse del hábito del sacerdote por la custodia de la mente que se adormece. Bien sigue:

Y Aarón llevará sus nombres ante el Señor, etc. Pues el sacerdote lleva los nombres de los padres sobre cada hombro por recordación, cuando, considerando diligentemente en todo momento la vida de los santos precedentes, se arma siempre con el ornamento de las virtudes tanto en adversidades como en prosperidades; para que, según la voz de Pablo: Caminando por las armas de la justicia a diestra y siniestra, cuando se esfuerza por lo que está delante, no se desvíe en ningún lado de la baja dilección (II Cor. VI).

Harás también ganchos de oro, etc. Los ganchos que menciona estaban fijados artísticamente en los ángulos superiores del efod. Las cadenillas, que añade, no estaban en el mismo efod, sino más bien en el racional, es decir, en sus ángulos superiores, parecían estar unidas por anillos de oro, para que cuando el sumo sacerdote se vistiera, las cadenillas que colgaban del racional pudieran unirse con los ganchos del efod, de modo que ambos se unieran

mutuamente con firme posición. Pues está escrito más claramente en lo posterior: Hicieron en el racional también cadenillas que se unían entre sí de oro purísimo, y dos ganchos, y otros tantos anillos de oro. Además, colocaron los anillos en cada lado del racional, de los cuales colgaban dos cadenillas de oro, que insertaron en los ganchos que sobresalían en los ángulos del efod. De cuya figura se tratará mejor en la exposición del racional.

CAPÍTULO V. Del racional.

Harás también el racional del juicio, obra de bordador, etc. Obra de bordador, dice obra variada. Así como en el efod se expresa la perfección de las obras, así en el racional del juicio, que cubría y adornaba el pecho del sacerdote, se expresa la castidad de su corazón y pensamiento. Y bien, después del efod, sigue el racional del juicio; para que cuando alguien haya aparecido inocente de manos ante los hombres, mucho más se esfuerce por estar puro de corazón en la presencia del sumo juez, actuando con toda diligencia para que todo lo que hace hacia los prójimos por fuera, o juzga, resplandezca probado por la regla de la razón interna y sea agradable a su Creador. También se ordena que el sacerdote lleve el racional del juicio en el pecho, porque el rector debe siempre discernir con examen sutil los bienes y los males, y pensar cuidadosamente qué cosas, a quiénes, cuándo y cómo convienen. El racional se hizo doble para soportar más fácilmente el peso de las piedras. Pero esta duplicación de la vestidura en el pecho del sacerdote legal típico nos advierte que el juicio de nuestro examen debe ser aprobado tanto por el juez invisible como nunca despreciado por la estimación humana. O ciertamente llevamos doble el racional del juicio en el pecho, cuando tanto lo que hablamos o pensamos sobre la fe de la verdad y la vida invisible, como lo que hacemos visiblemente o disponemos hacer, están igualmente probados por el juicio de la justa discreción. Que tuviera la medida de un palmo por cuadrado, muestra el esfuerzo infatigable y perpetuo de la intención piadosa. Pues quien mide algo con el palmo, muestra ciertamente con el máximo esfuerzo la mano con los dedos extendidos, para poder sostener plenamente y sin escrúpulo de duda la medida que busca. Por lo cual, con razón, así como por la mano se expresa la operación, así por el palmo se expresa el mismo esfuerzo inflexible de la buena operación, cuando cada uno se esfuerza por dilatar su mano derecha en todos los signos de virtudes que puede. Y bien se ordena que el mismo racional tenga la medida de un palmo tanto en longitud como en latitud; porque ya sea que la mente se eleve en longitud al deseo de la vida eterna, o se incline en latitud de caridad hacia el cuidado del prójimo, es necesario que el corazón sacerdotal no permanezca nunca perezoso y desidioso, sino que se extienda siempre con ardiente estudio para alcanzar el premio de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús.

Y pondrás en él cuatro órdenes de piedras, etc. Esta disposición de diversas gemas en el racional designa la múltiple operación de diversas virtudes, que dispuestas en serie concordante deben aparecer siempre en el corazón del sacerdote. Cada una de las piedras está inscrita con los nombres de los padres, cuando el rector, observando la vida de los santos, investiga con diligente indagación en qué obras de virtudes florecieron principalmente; y se esfuerza por recoger todas estas cosas en lo más profundo de su pecho meditando, y por manifestarlas operando. Pues no sin razón de cierto sacramento, así ambas vestiduras están adornadas con piedras preciosas e inscritas con los nombres de los padres; para que los mismos nombres estén inscritos en el efod en dos piedras de un mismo género, y en el racional en doce nombres de diverso género. Pero que los padres estén esculpidos en piedras preciosas de un mismo e idéntico género, significa claramente que una fe en Dios, la misma caridad, la común esperanza de la vida celestial llena los corazones de los padres. Pero que estén inscritos en piedras de diverso género, denota figuradamente que es múltiple la variedad y gracia de las buenas obras, con las cuales la fe, esperanza y caridad de los santos

mencionados resplandece confirmada. Pero que en el racional haya cuatro órdenes, y que cada uno de estos tenga tres piedras, ¿qué nos indican típicamente, sino que en las virtudes que se distinguen en cuatro, mantengamos sin fingimiento la principal fe de la Santísima Trinidad? Pues el sacerdote lleva en el pecho cuatro órdenes de gemas, cuando todo lo que piensa es circunspecto con prudencia, firme con fortaleza, excelente con justicia, apartado de todos los males con templanza. Pero estos órdenes tienen tres gemas cada uno, cuando la misma prudencia, fortaleza, justicia, templanza, ha sido consagrada con la fe de la Santísima Trinidad. Porque nuestra vida en el presente consiste en la fe y la operación recta, con razón el sacerdote, para ser preeminente en la operación, lleva en el pecho cuatro filas de gemas. Pero para ser casto con la sinceridad de la fe, tiene tres gemas en cada fila, para que a todos los que lo miran, muestre tanto la confesión de la verdadera fe como los ejemplos de buena acción, para que ellos mismos, por la imitación de la fe recta y la operación, merezcan ser hechos miembros del sumo sacerdote. Podemos ciertamente en la variada belleza de las gemas, no solo recibir la claridad multifacética del acto y pensamiento sacerdotal, sino también los carismas espirituales de virtudes y milagros de sanidades. De los cuales el mismo Señor a los apóstoles: Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, echad fuera demonios (Mat. X). Y de nuevo: Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño (Mar. XVI). Pero ya sea que esto, o aquello, o ambos designen, con razón se ordena que el número duodenario se haga en el racional; para que sepamos que solo los actos y milagros de aquellos que siguen la unidad de la fe apostólica, doctrina y caridad, son aceptos a Dios. De lo contrario, si alguno habla en lenguas, si alguno distribuye todas sus posesiones a los pobres, si alguno entrega su cuerpo para ser quemado, si no tiene la unidad de la caridad católica, de nada le sirve (I Cor. XIII). Con razón también dos piedras de ónice en el efod estaban esculpidas con el mismo número duodenario de los padres, para que la doctrina y fe de los apóstoles se mostrara que sería provechosa para ambos pueblos, a saber, los judíos y los gentiles. Según lo que el mismo Señor prometió claramente a su Jerusalén intelectual, es decir, a su Iglesia, por el profeta, diciendo: Porque a la derecha y a la izquierda penetrarás, y tu descendencia heredará las naciones (Isa. LIV). Pero que el ónice se dice que es de color rojo, teniendo chispas con zonas blancas circundantes; ¿quién no ve que designa el ardor de la caridad o la luz de la ciencia acompañada de la zona de la castidad? De este tipo de piedras lleva el sacerdote los nombres de los padres inscritos, cuando con el ejemplo de los justos precedentes, dedica un estudio constante a la caridad, castidad, humildad, doctrina, y otras obras de virtudes. Y esto en cada hombro, para que ya sea que alguien esté de los judíos o de los gentiles, siempre contemple en el doctor de la verdad y la piedad la claridad por la cual él mismo ha progresado a mejores cosas.

Facies en el racional cadenillas, etc. El orden de la obra, según nos parece, fue el siguiente. Había dos ganchos colocados en los dos ángulos del efod, y dos anillos correspondientes en los dos anillos del racional hacia arriba. De estos colgaban dos cadenas de oro, que en el momento de vestirse se insertaban en los ganchos que sobresalían en los ángulos del efod, como está escrito más claramente en lo que sigue, para que el efod y el racional se unieran mutuamente. La conexión superior de los cuales ha sido descrita hasta aquí. Sigue ahora la inferior, que estaba debajo de las axilas. La Escritura así lo sugiere:

Harás también dos anillos de oro, etc. Lo que dice: Y en los bordes que están frente al efod; no significa en los bordes del efod, sino en los bordes que están frente al efod, es decir, en los bordes del racional, que son los bordes que están frente al efod. Pues aquellos anillos que

estaban en los ángulos más bajos y extremos del racional, tenían frente a ellos en cada lado del efod otros anillos, a los cuales se unían con cintas. De los cuales se añade posteriormente:

Y también otros dos anillos de oro, etc. Dice frente a la unión inferior; porque de la unión superior, que estaba sobre los hombros, había hablado antes. Entre estas uniones había esta diferencia, que la superior estaba hecha con cadenillas, mientras que la inferior estaba hecha con cintas ligantes. Por lo cual se añade apropiadamente:

Y se unirá el racional con sus anillos a los anillos, etc. No se debe pensar que ambas vestiduras estaban terminadas al mismo tiempo. Pues el racional, que tenía la medida de un palmo en altura, así como en anchura, no era suficiente para cubrir mucho más que el pecho solamente. El efod, sin embargo, llegaba hasta el cinturón, como se muestra muy claramente en lo posterior, donde está escrito: Estas cosas, tanto delante como detrás, se unían de tal manera que el efod y el racional se unían mutuamente, ajustados al cinturón, y fuertemente unidos por anillos, que eran atados con una cinta de jacinto, para que no se aflojaran y se movieran entre sí. Esto se ha dicho sobre la conexión del efod y el racional según la letra. Porque, como se ha dicho muchas veces, el efod se refiere a la consumación de las buenas obras; el racional, sin embargo, a significar la pureza de los pensamientos; la conexión que los une mutuamente, correctamente denota figurativamente aquella industria de la mente por la cual el entendimiento y la fe de los doctores fieles se unen con la obra. Pues permanece la unión hábilmente hecha, de modo que el racional y el efod no puedan separarse entre sí, ya que el rector sobresale con tanta erudición y tanto estudio de la obra, que no deja nada de lo que ha conocido que debe hacerse, imperfecto; ni priva por negligencia de la virtud del corazón lo que se ve que debe hacerse correctamente. Pues las vestiduras del pontífice se deslizan y se mueven entre sí, si o bien la belleza de la buena obra se ensucia por la menor custodia del corazón, o la integridad de la acción perfecta no sigue a la castidad del pensamiento puro. Pero para que estas cosas no puedan disolverse entre sí, el sacerdote debe tener en el racional dos cadenillas de oro purísimo, es decir, la continuación de un amor casto y no fingido firmemente fijado en su corazón; que nunca permita que su mano y su lengua disientan de la equidad del sentido puro. Y bien dos, para que tanto en las cosas que pertenecen al culto divino del servicio, como en aquellas que pertenecen al auxilio de la necesidad fraterna, camine adornado correctamente. Y ciertamente la obra de la caridad se expresa abiertamente por las cadenillas de oro; porque así como una cadenilla se teje de muchas hebras de oro, así la caridad se perfecciona por la operación multifacética de las virtudes. Las cuales ciertamente hebras exponiendo el Apóstol, dice: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene envidia, no obra con soberbia, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa el mal, no se alegra de la iniquidad; se alegra con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1 Cor. XIII). Debe tener también anillos de oro, de los cuales cuelguen las mismas cadenas; es decir, la memoria continua de la claridad perpetua y nunca terminada en la patria celestial, de la cual solo por la memoria se acostumbra a hacer, para que puedan permanecer para nosotros los vínculos continuos de la claridad. Tenía dos ganchos sobresalientes en los ángulos del efod, a los cuales se insertaban las cadenas, es decir, en el mismo inicio de cada buena acción debe tener la firme intención de agradar a Dios, que sea apta para recibir y contener en sí el amor de Dios y del prójimo en todo; de modo que ya sea que ocurran cosas prósperas o adversas, nunca afloje las saludables ataduras de la devoción piadosa. Esto es, en efecto, que el sacerdote tenga en cada hombro ganchos que reciban las cadenillas del racional; y en las cosas prósperas y en los eventos adversos de las cosas, tenga el firme estudio de agradar a Dios, y con la intención de este estudio se fortalezca en el amor de Él y del prójimo. Por lo tanto, los ganchos del efod se insertan en las cadenillas de oro, que se ofrecen desde las cimas

del racional; cuando lo que la mente racionalmente degusta de la luz interna de la caridad, la prontitud de bien obrar lo abraza gustosamente, para que no se deslice rápidamente el hábito del racional más hermoso del pecho del sacerdote, si no lo aprehende el gancho perseverante de la buena obra que lo contiene. Que se subroguen a las mismas cadenillas en ayuda también de la vida de jacinto, con las cuales se una cada hábito del sacerdote entre sí; es decir, las ligaduras del deseo celestial más fuertes, que insertadas en los anillos de oro, constriñen el efod con el racional, cuando reconocida la luz de la patria perenne, suspiramos por aquella gloria inefable; ciertamente para que merezcamos entrar en ella, siempre con fe y vida concordes, obra y profesión, en el tabernáculo de la presente Iglesia nos esforzamos por servir al Señor. Pero que el efod estaba ceñido con el cinturón, como se indica más claramente en lo que sigue, donde el pontífice se vestía; y del efod, dice, impuso, que ceñido con el cinturón lo adaptó al racional; ¿quién no ve que la custodia de las buenas obras es la virtud más fiel de la continencia? de la cual el Señor en el Evangelio: Sean, dice, vuestros lomos ceñidos, y las lámparas encendidas (Luc. XII). Los lomos, evidentemente, ceñidos, por la continencia; las lámparas encendidas, por la operación de las virtudes.

Y llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el racional del juicio, etc. Siempre, en verdad, debe el sacerdote llevar la memoria de los padres en su pecho; pero especialmente entonces, cuando va a ministrar ante el Señor al altar, para que cuanto más sagrado es el ministerio, con tanto más esmero se purifique completamente, adornando con toda la industria de la mente y del cuerpo, mire los ejemplos de los santos; siendo un imitador diligente de ellos, se esfuerce por presentarse apto a los divinos aspectos. Asimismo, los nombres de los hijos de Israel Aarón lleva sobre su pecho como memorial ante el Señor para siempre, cuando cualquier prelado fiel nunca deja de tener cuidado de aquellos sobre los que ha sido puesto; sino que se esfuerza por fortalecer continuamente la vida de ellos exhortando, reprendiendo y consolando, y por encomendar a proteger y fortalecer al Señor en frecuentes oraciones.

Pondrás también en el racional del juicio la doctrina y la verdad, etc. Por eso la doctrina y la verdad en el racional del juicio, ya sea impresas en letras, o impuestas solo por el sacramento del nombre, para que el pontífice vestido con la misma vestidura, recordara que había sido consagrado por el sacerdocio para buscar los estudios de la doctrina y la verdad, no para cuidar y escudriñar los negocios mundanos; para que lo que exteriormente brillaba de manera típica en la vestidura, resplandeciera verdaderamente expresado en el corazón. Asimismo, la doctrina y la verdad estaban puestas en el racional, para que se figurara abiertamente que esa vestidura no solo vestía al pontífice legal, sino que también preanunciaba el Evangelio, o al mismo Señor, de quien está escrito: Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I). O ciertamente sus apóstoles, o más bien todos los pregoneros de la misma gracia y verdad.

Y llevaba el juicio de los hijos de Israel en su pecho, etc. El sacerdote lleva el juicio de los hijos de Israel en su pecho ante el Señor, cuando discute las causas de los súbditos solo por la intención del juez interno, para que nada de humanidad se mezcle con ellos, en lo que dispensa en lugar de lo divino.

CAPÍTULO VI. Túnica del efod.

Harás también la túnica del efod toda de jacinto. Llama túnica del efod, cuya parte no menor estaba cubierta por el efod, para distinguirla de la túnica que era interior, de lino; de las cuales igualmente se menciona anteriormente, diciendo: Estas serán las vestiduras que harán; el racional y el efod, la túnica y el lino ceñido. La interior era de lino, o de byssus, que se

sabe que es un tipo de lino muy noble. La túnica exterior, sin embargo, era toda de jacinto, sin admitir en absoluto otro color. Cuya apariencia enseña claramente cómo debe ser la vida sacerdotal uniforme: esto es, solo atenta incesantemente a los deseos celestiales, y teniendo su conversación según el Apóstol en los cielos, y esperando deseosamente de allí la venida de su Salvador (Filip. III). La cual túnica, como también la de byssus, llegaba hasta los pies; de donde ambas en griego se llamaban poderis, para mostrar que nada en la vida sacerdotal debe ser bajo y sucio, sino que todo lo que haga, como de color etéreo bellísimo, todos sus miembros desde la cabeza hasta los pies deben estar cubiertos por la gracia de las virtudes. Asimismo, el sacerdote vestido con la túnica talar toda de jacinto, es advertido de que la obra celestial no solo debe ser comenzada, sino también perseverada hasta el fin por todos los que quieran ser salvos. Pues vestirse con la túnica de jacinto hasta los pies, es insistir en las buenas obras hasta el fin de su vida, con el mandato y la promesa del Señor: Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (Apoc. II). Y así, porque solo llegaremos a la perfección de la buena acción con un propósito infatigable, si comenzamos esto con la intención fija de la recompensa celestial, correctamente de la misma túnica se añade:

En cuyo medio arriba estará la abertura, etc. La abertura de la túnica de jacinto tiene un borde muy firme, y tejido de sí mismo, para que no se rompa fácilmente, cuando el principio de nuestra buena acción está sostenido por la fuerte raíz del temor divino, y se prueba que está protegido contra todas las insidias del enemigo antiguo. Tal borde, en efecto, viste y adorna el cuello del sacerdote alrededor, cuando proporciona al rector la mayor confianza para hablar a los súbditos y predicar las cosas celestiales, porque él mismo no solo ha vivido rectamente en el curso de su vida, sino que también ha comenzado el mismo principio con rectitud, según el ejemplo de los bienaventurados Samuel, Jeremías y Juan, profetas, que desde la misma infancia llenos de la gracia del Espíritu Santo, y fueron segregados en el orden de los doctores. La voz, en efecto, está en el cuello, por lo que el uso correcto de hablar se expresa adecuadamente por el cuello. Apropiadamente, cuando se ordenó que el borde de la abertura se hiciera tejido alrededor, se añadió inmediatamente: Como se suele hacer en las partes extremas de las vestiduras. Pues así como las obras son a las vestiduras, así las partes extremas de las vestiduras pueden no inconvenientemente figurar la misma consumación de las obras. O ciertamente las partes extremas de las vestiduras son nuestras últimas preocupaciones, con las cuales cada uno de los fieles, cuando se ven obligados a terminar esta vida, se esfuerzan más intensamente de lo habitual por purgarse de toda mancha de males, procurando con temor y temblor, no sea que llevados ante el juez estricto, sean expulsados por el hábito sucio de los vicios, y precipitados en las tinieblas eternas, sino que más bien aparezcan vestidos, como elegidos de Dios santos y amados, con entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia: sobre todo esto, la caridad, que es el vínculo de la perfección. Y por eso verdaderamente el vestido nupcial, que en su banquete, es decir, en la santa Iglesia, nuestro rey y juez se deleita en encontrar. Por lo tanto, la túnica de jacinto del sacerdote tiene un borde en la abertura tejido, como se suele hacer en las partes extremas de las vestiduras; cuando cualquier doctor excelente comienza la obra de las virtudes con tanta perfección, a la que cualquier otro, trabajando por mucho tiempo, apenas alguna vez llega: cuando con tanto temor del servicio camina solícito a toda hora, según el dicho del profeta, caminaba solícito con el Señor su Dios (Miqueas VI), cuanto alguno, incluso a punto de morir, y a punto de entrar en el juicio último de su Señor, apenas puede tener. Pero porque toda la perfección del sacerdote consiste en las obras y en la doctrina de la verdad, según esto que el bienaventurado Lucas dice al describir el Evangelio, que hizo el discurso de las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hechos I); correctamente se añade:

Abajo, en cambio, a los pies de la misma túnica alrededor, etc. Abajo, en efecto, a los pies de la túnica se hacen, como granadas y campanillas alrededor, cuando el sacerdote ha llegado a tal excelencia de conversación devota a Dios, que nada en él parece sino esplendor y gracia, y la flor, por así decirlo, variada de buenas obras: nada de él se oye cuando abre la boca, sino el sonido suavísimo de estas. Porque así como en la granada muchos granos interiores están cubiertos por una sola corteza exterior, correctamente por las granadas se designa la operación multifacética de las virtudes, cubierta por el único amparo de la caridad. Se hace, además, la misma figura de las granadas de jacinto y púrpura, y carmesí doble, y, como se encuentra en lo que sigue, también de byssus retorcida; con estos cuatro colores, que se ha inculcado repetidamente qué variedad de virtud se intima. A estos, en medio, se mezclan campanillas, cuando ni la obra del sacerdote nunca se separa del sonido de la palabra que habla; ni el sonido de la lengua disiente de la rectitud de la obra, aterrorizado por las adversidades. Por lo cual se añade bellamente:

De modo que haya una campanilla de oro, etc. Las campanillas de oro, en efecto, se insertan en la túnica de jacinto del pontífice, y se rodean por todas partes, cuando toda su palabra resuena la claridad de la luz celestial, y el mismo sonido, como firmemente fijado en la túnica de jacinto, también se recomienda a las mentes de los oyentes por la sublimidad de sus obras. Y se hacen dos granadas alrededor de cada campanilla, y alrededor de cada granada dos campanillas, cuando tanto todo lo que habla se confirma con buenas acciones, y se fija más firmemente en el corazón de los oyentes, y todo lo que hace, cuán razonable es, se revela por el discreto sonido de la palabra. Bien se sigue:

Y se vestirá Aarón con ella en el oficio del ministerio, para que se oiga el sonido, etc. El sacerdote, en efecto, entrando o saliendo muere, si de él no se oye el sonido; porque provoca contra sí la ira del juez oculto, si camina sin el sonido de la predicación. Que si queremos atender a las palabras de Josefo, quien dice que había setenta y dos granadas en la túnica del pontífice, y campanillas del mismo número, esto concuerda con las figuras de los misterios; para que así como en el hombro y en el pecho se le ordenó llevar el número apostólico, así también tuviera asignado el número de los setenta y dos discípulos alrededor de los pies. Pues es evidente que así como el número duodenario de los apóstoles inició el grado de dignidad episcopal, así los setenta y dos discípulos, que también fueron enviados por el Señor a predicar la palabra, señalaron con su elección el grado del sacerdocio menor, que ahora se llama presbiterado. Por lo cual también el número de ellos fue figurado en la última parte del hábito sacerdotal, aquel en la primera. Pues convenía que quienes iban a ser mayores en grado en el cuerpo del sumo sacerdote, es decir, en la Iglesia de Cristo, tuvieran un lugar más sublime en el hábito del pontífice típico. Sin embargo, si alguien también quiere interpretar mística estos mismos números de cada orden, Aarón llevaba doce gemas en el pecho, para significar que el tiempo futuro estaba cerca, cuando la fe de la santa Trinidad sería predicada a la humanidad en todas las partes del orbe cuadrado; o ciertamente, como también enseñamos arriba, llevaba doce gemas, es decir, tres veces cuatro, para advertir a todos los doctores que las obras de justicia, que se comprenden principalmente en cuatro virtudes, junto con la fe de la verdad, que está en la Trinidad, y ellos mismos siempre las tengan, y las recomienden a sus discípulos. Llevaba también setenta y dos campanillas de oro, con el mismo número de granadas, para mostrar mística que la misma fe y operación de justicia iba a llevar al mundo entero de las tinieblas del error a la verdadera luz. Pues tres días y noches tienen setenta y dos horas. Y porque este sol visible, recorriendo tres veces en setenta y dos horas todas las partes del mundo arriba y abajo, apte este número de campanillas y granadas de diverso color, fue puesto en la túnica del pontífice, para enseñar figuradamente que el Sol de justicia, Cristo, iba a iluminar todo el orbe, y a ofrecerle el don, tanto de la verdadera fe,

que está en el reconocimiento y confesión de la santa Trinidad, como de la buena operación, que está en la flor y esplendor de las virtudes variadas. Podemos ciertamente en el número duodenario de las gemas del racional también entender esto figuradamente expresado, que el mismo Sol de justicia iba a llenar con su luz todos nuestros tiempos, todas las regiones de nuestro orbe; a ejemplo del sol mundano, que a través de doce meses acostumbra recorrer el círculo del zodiaco, y abarcar todo el mundo. Pues también esto que cuatro órdenes en el racional tenían tres piedras, concuerda con el orden del año que gira, que se distingue en cuatro tiempos por tres meses. Que el año en las Escrituras se llame todo este tiempo de nuestra salvación, en el cual luchamos por la retribución eterna, lo testifica el mismo Salvador, quien, según el dicho de Isaías, fue enviado a predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Isa. LXI): cuando del mismo año también canta el Salmista, diciendo, Bendecirás la corona del año de tu bondad (Salmo LXIV). A quienes en el presente dio la bondad de la fe recta y la operación, dará en el día de la retribución la corona de la bendición perpetua.

CAPÍTULO VII. Láminas de oro.

Haz una lámina de oro purísimo, etc. La lámina de oro en la frente del sumo sacerdote, en la cual está grabado "Santo para el Señor" o "Santo del Señor" como se menciona más adelante, era más sagrada que las demás vestiduras de él. Y con razón, porque así como el poder divino supera a todo lo que ha creado, era necesario que su nombre, superando el resto del atuendo y ornamento del sumo sacerdote, sobresaliera más alto y, como santificando todo, ocupara un lugar eminente en su frente. Significa, además, la misma confianza de nuestra profesión, que llevamos en la frente, diciendo cada uno con el Apóstol: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. VI). Y correctamente, esto es lo único en todo el atuendo del sumo sacerdote que está hecho solo de oro, para mostrar la pureza del corazón o del cuerpo, en la cual debemos guardar o llevar los misterios de nuestra redención. O ciertamente, el sacerdote lleva inscrito en oro en su frente "Santo del Señor", para insinuar místicamente que debemos venerar y abrazar la pasión de nuestro Señor y Salvador, por la cual fuimos redimidos, de tal manera que reconozcamos también la claridad de la majestad divina en él, por la cual fuimos creados: así como confesamos la muerte de la humanidad que él asumió, confesamos que esa misma humanidad resucitó de la muerte a la gloria eterna. "Santo del Señor", que se ordena grabar en la lámina, significa su nombre santo y venerable; que entre los hebreos suele escribirse con cuatro letras vocales, cuya interpretación en su lengua suena inefable, no porque no pueda decirse, sino porque no puede ser comprendido por el sentido y entendimiento de ninguna criatura. Y porque nada puede decirse de él con suficiente dignidad, por eso se le llama correctamente inefable, según aquello del Apóstol: "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones" (Fil. IV). Y el salmista: "Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza, y su grandeza es insondable" (Salmo CXLIV). Y bien, el mismo nombre del Señor estaba escrito en la frente del sumo sacerdote con cuatro letras, por la significación de las cuatro partes de la cruz del Señor, que íbamos a llevar en la frente, es decir, la superior, la derecha, la izquierda y la inferior. Asimismo, llevamos "Santo del Señor" grabado en oro en la frente, cuando, purificados de las manchas de los vicios que heredamos del primer padre, recibimos en nosotros la imagen y semejanza de nuestro Creador, a la cual fuimos creados; y no ocultamos que la hemos recibido en secreto, sino que la hacemos pública a todos, y la proclamamos con voz, según aquello del Apóstol: "Así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial" (I Cor XV). Lo cual, hablando a los Colosenses, explica más claramente, diciendo: "Ahora, pues, despojaos también vosotros de toda ira, enojo, malicia, blasfemia, lenguaje obsceno de vuestra boca, no mintáis los unos a los otros, despojándoos

del viejo hombre con sus hechos, y vestíos del nuevo, el cual se renueva en conocimiento según la imagen de aquel que lo creó" (Colos. III). De este "Santo del Señor" también escribe Juan en el Apocalipsis: "Vi, dice, al Cordero de pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre de él y el nombre de su Padre escrito en sus frentes" (Apoc. XIV). Quien nuevamente, describiendo la claridad de la patria celestial, dice: "Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes" (Apoc. XXII). Por lo tanto, cuando el mismo nombre de veneración sacratísima deben tenerlo todos los que siguen al Cordero, es decir, todos los fieles, en la misma frente de su profesión; cuánto más es necesario que aquellos que, habiendo recibido el sacerdocio y el magisterio espiritual, han sido elegidos como guías del rebaño del Señor, muestren en sí mismos un ejemplo de virtud a todos. La lámina que contiene "Santo del Señor" se ata con una cinta de jacinto a la tiara del sumo sacerdote; cuando nos fortalecemos en la fe con la esperanza de los bienes celestiales, que el jacinto significa, y cuanto más nos esforzamos por guardar intactos los sacramentos de nuestra redención, o la imagen y semejanza de nuestro Creador y Redentor, al reconocer que no hay otro camino de salvación. Sobre la figura de la tiara se hablará en su lugar más adelante. Sin embargo, porque el sacerdote debe ser de tal diligencia y mérito ante Dios, que pueda corregir y castigar los pecados del pueblo con su exhortación, reprensión, y amonestación, y pueda lavarlos con sus oraciones, se añade correctamente:

Y Aarón llevará las iniquidades de ellos, etc. Porque el sumo sacerdote lleva las iniquidades de los súbditos, es decir, las lleva y las quita, cuando enseñando provoca a ellos o a él a la penitencia de los cometidos, o suplicando por los penitentes concilia la gracia de ese justo juez. Y hace esto en las ofrendas y dones que ellos han ofrecido al Señor y han santificado, cuando por las buenas obras, frutos dignos de penitencia, es decir, limosnas y otras obras de justicia que han hecho, absuelve a los penitentes de la culpa de los crímenes que una vez cometieron. Esta institución divina, de hecho, así debe llevarse a cabo, y se figuró místicamente en el atuendo del sumo sacerdote, y se enseñó claramente en las palabras de la sagrada elocuencia. Pero, ¡ay de mí!, algunos prelados hacen algo muy diferente, que desean recibir, o más bien exigir, ofrendas o dones del pueblo, y no se preocupan por trabajar para que sus iniquidades sean llevadas y castigadas, y reciban perdón, cuando solo deberían recibir dones temporales de los súbditos porque los han corregido del error predicando los bienes eternos, y los han conducido al camino de la verdad, a imitación de los primeros doctores de la santa Iglesia, quienes a aquellos de quienes recibían subsidios temporales, decían confiadamente: "Si nosotros os sembramos lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos lo material de vosotros?" (I Cor. IX). Pero porque cualquier prelado o ministro de la palabra solo puede trabajar eficazmente por los súbditos, ya sea predicando la palabra o suplicando al Señor, si su mente está siempre dotada de la memoria del nombre divino, se añade apropiadamente:

Y la lámina estará siempre en su frente, etc. Porque si la lámina con el nombre del Señor escrito está siempre en la frente de Aarón, el Señor será propicio a los hijos de Israel; porque cuando el mismo doctor fielmente se somete al servicio divino con mente pura, pronto también los súbditos, encendidos por sus ejemplos y consejos, se esfuerzan por vivir rectamente y merecer la gracia del observador interno.

CAPÍTULO VIII. Túnica de lino y tiara.

Y ceñirás con lino la túnica. Esta es la túnica interior, que antes se llama línea estrecha. Por qué se llama línea estrecha, o se ordena ceñir con lino, ya se ha expuesto anteriormente, y ahora se debe añadir; porque los soldados suelen tener líneas, que llaman camisas, tan ajustadas a los miembros y ceñidas al cuerpo, que están listos para correr, o para la batalla,

lanzando jabalinas, sosteniendo el escudo, manejando la espada, y para cualquier cosa que la necesidad requiera; tal como se lee que Joab tenía cuando mató a Amasa (II Sam. XX), ajustada a la medida de su cuerpo. Por lo tanto, los sacerdotes preparados para el ministerio de Dios usan esta túnica, para que teniendo la belleza de las vestiduras, corran con la rapidez de los desnudos. Esta túnica, porque al igual que la de jacinto llegaba hasta los pies, también se llamaba en griego poderis, es decir, talar, cuya significación mística es evidente: pues cuando se sabe que el lino o el lino fino significa la continencia y castidad de nuestro cuerpo, según lo que se ha explicado repetidamente antes, los sacerdotes tienen la línea estrecha, o la túnica de lino, cuando guardan el propósito de continencia con tanta firmeza que nada de guerra concupiscible la carne lleva contra el espíritu, o el espíritu contra la carne. Tienen la línea estrecha, cuando con el alma deseando y desfalleciendo completamente, en los atrios del Señor su corazón y carne juntos exultan en el Dios vivo. Esta línea no solo es estrecha, sino también poderis, es decir, descendiendo hasta los pies, cuando la continencia no está impuesta violentamente a un solo miembro, sino que está deleitadamente consumada en todo el cuerpo. Esta línea, por lo tanto, debe ceñir las manos y los brazos del sacerdote, para que no hagan nada inútil; el pecho, para que no piense en vano; el vientre, para que no presuma hacerse un dios de los glotones al desear delicias en exceso; también los miembros sujetos al vientre, para que no corrompan toda la belleza del atuendo sacerdotal con lascivia; las rodillas, para que no se vuelvan perezosas en la insistencia de la oración; las piernas y los pies, para que no corran hacia el mal. Por lo tanto, el sacerdote debe vestirse primero con la línea estrecha, para que refrene tanto el cuerpo de las obras iniquas, como la mente de los pensamientos perversos. Luego tome la de jacinto, para que después de la restricción de la continencia saludable, adorne igualmente el cuerpo y el alma con el hábito de las virtudes espirituales. Pero porque hay cinco sentidos del cuerpo, vista, gusto, olfato, oído y tacto; de los cuales los primeros cuatro son propios de la cabeza, el último es común a todo el cuerpo; esta túnica, que hemos dicho que es propia de ambos, significa la continencia del tacto y la justicia. Consecuentemente, la inocencia de los otros cuatro sentidos, o la santificación que debe buscarse, se muestra en el atuendo figurado del sumo sacerdote, cuando se dice:

Y harás una tiara de lino. La tiara, que también se llamaba cidaris y mitra, cubría y adornaba la cabeza del sumo sacerdote; para que con este adorno se le recordara tener todos los sentidos de la cabeza consagrados a Dios, para que ni sus ojos vieran vanidad, ni sus oídos recibieran con gusto reproche contra su prójimo, ni su boca abundara en malicia, ni su lengua tramara engaño; o incluso para que su corazón no se agravara con la glotonería y la embriaguez, ni su olfato abrazara el lecho de la meretriz perfumado con mirra, áloe y canela. Más bien, que sus ojos vieran equidad, sus oídos se inclinaran a escuchar palabras de prudencia, que las palabras del Señor fueran dulces a su paladar más que la miel y el panal, que mientras le quedara aliento, no hablara iniquidad, ni se apartara de su inocencia. También se debe cuidar el quinto sentido, que es común a todo el cuerpo, para que se cumpla aquello profético: "Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda" (Isa. LII). Y como advierte el Apóstol: "Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios" (II Cor. II). Cómo fue hecha esta tiara, lo enseña Josefo (Antiq. III, 2), diciendo: "Sobre la cabeza lleva un gorro en forma de pequeño cálamo o casco, que se extiende sobre la cima de la cabeza, y excede un poco la mitad del vértice; y es tal, que parece hecho de tejido de lino, teniendo cintas que se enrollan varias veces y se conectan, para que no se deslice fácilmente". Este mismo Josefo narra que a este gorro se le añadió otro velo mayor, que cubría toda la superficie de la cabeza: perfectamente adaptado, para que no cayera mientras el sacerdote trabajaba en los sacrificios; sin embargo, no mostró de qué color era. Y esto es sobre el gorro del sacerdote menor. Sobre la tiara del sumo sacerdote, testifica de esta manera: "El gorro del sumo sacerdote está

trabajado de manera similar al de los demás sacerdotes, y otro cosido de jacinto variado. Además, se le rodea con una corona de oro, hecha en tres vueltas, sobre la cual se levanta en la frente, como una pequeña copa de oro, similar a la hierba que entre nosotros se llama acaro, que los griegos llaman Hyoscyamon". Y poco después, después de describirla con maravillosa variedad, añadió, diciendo: "Tiene flores similares a la plantago, y toda la corona está esculpida con estas flores alrededor, desde la nuca hasta ambas sienes; pero en la frente no tiene esto, sino que hay una lámina de oro, que tiene inscrito el nombre de Dios en letras sagradas". Esto es sobre el segundo velo y las coronas de oro de los sumos sacerdotes, que la Sagrada Escritura parece omitir. Sin embargo, brevemente menciona las coronas en lo siguiente, diciendo: "Hicieron también túnicas tejidas para Aarón y sus hijos, y mitras con sus coronillas de lino" (Éxodo XXXIX). Pero no dijo de qué material estaban hechas. Pues al decir, "Y mitras con sus coronillas de lino", se podría entender que ambas estaban hechas de lino, si no fuera porque Josefo designa que las coronas eran de oro, quien, estando aún en pie el templo y celebrándose la observancia legal, siendo de linaje sacerdotal, pudo fácilmente conocer todo el modo del atuendo sacerdotal, no solo leyendo, sino también viendo. Sin embargo, ya fueran coronillas de lino o de oro, cuando se sabe que fueron hechas con las mitras, digamos brevemente sobre la figura. Los sacerdotes tienen mitras con coronillas de lino, que así guardan la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto en la belleza de la castidad, que por esa misma custodia esperan recibir la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman. Porque quien así se dedica a la continencia o a las buenas obras, que por ellas descuida buscar las recompensas eternas de la retribución, parece tener una mitra de lino en la cabeza, pero no tiene coronillas; porque evidentemente presenta la imagen de la virtud ante los hombres, pero no encuentra la recompensa de la virtud con el Señor. Por lo tanto, ya sean coronillas de oro, significan la claridad de la luz perpetua; ya sean de lino, figurativamente anuncian la misma inmortalidad de nuestro cuerpo, que será eterna. Y correctamente, el sacerdote lleva coronas añadidas con estolas de lino, para que en su continencia medite continuamente las recompensas eternas, y en la santificación de la continencia o de la buena obra, al mismo tiempo prometa las mismas alegrías de la bienaventuranza celestial a los oyentes; no sea que si impone el peso del trabajo sin la esperanza de la retribución, haga el yugo de Cristo áspero y su carga ligera pesada y dura para sus oyentes. Cuando el Señor mandó hacer la tiara, añadió:

Y un cinturón de obra de bordador. De cuya hechura del cinturón se escribió más claramente en lo posterior. Hicieron el cinturón de lino torcido, jacinto, púrpura y carmesí dos veces teñido, obra de bordador. Este cinturón, como escribe Jerónimo de Josefo, está tejido en forma de piel de serpiente, que muda en la vejez, de tal manera que parece un largo monedero. Tejido bajo la cubierta de escarlata, púrpura, jacinto y estambre de lino, por su belleza y fortaleza, y así distinguido con arte polimita, que se podría pensar que las diversas flores y gemas no están tejidas por la mano del artesano, sino añadidas. Y tenía una anchura de cuatro dedos, cinturón que propiamente usaba el sumo sacerdote, y con él se ceñía la túnica de jacinto, junto con el efod. Pues en lo siguiente se dijo claramente sobre la unión del efod y el racional: "Estas se unían tanto delante como detrás, de modo que el efod y el racional se unían mutuamente, ceñidos al cinturón y fuertemente unidos con anillos; los cuales se unían con una cinta de jacinto, para que no fluyeran sueltos, y se movieran entre sí". No hay duda de que el cinturón o ceñidor, al que se ceñía el efod, ceñía la túnica de jacinto, que también se llamaba túnica del efod, pues todo lo que se ha dicho hasta ahora pertenece al atuendo del sumo sacerdote. Luego, consecuentemente, se exponen las túnicas y demás vestiduras de sus hijos, cuando se dice:

Además, prepararás túnicas de lino para los hijos de Aarón y cinturones, etc. Ni sobre los cinturones de ellos, si también debían hacerse de obra de bordador, o de un solo color, se decreta algo. Por lo tanto, primero hablemos del cinturón del sumo sacerdote, que está hecho de esos cuatro colores nobilísimos y dignos de Dios; porque apropiadamente tal cinturón debería tener el sumo sacerdote, a quien siempre era necesario ceñirse con el singular adorno de las virtudes. Apropiadamente, el sumo sacerdote, ceñido con la variada flor de colores resplandecientes, caminaba, porque así como cualquier otro debe necesariamente ceñirse con la industria de la continencia, para que la carne, resistiendo al espíritu, no perturbe alguna vez la paz interna de la mente; así el sumo sacerdote y doctor de los fieles, habiendo ya dominado todo movimiento concupiscible del alma o del cuerpo, debe estar rodeado de la misma gloria de las virtudes, para que, según el ejemplo de aquella flor que salió de la raíz de Jesé, es decir, del Señor Salvador, sea la justicia el cinturón de sus lomos, y la fe el ceñidor de sus riñones. Las túnicas de lino, y los cinturones y tiaras, que se ordenaron hacer para los hijos de Aarón en gloria y decoro, lo que nos recomiendan de decoro y gloria interna, se puede entender fácilmente de lo que se ha expuesto anteriormente. Porque los sacerdotes tienen túnicas de lino, cuando dedican todo su cuerpo al candor de la castidad. Ceñen las túnicas con cinturones, cuando vigilan la misma castidad con la custodia vigilante de la mente, para que no permanezcan más perezosos en el ejercicio de las buenas obras por la conciencia de ella, para que no pierdan el mérito de la castidad por la jactancia de ella. Porque quien vestido con túnica talar camina sin cinturón, la túnica se desliza, y dejando el cuerpo, da espacio para que entren los vientos y el frío; y también, con los pasos impedidos, retrasa el uso de caminar; o incluso se convierte en causa de ruina para los que pisan. Así, ciertamente, la castidad de la carne a menudo quita a algunos la castidad del corazón, cuando tanto menos se preocupan por insistir en las buenas obras, cuanto menos perciben que la custodia de la castidad no vale nada sin el aumento de otros bienes, que, sin embargo, con las buenas obras añadidas, adquiere gran gloria para quien la tiene. Finalmente, a las vírgenes insensatas de nada les sirvió la castidad de la carne, a quienes, al venir el esposo, les faltó la luz de la pureza interna. Por lo tanto, que los hijos de Aarón se ciñan con túnicas de lino, para que tengan castidad. Que los sacerdotes se ciñan con cinturones, para que esa castidad no sea remisa y negligente; para que no dé acceso al viento de la soberbia para soplar en el alma, para que no haga enfriar su caridad con el aumento de la iniquidad, para que no impida con su jactancia el curso de las buenas obras, para que no, con el curso de las virtudes impedido, se contamine con las mismas suciedades de la concupiscencia terrenal, y finalmente empuje a su autor a la ruina por su soberbia. Ceñidos, pues, los sacerdotes, tomen también tiaras en sus cabezas, para que después de la custodia vigilante y circunspecta de la castidad corporal, también la vista, el oído, el gusto y el olfato sean dignos de Dios, y se mantengan en custodia y cuidado.

CAPÍTULO IX. Calzoncillos.

Y vestirás con todo esto a Aarón tu hermano, etc. Con todo esto debía vestirse Aarón y sus hijos; pero con la distinción de que él mismo usara todo esto, pero sus hijos solo las últimas tres cosas, que se atribuyen propiamente a su nombre, cuando se dice: Además, prepararás túnicas de lino para los hijos de Aarón, y cinturones y tiaras en gloria y decoro. Lo que sigue:

Facies también calzoncillos de lino, etc. Esto se refiere tanto a Aarón como a sus hijos, como las mismas palabras claramente prueban; de modo que Aarón se viste con las ocho vestiduras mencionadas, a saber, los calzoncillos de lino, la túnica de lino, el efod azul, el racional, el cinturón, la tiara y la lámina de oro. Sus hijos, sin embargo, usan solo cuatro de estas, es decir, los calzoncillos, la túnica de lino, el cinturón y la tiara. Pero, como ya se ha tratado de las otras, estos calzoncillos, que se ordenan hacer para cubrir la desnudez de la carne,

designan propiamente esa porción de castidad que se abstiene del apetito de la unión conyugal, sin la cual nadie puede recibir el sacerdocio ni ser consagrado al ministerio del altar, es decir, si no permanece virgen o disuelve los lazos de la unión matrimonial. Este tipo de virtud no se impone a nadie por la ley de Dios como necesario, sino que debe ofrecerse al Señor por devoción voluntaria, diciendo Él mismo sobre esto: No todos entienden esta palabra (Mat. XIX). A los que pueden, sin embargo, los invita con una exhortación benigna diciendo: El que pueda entender, que entienda. Y poco después promete a los mismos que han dejado esposa, o parientes, y las ataduras de este mundo por Él, una recompensa centuplicada en esta vida y en el siglo futuro la vida eterna. Por lo tanto, ciertamente por gracia de distinción, Moisés no es mandado a vestir a Aarón y a sus hijos con esta vestidura, como se dice de las anteriores: Y vestirás con todas estas cosas a Aarón, tu hermano, y a sus hijos con él. Sino que dice: Harás calzoncillos de lino para cubrir la desnudez de su carne. Ellos mismos, dice, cubrirán la desnudez de su carne, tú harás los calzoncillos para el pontífice y sus hijos, tú enseñarás la regla de castidad, tú les intimarás que deben abstenerse del contacto conyugal a aquellos que van a ejercer el sacerdocio. Sin embargo, no impondrás a nadie el yugo violento de esta continencia; sino que cualquiera que desee ser sacerdote y servir en el ministerio del altar, debe dejar de ser voluntariamente siervo de esposas. Cuando lo hayan logrado, y habiendo asumido una vez el propósito de continencia, consientan en ser ministros del santuario y del altar, la ley divina estará presente, que, imponiendo como el resto de su hábito lo que es congruente para los sacerdotes, les instruirá abundantemente sobre cómo deben vivir o enseñar, y regocijándose en su devoción espontánea, añadirá el digno ornamento del sacerdocio de sabiduría, paciencia, mansedumbre, misericordia, celo espiritual, humildad, temor del Señor, y otros adornos semejantes; de lo contrario, mueren culpables de iniquidad. Pues incurre en muerte certísima del alma quien, viviendo lujuriosamente, presume usurpar el grado sacerdotal. Este sentido también se afirma con las palabras subsiguientes del Señor, que poco después añade:

(Éxodo XXIX.) Y cuando hayas lavado al padre con sus hijos con agua, etc. Pues aquí tampoco se ordena que Moisés reciba nada de los calzoncillos: de donde se constata claramente que Aarón y sus hijos se habían vestido primero con este tipo de vestimenta, y así entraban a la mano de Moisés para ser lavados, vestidos, ungidos y consagrados. Donde también se debe notar que Moisés, al consagrarlos, primero los lavó con agua, y así les impuso el hábito del grado sagrado; porque ciertamente es necesario que quien va a ser promovido al oficio del altar, se lave más abundantemente que de costumbre con los fluyentes de lágrimas o compunción en el tiempo de la dedicación, para que cuanto más puro se acerque a recibir el grado, más perfectamente lo consuma una vez recibido. Sin embargo, en este lavacro podría entenderse el bautismo de la fuente sagrada, si hubiera alguna consecuencia: que alguien elegido para el sacerdocio, entonces primero fuera lavado con el agua del bautismo para la remisión de los pecados, y no contradijera a la ordenación de tales el Apóstol, diciendo: No ordenes a un neófito, no sea que, envanecido, caiga en el juicio del diablo: vestido con las vestiduras sagradas el pontífice, inmediatamente es ungido con el óleo de la unción, para que la consagración se perfeccione por la gracia del Espíritu Santo; no porque podamos tener esas vestiduras de virtudes sin la gracia de Dios, sino porque es necesario que se otorgue mayor ayuda de la gracia del Señor, donde alguien ha ascendido a un grado mayor, o ha sido puesto al gobierno de muchos. Mientras tanto, se debe notar que aunque en este libro del Éxodo se afirma que Aarón debe ser vestido con ocho vestiduras, parece que en el Levítico se añade una novena, a saber, el cinturón, con el que la túnica de lino fue ceñida antes de ser vestida con la azul. Así está escrito: Y cuando los hubo lavado, vistió al pontífice con la túnica de lino, y ceñido con el cinturón, y vestido con la túnica azul; y sobre ella puso el efod, que ajustó con el cinturón al racional (Levítico VIII). Pero cómo

esto fue hecho, se manifiesta claramente por lo que ha sido explicado, figura del vestido intelectual.

CAPÍTULO X. De los cuatro colores de las vestiduras sacerdotales, y los cuatro elementos, y la consagración de los sacerdotes.

Pero como sobre el hábito sacerdotal, siguiendo las palabras de los padres, hemos tratado brevemente estas cosas, hemos considerado oportuno notar que esos cuatro colores eximios, de los cuales está hecho, se adaptan con una comparación adecuada a los cuatro elementos del mundo. El lino o byssus a la tierra, porque de ella nacen; la púrpura a las aguas, porque se tiñe de conchas marinas; el azul y el escarlata al aire y al fuego por la similitud del color. Y el escarlata fue teñido dos veces, porque el fuego está dotado de una doble virtud, a saber, de iluminar e incendiar. Y dicen los hebreos que por eso el pontífice llevaba en su hábito la figura de todos los elementos, porque no solo debía rogar inmolando por Israel, sino por todo el mundo. A lo cual nosotros tal vez no incongruentemente podemos añadir que en cada uno de los hombres se contiene la figura de todos los elementos: el fuego en el calor, el aire en el aliento, las aguas en la humedad, la tierra en la misma solidez de los miembros. Por lo cual también los fisiólogos llaman al hombre en griego microcosmos, es decir, pequeño mundo. Y si preguntas qué significa el oro en el mismo hábito según esta inteligencia, entiende en él la virtud racional del hombre interior. Por lo cual propiamente está escrito en él el santo del Señor: porque no es sino por esta virtud que cualquiera asciende al conocimiento de su Creador. De aquí que el Apóstol dice, habitar a Cristo en el hombre interior por la fe en nuestros corazones (Efesios III). Y por eso la Escritura nos muestra al pontífice del Antiguo Testamento vestido de esta manera, para que sepa también el pontífice de nuestro tiempo que debe interceder por todo el género humano, pero especialmente por aquellos que han conocido la verdad, y llevan en la frente el signo de esa fe, advirtiéndolo el Apóstol y diciendo: Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia (I Tim. II). Que si en el pontífice, a quien consagra Moisés, entendemos al Señor Salvador, con razón en su hábito tiene la figura de todo el mundo y del hombre. Él es, como dice el Apóstol, el resplandor de la gloria y la figura de la sustancia de Dios Padre, llevando todas las cosas con la palabra de su poder. Él es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo: él es sacerdote para siempre, resplandeciente con todo ornato de santidad, no el que nacido en la carne mereció recibir por el ejercicio del trabajo, sino el que encarnado en el vientre de la Virgen, con la gracia del Espíritu Santo viniendo, recibió todo a la vez (Hebreos I). Cuya intercesión sacerdotal por nosotros el Apóstol bellamente recomienda diciendo: Pero este, porque permanece para siempre, tiene un sacerdocio eterno: por lo cual también puede salvar perpetuamente, acercándose por sí mismo a Dios, siempre viviendo para interceder por ellos (Hebreos VII). Cuyas vestiduras y ornamentos de virtudes también recomendando añadió: Tal pontífice nos convenía, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores, y hecho más alto que los cielos. Que verdaderamente tuvo la lámina de oro en su cabeza, en la cual estaba esculpido el santo del Señor; porque vino en el nombre del Padre, diciendo: Yo en el Padre, y el Padre en mí está; y, El que me ve, ve también al Padre (Juan XIV). Hasta aquí el hábito de Aarón y de sus hijos, cómo debe ser, se designa por oráculo celestial. Sigue de aquí también el modo de consagración, por el cual tanto ellos como el tabernáculo con todo su mobiliario deben ser dedicados.

Ofreciendo al Señor el becerro, etc. Todas estas cosas, ya sea la devoción de las buenas obras y la pureza de la fe, ya sea la gracia de la ilustración divina, se demuestran figuradamente que deben ser consagradas solo por los sacerdotes. Pues ¿quién no sabe que la inmolación y la sangre de aquellos animales designan la muerte y la aspersion de la sangre de nuestro Señor,

por la cual somos absueltos de los pecados y confirmados en las buenas obras? También los panes ázimos, ¿qué misterio del Salvador contienen, enseña el Apóstol diciendo: Así que celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con los ázimos de sinceridad y verdad. Las tortas y los panes untados con aceite, para que seamos advertidos de tener obras no solo castigadas de la levadura de malicia y maldad, sino también dignas de los divinos ojos por la unción de la caridad. O ciertamente ofrecemos una torta untada con aceite para nuestra consagración al Señor, cuando todas las cosas que hacemos, por la gracia interna del Espíritu Santo, se enriquecen en la devoción de nuestro corazón. Ofrecemos panes untados con aceite, cuando también exteriormente mostramos a los hombres que lo que hacemos es espiritual, indudablemente como ejemplo de vida. Con estas ofrendas, nuestra consagración se perfecciona, mientras por buenas obras y pensamientos puros adquirimos para nosotros el mérito de la santidad, con el Señor donante. Cumplidos los mandatos de esta consagración de Aarón y sus hijos, la Escritura vuelve a percibir también sobre la fabricación del altar del incienso, en el cual Aarón debía quemar diariamente incienso.

CAPÍTULO XI. Descripción del altar del incienso.

(Éxodo XXX.) Harás también un altar para quemar incienso, etc. Si el altar del holocausto, del cual se ha hablado antes, designa generalmente la vida de los justos, que acostumbran crucificar su carne diariamente con sus vicios y concupiscencias, y ofrecerla como sacrificio vivo al Señor; ¿qué significa este altar para quemar incienso, sino la vida especial de algunos perfectos? Pues no en vano en aquel se quemaban las carnes de los animales, y en este se quemaba incienso; sino porque en aquel se figuraban aquellos que no caminan según los deseos de la carne, sino que, como si inmolaran estas al Señor, dedican todos los sentidos de su cuerpo al fuego del Espíritu Santo: en este, sin embargo, se expresa el tipo de aquellos que, con mayor perfección de mente, extinguidas y completamente apagadas todas las seducciones de la carne, ofrecen al Señor solo los votos de sus oraciones: no teniendo nada de la carne que los ataque, nada de la conciencia del pecado de lo que se turben y teman, sino deseando con la efusión de dulces lágrimas venir y aparecer ante la faz de Dios. Por lo cual, adecuadamente este altar está dentro, en la vecindad del velo y del arca, aquel está fuera, ante el tabernáculo; porque ciertamente aquellos resplandecen en la santa Iglesia como ejemplo de virtudes; estos, con el ardor de un deseo más alto, aunque detenidos por el cuerpo, no poco se acercan a la contemplación de la futura bienaventuranza. Adecuadamente aquel se viste de bronce, este se ordena vestir de oro; pues el bronce es más sonoro y duradero que otros metales; el oro, sin embargo, aunque cede en sonido, tanto en esplendor supera al bronce. Por lo cual ciertamente el altar de bronce, en el que se quemaban las carnes y se derramaba la sangre de las víctimas, lleva el tipo de aquellos que, habiendo dominado y como inmolado a Dios las voluptuosidades de la carne, perseverantemente recorren el camino de la verdad que una vez comenzaron, y también esta la hacen resonar frecuentemente a los prójimos en el discurso de la predicación. Por otro lado, el altar de oro se adapta convenientemente a aquellos que son más ilustrados por la gracia de la claridad suprema; pero menos a otros lo que en secreto de la dulzura interna prueban, diciendo abiertamente. Menos pueden eructar diciendo cuánta dulzura interna en el escondite del rostro de Dios se refrescan. Adecuadamente también el altar del incienso, cuanto más sobresalía en el esplendor del metal, tanto menos era en medida; porque cuanto más santos son algunos en la Iglesia, tanto menos son en número. Adecuadamente de las mismas maderas de setim, que dijimos ser semejantes a la espina blanca e incorruptibles, se ordena hacer ambos altares: porque ciertamente una es la firmeza de la fe no fingida, con la que deben ser fortificados los corazones de todos los elegidos, y preparados para recibir el fuego del amor y ofrecer a Dios las libaciones de las virtudes:

porque a todos en general, pequeños con grandes, habla el Apóstol, diciendo: Limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios (II Cor. VII): lo cual es decir con otras palabras. Cortemos y quitemos de nosotros las espinas de los vicios, y los aguijones de las punzadas que nos titilan, que la tierra de nuestro cuerpo nos ha acostumbrado a germinar por el pecado de la primera transgresión, y como con un hacha de diligente castigo cortando, cultivemos vigorosamente tanto al hombre interior como al exterior, para que sea digno, habiendo recibido el fuego del Espíritu Santo, de ofrecer al Señor el sacrificio de las virtudes en la presencia de su Creador. Adecuadamente uno y no diferente era el fuego que en este altar quemaba las víctimas, en aquel los inciensos; porque ciertamente uno es el espíritu que vivifica las mentes de todos los fieles con la variada gracia de las donaciones. Que el altar del incienso fuera cuadrado, teniendo un codo de longitud y otro de anchura, pero dos en altura, la longitud se refiere a la longanimidad de la paciencia, como se dijo en la exposición del altar del holocausto, la anchura a la amplitud del amor, la altura pertenece a la sublimidad de la esperanza, por la cual en la tolerancia de los trabajos temporales y en la alegría del amor sincero nos regocijamos. Un codo es tanto la longitud como la anchura del altar, cuando los hombres más altos y perfectos en la Iglesia, con la mirada fija solo en la retribución perpetua, tanto soportan con ecuanimidad los males temporales, como todo lo que pueden lo imparten a los prójimos por caridad. Asimismo, porque la caridad es paciente, es benigna. Paciente, a saber, para tolerar la injuria infligida por el prójimo: benigna, para que a quien tolera adversidades, también, cuando tenga necesidad, le exhiba oficios de piedad. Rectamente el altar del incienso se ordena hacer cuadrado en longitud y anchura; para insinuar que el ánimo de los perfectos, con las virtudes unidas entre sí, tanto puede amar al hermano, como soportar, y tanto como puede soportar por paciencia su molestia, tanto puede prestarle por amor la benevolencia de su piedad. Tiene dos codos en altura, porque los elegidos esperan recibir un doble premio en la vida futura, uno a saber, de la quietud de las almas, cuando despojados de este cuerpo corruptible y mortal, entren en el reino celestial; otro cuando, habiendo recibido el mismo cuerpo incorruptible e inmortal, más perfectamente se regocijarán en la presencia de su Creador, cumplida la promesa profética que dice: En su tierra poseerán el doble, y será para ellos alegría sempiterna (Isaías LXI).

Los cuernos procederán de él, etc. Los cuernos a menudo en las Escrituras suelen designar la eminencia de la fe y las virtudes: por la cual debemos embotar y superar las luchas que nos enfrenta el antiguo enemigo, diciendo con el profeta al Señor: En ti ventilaremos con cuerno a nuestros enemigos (Salmo XLVIII). Que inmediatamente de qué cuerno dijo, añadió declarando diciendo: Y en tu nombre despreciaremos a los que se levantan contra nosotros. Como al contrario, no pocas veces las guerras de los vicios, que nos intentan atacar, suelen ser indicadas con el nombre de cuernos. Lo cual ambos brevemente abarcando por el profeta el Señor decía: Y quebraré todos los cuernos de los pecadores, y se exaltarán los cuernos del justo (Salmo XLVII). Por lo cual bien en la ley se decreta que solo los animales de género cornudo son puros y comestibles para el pueblo de Dios. Pues los animales que rumian y tienen la pezuña hendida, también se sabe que son cornudos; para mostrar mística que solo aquellos pueden ser incorporados a la Iglesia de Dios por unión espiritual, que se prueban invictos por la fortaleza de la fe en las guerras de los vicios. Sin embargo, los cuernos proceden del mismo altar del incienso, cuando los elegidos no muestran las obras de las virtudes para la apariencia de los hombres, sino que las ejercen con un afecto fijo e inamovible desde la raíz interna de la mente. En cambio, los hipócritas, como si tuvieran cuernos prestados de otro lugar, tienen la apariencia de piedad, pero niegan su virtud. A los cuales adecuadamente se adapta aquella fábula de Esopo, que refiere que un cuervo adornado con plumas de pavo, vanamente se gloriaba de su belleza, más bien casi encendido el celo de

los pavos, fue despojado de toda la virtud de las plumas y de la misma vida. El altar se viste de oro purísimo, cuando los perfectos resplandecen con la verdadera luz de la sabiduría interna, cuando en todas las cosas que hacen, muestran el esplendor del amor como la gloria de su hábito cotidiano, cuando manifiestan que la memoria de la claridad perpetua siempre está presente a todos los que los ven o escuchan, cuando manifiestan que antes de todo buscan y piensan en el reino de Dios y su justicia. Y bien tanto la rejilla del altar, como las paredes y los cuernos se ordenan vestir de oro. La rejilla estaba dentro en medio del altar, preparada para recibir los inciensos. Las paredes aparecían fuera, los cuernos y ellos mismos apareciendo fuera sobresalían con especial prominencia. Se dora la rejilla, cuando en el hombre interior nuestro resplandece la gracia de Cristo por la fe. Se doran las paredes, cuando la misma gracia de la divina dilección se dilata exteriormente por las buenas obras. Se doran también los cuernos, cuando la misma confianza de la fortaleza de los justos, con la que han aprendido a soportar valientemente a los adversarios de la verdad, ya sea por paciencia, o a refutarlos prudentemente, o corregirlos, resplandece con el fulgor de la luz interna en todas las cosas. Y puesto que tales pueden justamente decir: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV), rectamente se añade.

Y le harás una corona de oro alrededor. Pues la corona de oro se hace alrededor del altar del incienso, cuando los santos recuerdan que han hecho por nosotros, esperan las recompensas eternas. Y bien alrededor del altar se hace la corona, para que se enseñe que todas las cosas que hicieron son dignas de recompensa celestial: ni queda nada en tales que después de la absolución de la carne, deba ser castigado por el fuego purgatorio. Asimismo, el altar del incienso tiene una corona de oro alrededor también en aquellos que, aunque son menores en méritos, ni se atreven a proclamar abiertamente que tienen reservada la recompensa del buen combate y la fe guardada, sin embargo, todas las cosas que hacen, las hacen con la intención de agradar a Dios, y con la esperanza de recibir la misma recompensa celestial. Sigue:

Y dos anillos de oro bajo la corona, etc. En estos anillos, con los cuales se transportaba el altar, al igual que se ha expuesto anteriormente en el altar de los holocaustos, el arca y la mesa, no es inapropiado interpretar los cuatro libros de los Evangelios, por cuya fe y doctrina los santos son llevados y, elevados de las preocupaciones terrenales, son conducidos a la patria celestial a través del desierto de esta vida mediante el progreso diario de las buenas obras. Sin embargo, dado que allí se ordena claramente hacer cuatro aros, dos en un lado y dos en el otro, aquí, aunque el número cuatro no se menciona explícitamente, se hacen dos anillos en cada lado: ciertamente, allí se manifiesta más claramente el número de los evangelistas, pero aquí también se encierra otro misterio espiritual que se refiere principalmente al amor a Dios y al prójimo. En cada lado, el altar está rodeado de anillos de oro; porque el corazón de los elegidos se fortalece de un lado y del otro con el amor a Dios y al prójimo. Esto se compara bien con los anillos, porque cuando la profecía se haya cumplido, el conocimiento se haya destruido y las lenguas hayan cesado, el amor nunca cesará. Hay dos anillos en cada lado; porque cada mandamiento de la caridad se distingue por una doble virtud. La caridad de Dios se perfecciona a través de la sinceridad de la fe y la pureza de vida (Heb. II); porque sin fe es imposible agradar a Dios, y la fe sin obras está muerta (Sant. II). El profeta abarca ambos en un solo versículo diciendo: "El justo vivirá por su fe" (Habac. II); insinuando claramente que solo llegará a la vida quien tenga obras de justicia junto con la fe de la verdad. Así también, el amor fraternal consiste en una doble virtud, a saber, la paciencia y la benignidad, como testifica el Apóstol, quien dice: "La caridad es paciente, es benigna" (1 Cor. XIII). Por eso el Señor dice: "Perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará" (Luc. VI); enseñando la paciencia al perdonar las deudas y la gracia de la benignidad al dar lo

necesario. En uno, para soportar con fortaleza las incomodidades de los demás; en el otro, para dar con alegría nuestros bienes a los demás. Por lo tanto, el altar tiene dos anillos en cada lado, cuando los santos, con la doble perfección de la caridad, se preparan tanto para el honor de su Creador como para el cuidado y servicio del prójimo. Y en estos anillos se introducen las varas doradas para llevar el altar, cuando tales personas reciben con la disposición de su mente las clarísimas palabras de los Padres precedentes, por las cuales son más y más elevados de las cosas terrenales hacia el amor de los bienes eternos. Pues que tales personas se acercan al cielo en mente y mérito, también se designa místicamente en las palabras siguientes, cuando se dice:

Y pondrás el altar frente al velo, etc. El arca, como se ha expuesto en su lugar, representa al Señor Salvador, el velo que colgaba delante del arca representa el mismo cielo, cuya altura el Señor penetró vencida la muerte; para que, como dice el Apóstol, "aparezca ahora ante el rostro de Dios por nosotros" (Heb. IX). Y el altar está frente al velo que cuelga delante del arca, cuando toda la intención de los justos está dirigida hacia la entrada del reino celestial. Está delante del propiciatorio que cubre el arca, cuando se acercan a la visión de su Creador con pureza de mente, aunque tengan su conversación corporal en los cielos.

CAPÍTULO XII. Del incienso que se quema sobre el altar.

Y Aarón quemará incienso sobre él, etc. Es evidente que el incienso o el perfume expresa el poder de la oración, como dice el salmista: "Que mi oración se dirija como incienso ante ti" (Sal. CXL). Y en el Apocalipsis de Juan, vio a los santos con copas de oro llenas de perfumes. Lo cual explicó inmediatamente diciendo: "Que son las oraciones de los santos" (Apoc. V). Y puesto que Aarón, como se ha dicho antes, representa especialmente al sumo sacerdote, es decir, al Señor Salvador, y también a los sacerdotes de nuestro orden: Aarón quemará en este altar incienso de suave fragancia por la mañana, cuando el mismo Señor ilumina los corazones de los fieles con el nuevo resplandor de su gracia para instigarlos a la dulzura de la oración, o cuando los partícipes de su sacerdocio exhortan diligentemente a los fieles a suplicar el rostro de su Creador. El sacerdote enciende el incienso no solo por la mañana, sino también por la tarde. Por la mañana se enciende el incienso, para que al comienzo de todo bien que disponemos hacer con la inspiración de Dios, invoquemos su ayuda para llevarlo a cabo. Y por la tarde, para que cuando completemos lo que hemos comenzado bien, le devolvamos a él, de quien lo hemos recibido, votos de acción de gracias por lo que nos ha concedido. O ciertamente, porque por la mañana y al salir el sol, vemos claramente todo a nuestro alrededor; pero al llegar la tarde, nuestra visión se oscurece. Por lo tanto, necesitamos la luz de la lámpara para ver lo que deseamos. Aquellos sacramentos de nuestro Redentor, o palabras, que incluso según el orden de la razón humana podemos discernir en nuestra medida, ya los vemos como de día. Pero en aquellos en los que la razón humana falla, y solo debemos seguir la autoridad de la Escritura, allí, como en la noche, el ojo de nuestro entendimiento se oscurece. Pero la lámpara de la palabra de Dios ayuda a nuestros pies, para que no tropiecen y se desvíen del camino de la verdad. Por eso Pedro, hablando del sacramento de la fe del Señor, dice: "Y tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (2 Pedro I). Por lo tanto, se dice bien: "Y Aarón quemará incienso de suave fragancia sobre él, por la mañana cuando prepare las lámparas, lo encenderá, y cuando las coloque por la tarde". Por la mañana, Aarón quema incienso sobre el altar, cuando el Señor inflama los corazones de los fieles en los misterios de la verdad que ya pueden entender, hacia la gracia de la compunción. Lo encenderá también por la tarde, cuando coloque las lámparas, cuando incluso de aquellos misterios que aún no pueden comprender, porque saben que también son santos, aunque no

duden de que son divinos, los instruye hacia el amor de las cosas celestiales, donde todos los secretos se revelan. Y el incienso fragante es dulce, cuando, tocados divinamente por una compunción repentina, encuentran dulce dedicarse solo a las lágrimas y oraciones. Bien sigue:

Quemará incienso perpetuo ante el Señor, etc. Porque es necesario que el alma, después de la oración y las lágrimas, no se desvíe hacia palabras o hechos ociosos, sino que mantenga en el mismo vigor de devoción que recibió en la oración, incluso después de que esta haya terminado; según el ejemplo de Ana, de quien se dijo mientras oraba: "Y su rostro no fue más cambiado en otra dirección" (1 Sam. I).

No ofreceréis sobre él incienso de otra composición. En lo que sigue de este volumen, se designa específicamente de qué aromas debía componerse este incienso: estacte, ónice, gálbano de buen olor e incienso puro, que todos se refieren a la significación de los bienes eternos, que principalmente deben buscarse del Señor. No se debe ofrecer sobre el altar de oro incienso de otra composición que la que el Señor ha establecido; porque no debemos pedir al Señor en oración otra cosa que lo que él ha ordenado y prometido dar; ni creer de él otra cosa que lo que él ha enseñado.

No se ofrecerá sobre él víctima, etc. Todas estas cosas pertenecen al altar exterior, que designa la vida de los que están comenzando y aún en progreso. Porque la vida de los justos perfectos es de tal sublimidad que no se puede encontrar en ella nada carnal que deban sacrificar al Señor. Y aunque las libaciones de vino a veces designan una gran virtud de gracia espiritual, es decir, ya sea el cáliz de la doctrina, o el cáliz de la pasión, o el fervor del amor supremo, o la misma percepción del Espíritu Santo, o algo similar. Sin embargo, siempre que el vino de las libaciones se ofrece con las carnes de las víctimas, ciertamente designa, según la exposición tropológica, la santidad de aquellos que aún tienen algo de las concupiscencias carnales que se oponen a la pureza del espíritu y que deben ser quemadas en el altar del corazón por el fuego del Espíritu Santo. Pero los justos perfectos, que pueden decir: "Mi corazón y mi carne desfallecen, Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre"; como si cesaran las libaciones de las víctimas, que pertenecen al altar de bronce exterior, solo ofrecen dentro en el altar de oro los aromas del deseo celestial al Señor; porque, ya seguros de la remisión de los pecados, solo lloran por el retraso de la entrada al reino eterno, y con dulces lágrimas riegan su lecho cada noche. De este altar se dice bien:

Y Aarón hará expiación sobre sus cuernos, etc. Nuestro sumo sacerdote ofreció una vez su sangre por el pecado de todo el mundo. En ese año, del cual él mismo dice por Isaías: "Porque vino a proclamar el año de gracia del Señor" (Isa. LXI); es decir, en todo este tiempo en que se dignó unir a la Iglesia consigo mismo. También una vez a cada uno de los creyentes se le concede el lavacro de la fuente sagrada, en el misterio de su sangre, para desatar las cadenas de los pecados, y con una hermosa y completa diferencia de figuras. Una vez al año se ordena al sumo sacerdote hacer expiación con la sangre de la ofrenda sobre los cuernos del altar, pero diariamente quemar incienso de suave fragancia sobre él; porque nuestro Señor y Salvador, que renueva diariamente a sus fieles encendiéndolos con la gracia de la compunción interna, los redimió una vez superando la muerte con la ofrenda de su sangre. Los fieles, que suelen lavar sus pecados diarios con oraciones y lágrimas diarias, se alegran de haber sido absueltos de todos los pecados una vez en el sacramento de su pasión. Aarón hará expiación sobre los cuernos del altar, porque él no solo vivió entre los hombres y oró por ellos; sino que también ahora, sentado a la derecha del Padre en los cielos, intercede por nosotros, y habitando por la fe en los corazones de los elegidos, cuando los excita a orar, se dice correctamente que él mismo ora. Aarón hará expiación sobre los cuernos del altar,

cuando el Señor recomienda a sus elegidos al Padre por la memoria de las virtudes que han hecho. De hecho, como tocando los cuernos del altar de oro, habla de la devoción de sus discípulos: "Los que me diste del mundo, tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste, de ti es" (Juan XVII). Por quienes también, orando, añadió: "Yo ruego por ellos, no por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos" (Ibid.). Y porque por los méritos e intercesiones de hombres sublimes, el Señor a menudo se apiada de nuestra debilidad, se dice correctamente:

Y hará expiación sobre él en vuestras generaciones, etc. Aarón hace expiación sobre el altar del incienso, cuando el Señor se propicia por la justicia de los santos, a quienes buscamos como intercesores y patronos. De hecho, cuando Ezequías, asediado por los enemigos, invocó su ayuda, dijo: "Y salvaré esta ciudad y la protegeré por mí mismo y por David mi siervo" (2 Reyes XIX). Así también Moisés, intercediendo por el pueblo pecador, hizo memoria de los padres, y como si rogara sobre los cuernos del altar, procuraba aplacar al Señor: "Cese tu ira, y sé propicio sobre la maldad de tu pueblo. Recuerda a Abraham, Isaac e Israel, tus siervos, a quienes juraste por ti mismo diciendo: Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo" (Éxodo XXXII). Podemos ciertamente interpretar estos altares también de esta manera, que el de bronce, en el que se quemaban las carnes y se derramaba la sangre de las víctimas, lo tomemos como toda la Iglesia de este tiempo, en la cual nadie está sin pecado, incluso si su vida en la tierra fuera de un solo día. Nadie que, nacido carnalmente del pecado de la transgresión de Adán, no necesite renacer en Cristo y ser purificado por el fuego del espíritu. Pero el altar de oro, que representa al mismo Señor, quien de manera maravillosa e inefable tomó carne verdadera de Adán, pero fue verdaderamente inmune al pecado de la carne de Adán; como ambos altares hechos de maderas del mismo género, pero no ambos cubiertos de oro. Y en este altar no se ofrecía nada carnal, sino solo se quemaban aromas; porque el Señor derramaba oraciones y lágrimas, no por sus propios errores, que no existían, sino por nuestra salvación. Así como el arca colocada dentro del velo significa al hombre Dios sentado a la derecha de la majestad en las alturas; así el altar colocado fuera del velo, pero cerca de su entrada, puede expresar figurativamente al mismo Mediador entre Dios y los hombres, conversando humanamente entre los hombres, pero penetrando con el poder de su divinidad en los interiores del cielo. El altar del incienso estaba en el santuario, donde también estaban el candelabro y la mesa; porque "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan I). El arca estaba dentro del velo; porque el mismo Señor Jesús, después de su pasión y resurrección, fue ascendido al cielo y está sentado a la derecha de Dios. Sobre los cuernos del altar, Aarón hace expiación con la sangre que fue ofrecida por el pecado, y hace expiación sobre él, porque los sacerdotes, rogando por el pueblo de Dios o por su propia ignorancia, confían en ser ayudados por el unigénito Hijo de Dios y salvados por el sacramento de su pasión, como advierte el Apóstol diciendo: "Por él, ofrezcamos siempre a Dios sacrificio de alabanza" (Heb. XII), es decir, el fruto de labios que confiesan su nombre. Lo cual también puede aplicarse convenientemente a todos los elegidos, miembros del sumo sacerdote, que oran al Padre en espíritu y en verdad. ¿A qué mejor que a este altar se le puede aplicar lo que se dice: "Santo de los santos será para el Señor", de quien, al nacer en el mundo, el arcángel dijo a la Virgen Madre: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, etc." (Luc. I). Hasta aquí se ha descrito la construcción del altar del incienso, queda aún la descripción del lavamanos de bronce, en el cual los sacerdotes lavaban sus manos y pies antes de entrar en el tabernáculo; pero se antepone un mandato del Señor, que también nosotros debemos tocar brevemente y exponer según nuestra capacidad.

CAPÍTULO XIII. Del precio por las almas de cada uno, al numerar al pueblo.

Cuando tomes el censo de los hijos de Israel, etc. David olvidó este mandato cuando numeró al pueblo, y por eso causó una plaga al numerar a ese pueblo. En sentido espiritual, el censo de los hijos de Israel designa el censo de todos los elegidos, cuyos nombres están escritos en el cielo. Y cada uno da por sus almas un precio al Señor, cuando le ofrece en buenas obras el servicio diligente de su devoción. De lo contrario, habrá una plaga en ellos cuando sean contados; porque ciertamente queda una retribución perpetua para aquellos que, asociados solo de nombre al número de los fieles, se niegan a ofrecer al Señor las obras perfectas de la fe. Se dice de tales personas: "No darán a Dios su expiación, ni el precio de la redención de su alma" (Sal. XLVIII). Porque la redención del alma del hombre son sus riquezas (Proverb. XIII), como dice Salomón: ya sean temporales, cuando las distribuye y da a los pobres, para que su justicia permanezca para siempre; o espirituales, es decir, la misma justicia que hizo, ya sea mostrando misericordia a los pobres o haciendo otras buenas obras. Y cada uno que pasa al censo, dará medio siclo, es decir, diez óbolos; lo cual no puede entenderse mejor que como la observancia del decálogo de la ley. Porque quien sabe entenderlo correctamente, reconoce que en él se encuentra toda la plenitud de la fe y la obra, y la promesa de la retribución futura en los cielos. De hecho, en los primeros tres mandamientos está comprendido el amor a Dios, y en los siete siguientes el amor al prójimo; y como testifica el Apóstol: "La plenitud de la ley es el amor" (Rom. XIII). Pero también otro sacramento no debe pasarse por alto, contenido en el mismo número diez. El nombre de Jesús en hebreo comienza con la letra Yod, y en griego con iota; ambas son en su lengua la nota del número diez. Y ofrecen diez óbolos en precio de su alma al Señor, quienes creyendo en Jesucristo, llevan el signo de su nombre, que comienza con el número diez, en la frente y en la profesión. Y tal vez por la gracia de este sacramento el Señor en el Evangelio testifica que "ni una jota de la ley pasará" (Mat. V); porque la virtud del decálogo, que allí se contiene, y la fe en su nombre, que allí se signa místicamente, nunca puede ser corrompida por la perturbación de los infieles.

Quien sea contado en el censo desde los veinte años en adelante, dará el precio. El número veinte significa la conjunción de ambos Testamentos, es decir, la ley, que está escrita en cinco libros; y el Evangelio, que son cuatro; porque cuatro veces cinco son veinte. Desde los veinte años se cuenta a cada uno en el censo del pueblo de Dios; porque solo es digno de la compañía de los elegidos quien, habiendo entendido espiritualmente los decretos de la ley, ayudado por la gracia del Evangelio, los cumple según su medida y capacidad, y espera las recompensas eternas en los cielos prometidas por la misma gracia.

El rico no añadirá al medio siclo, etc. Porque ya sea que alguien sea grande en méritos y perfecto, o aún tierno y en progreso de virtudes, a todos se les impone la misma ley del Decálogo, para que amen a Dios y al prójimo.

Y el dinero recibido, que se ha reunido de los hijos de Israel, etc. El dinero recibido de los hijos de Israel se lleva como memorial de ellos ante el Señor, cuando todo lo bueno que hacemos se guarda en eterna memoria ante nuestro Creador y Juez; para que de los frutos de buenas obras que le hemos ofrecido, se digne ser propicio a nosotros. Y el mismo dinero se guarda para el uso del tabernáculo, cuando de las buenas acciones de los justos se confirman las costumbres y acciones de los fieles que siguen en Cristo; y los menores se esfuerzan por ser tales como reconocen que fueron aquellos que saben que reinan con el Señor. Es de notar que el dinero mencionado no debía darse según la estimación del vulgo, sino según la medida del templo. Porque la medida del templo es la disposición de la ley divina, que el Señor manda observar en su Iglesia, y de cuya observancia promete solo las recompensas eternas en el futuro. Pero si alguien intenta servir a Dios según el deseo de la voluntad humana, quien no

ofrece el dinero de su devoción según la medida del templo, con su ofrenda rechazada y desechada, será golpeado por la plaga de la última retribución.

CAPÍTULO XIV. Descripción del lavamanos de bronce.

Facies et labium, etc. Este labio o borde, como se le llama en los siguientes pasajes, puede entenderse principalmente como el agua del bautismo; en cuyo lavacro es necesario que se purifiquen todos los que desean ingresar por las puertas de la Iglesia. Sin embargo, dado que se colocó entre el tabernáculo del testimonio y el altar del holocausto, y porque los mismos sacerdotes, dos veces al día, es decir, por la mañana y por la tarde, cuando se acercaban al altar para ofrecer incienso al Señor, se les ordenó lavarse en él, y dado que el agua del bautismo solo puede usarse una vez, este labio nos recomienda la ablución de la compunción y las lágrimas, de la cual siempre necesitamos, especialmente cuando nos acercamos a ministrar los misterios celestiales. Porque el altar del holocausto, en el que se quemaban las carnes de las víctimas al Señor, representa la extinción de las concupiscencias carnales por el fuego del Espíritu Santo; y el altar del incienso significa la pureza de aquellos que, habiendo sofocado por completo las tentaciones de la carne y pacificado la lucha contra los vicios, derraman lágrimas de amor solo por la expectativa y el deseo de la entrada celestial; correctamente se coloca el labio cerca del altar del holocausto, en el que los sacerdotes lavados ingresan al tabernáculo y encienden incienso al Señor. El estado de las lágrimas y la compunción se distingue de dos maneras; porque primero es necesario que cada uno, convertido al Señor, pida perdón por los pecados cometidos con lágrimas derramadas. Si lo ha hecho durante mucho tiempo con frutos dignos de penitencia, queda que, más seguro del perdón recibido por los pecados, ya con deseos anhelantes debe llegar el tiempo en que merezca ver el rostro de su Creador entre los coros beatísimos de los ángeles. Quien verdaderamente actúa así, no puede soportar sin lágrimas ni la longitud de esta vida ni la dilación de aquella, diciendo de esta: ¡Ay de mí, que mi estancia se ha prolongado! He habitado con los que habitan en Cedar (Salmo CXIX); es decir, con aquellos que se mueven en las tinieblas de errores y crímenes; lo que el vocablo Cedar significa, suspirando ya por las alegrías de la luz perpetua, he llevado una vida muy laboriosa: cuanto más anhelo la patria celestial, tanto más temo la cercanía de los malvados, entre los cuales vivo como extranjero. Diciendo también de aquella: Mi alma tiene sed de Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro de Dios? (Salmo XLI). Esta sed, que no podía soportar sin lágrimas, las palabras siguientes lo declaran: Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche. Como si dijera abiertamente: Cuanto más tiempo se me difiere ver el rostro de Dios, a quien ansiosamente deseo, tanto más dulcemente me alimento con el pan de lágrimas que derramo en su memoria. Por lo tanto, el altar del holocausto insinúa las lágrimas de los penitentes por los pecados que han cometido. El altar del incienso expresa el llanto de los que se alegran por las buenas obras que, con la ayuda del Señor, han realizado; y de los que desean las recompensas que confían recibirán del Señor como remuneración. Este llanto ciertamente supera al anterior tanto como el oro al bronce, tanto como el santo de los santos, donde estaba el arca del Señor, se consideraba superior al primer tabernáculo, en el que estaba el candelabro y la mesa del Señor. Detrás del altar del holocausto estaba colocado el labio, en el que se lavaban los que entraban al altar del incienso: porque nadie se convierte en sumo de repente, sino que, con méritos crecientes, cada uno debe primero vencer las batallas de los vicios, luego suplicar a su Creador con compunción de lágrimas, para que, por la entrada al reino, pueda derramar lágrimas dulces, quien antes derramaba amargas por temor a las penas. ¿Qué puede ser más apropiado que la base sobre la que se colocó este labio, que el mismo deseo del reino y de la vida celestial? Por cuya causa, ciertamente, los hombres perfectos y supremos se lavan diariamente en la fuente de lágrimas; y aunque aún no pueden ver

perfectamente el gozo de la paz interna, al menos lo degustan suspirando. Porque las lágrimas de los perfectos se figuran en este lavacro, que se colocó entre el tabernáculo y el altar, lo atestiguan las mismas palabras que dicen: Y Aarón y sus hijos lavarán en ella sus manos y pies. Porque nadie del pueblo podía lavarse allí; sino que se ordenó al sumo sacerdote y a sus hijos, es decir, a los sacerdotes de grado inferior, porque la vida de los grandes hombres, así como su compunción, suele ser más sublime. No decimos esto como si solo los ministros del altar pudieran o debieran tener tal compunción; sino recordando las palabras del bienaventurado apóstol Pedro, quien, hablando a todos los fieles sobre la piedra angular, que es Cristo, dice: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual, sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales (I Pedro II). Y lo que Juan en el Apocalipsis: Bienaventurado, dice, y santo el que tiene parte en la primera resurrección; en estos la segunda muerte no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo (Apoc. XX). Advertimos a todos los fieles que se consideren con el nombre místico de sacerdotes, como miembros de Cristo, el sacerdote eterno. A quienes también el bienaventurado apóstol Pablo muestra qué sacrificios deben ofrecer, diciendo: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Rom. XII). Por lo tanto, Moisés colocó este lavacro no solo para los ministros del sagrado altar, sino también para todos los perfectos en cualquier grado en que se encuentren; porque la ley de Dios proclamó la gracia de la compunción salvadora a todos los fieles en general. Si queremos entender en la persona de Aarón al mismo gran sumo sacerdote, el Señor Salvador, también se sabe que él fue lavado con el agua de este labio antes de entrar a ofrecer en el altar; porque antes de encender el incienso de su sacrosanto cuerpo en el altar de la cruz por nuestra salvación, también derramó lágrimas por amor a nosotros, lo cual se hizo célebre en la resurrección de Lázaro. Bien se añade:

Para que ofrezcan en él incienso al Señor, etc. La muerte es temible para el alma espiritual, y eterna, si alguien elegido para el ministerio del altar descuida devolver el incienso de las oraciones a Dios. La muerte es temible si alguien presume entrar en los sagrados misterios sin la especial ablución de la compunción, y tocar las cosas santas del Señor con manos comunes. Laven, pues, sus manos y pies en el agua del labio de bronce, y así acérquense al altar. Laven, pues, con lágrimas sus acciones y pasos, y luego extiendan sus manos para tocar los misterios de Cristo, y pongan los pasos de sus pies en los atrios del Señor. Creo que este precepto es igualmente para aquellos que deben ser purificados por la percepción de los mismos sacramentos, para que con más cautela examinen, ventilen y purifiquen primero sus acciones y pensamientos, y así procedan a participar en los sacramentos de la fe, no sea que merezcan escuchar aquello del Apóstol: Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor (I Cor. XI); es decir, no separando con mente cauta y solícita el alimento del pan vivo de la vileza de las comidas comunes. Estas cosas sobre el labio y la entrada al altar también pueden ser entendidas de esta manera de manera muy útil; aunque principalmente ese altar significa los votos internos de las oraciones espirituales. Es más diligente observar lo que se añade en la conclusión:

Será un estatuto perpetuo para él, etc. Aunque el labio o el altar que hizo Moisés fue removido, si el sacerdocio que estableció fue cambiado por el nuevo sacerdocio de la Iglesia, no obstante, permanece perpetuo el estatuto del lavacro y del incienso espiritual en la vida de los fieles; lo que fue tipificado por el incienso de aquel altar y el agua de aquel labio; así como muchas otras cosas que la ley ordenó hacer, o predijo que se harían o celebrarían perpetuamente, dejaron de observarse literalmente; pero según la inteligencia típica, nunca dejarán de observarse espiritualmente por los santos, testificando aquel que no vino a abolir la ley, sino a cumplirla: Porque ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se

cumpla (Mat. V). Porque nuestra humildad también pertenece a esa semilla de la que se dijo: Porque será un estatuto perpetuo para él y para su descendencia por sus generaciones; no naciendo de la estirpe de Aarón, sino creyendo en aquel en quien Aarón y sus santos de su tiempo creyeron; de quien se prometió a Abraham: Porque en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra (Gen. XXV). De las cuales, haciendo mención Isaías dice: Todos los que los vean, los reconocerán; porque ellos son la simiente a la que el Señor ha bendecido (Isaías LXI).